LA ESTACIÓN DE LOS DESEOS

EL DESPERTAR DE LOS MUERTOS

LA ESTACIÓN DE LOS DESEOS

Nº33. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse. Redactores JLM y JCJ

EDITORIAL

El título de este número se inspira, toma ritmo y carrerilla, a partir de una bonita canción de Battiatto, viejo amigo de estas páginas, pero cambiando deseos por amores, es decir, concretando el tipo de anhelo que se persigue.

Dice el famoso adagio: «ten cuidado con lo que deseas porque podría cumplirse». Los deseos son variables e inconstantes, efímeros o duraderos, absorbentes e irracionales. Por eso la estación de los deseos, como la de los amores, viene y va. Porque los deseos pueden caducar o evolucionar. Incluso morir. Pero no envejecen con la edad ni atienden a razones. Y hasta pueden cronificarse y perdurar a través del tiempo, los individuos y las generaciones. Por eso queremos hablar de esos anhelos mudables, patéticos, gloriosos, ocultos, públicos, comunes, vergonzosos, tímidos, ridículos, inexplicables, absurdos… Pero siempre humanos.

Deseos que mueven pasiones, que arrastran voluntades, que glorifican detalles y justifican crímenes. Deseos que, en más de una ocasión, dejan testigos decepcionados o hundidos en la miseria cuando, una vez alcanzados, pierden su brillo o, peor aún, se convierten en pesadilla de la que uno, que los persiguió con ansia constante y ciega, ahora se siente incapaz de escapar.

Parece que sin deseos los humanos tendemos a consumirnos. Nuestras vidas son fútiles, prescindibles e intrascendentes, si no patéticas. Vivir una vida vulgar, de rutinas y resignaciones, destruye el espíritu. Por eso necesitamos sueños y anhelos, construimos castillos en el aire, sobre el suelo, fortalezas que perseguir e idealizar, por dar brillo a nuestras miserables existencias. Así las cosas, incluso cuando el deseo satisfecho nos complace y llena de júbilo nuestro espíritu, pierde fuerza y ascendiente sobre las voluntades. O se multiplica y magnifica, o empequeñece sin remedio y nos obliga a buscar —inventar y adornar— otros con los que sustituir los anteriores.

En estas páginas hablaremos de deseos materiales y espirituales, individuales y colectivos, emociones, frustración, de fe religiosa, nacionalismo, anhelos íntimos… La estación de los deseos que cambia al tiempo que parece avanzar cuando da vueltas y repite una y otra vez su recorrido, creando

expectativas irrealizables una y otra vez. Permitiendo, con ello, escapar del grisor y nimiedad de nuestras vidas, siquiera durante el tiempo, largo en ocasiones, que dura la búsqueda. La ocasión es lugar de paso, aunque es agradable, a veces, ilusionarse pensándola destino.

Súbete al tren, si es tu deseo, y acompáñanos en busca de tu estación.

TRAZO GRUESO

Decir que desearía que la gente fuera menos superficial es tanto como pretender que el mundo sea más sencillo o la vida más fácil. Había pensado en la posibilidad de poner a este ensayo un título como «Sabiduría de Twitter», pero creo que habría supuesto cargar las tintas contra una aplicación neutra en sí misma, útil incluso, a la que habría mostrado como paradigma negativo de lo que quiero expresar.

El mundo cada vez es más complejo. Eso seguro. Porque cada vez somos más los humanos que lo habitamos y lo complicamos. Con nuestras sociedades, nuestras relaciones y también nuestra creciente tecnología capaz de acumular ingentes cantidades de información. Bueno, de eso que denominamos «información» a falta de otro término más preciso y adecuado que no caiga en el lugar común de llamarlo por su opuesto o negación: desinformación.

Los humanos, complejos y extraños, confusos e irracionales, pretendemos comprenderlo todo cuando somos tan limitados que es seguro que la mayor parte se nos escapa. El mundo que hacemos crecer también incrementa su complejidad y se nos vuelve incomprensible mientras nosotros, una vez más como tantas otras en el pasado, nos engañamos pensando que sigue siendo asequible a nuestro intelecto y que podemos entenderlo todo, juzgar cada complejo asunto con un brochazo instantáneo que capta la esencia completa del asunto. Mejor aún: saber de todo y opinar, cómo no, acerca de cualquier tema que se presente ante nuestra mente sagaz y poderosa.

Es esa paradoja del ignorante que, cuanto menos comprende, más osado se vuelve, más confiado también, al valorar su entorno. Quien tiene cierta idea, por imperfecta que sea, de un asunto complejo, jamás se atreverá a resolverlo de un plumazo, con una frase o una simplificación. Estamos hartos de ver a millones de entrenadores de andar por casa resolviendo con su «sabiduría» de ignorante los problemas deportivos y económicos de entidades financieras que gastan auténticas fortunas en mejorar su rendimiento. Igual que de escuchar conversaciones, de esas que ahora solemos llamar, medio en broma, de

«cuñados» en las que un tipo cualquiera se convierte en gurú o genio capaz de resolver lo divino y lo humano con su portentoso intelecto y sus enormes conocimientos de cada tema. Y, por más que nos irrita ver a los demás en tales tesituras, casi siempre participamos activamente como protagonistas de semejantes debates, aportando a los mismos nuestra incomprendida capacidad de síntesis y resolución de problemas. Porque todos, de natural, tenemos tendencia a suponer que nuestro modo de procesar la información es más correcto que el del vecino y que sus visibles fallas de razonamiento no se repiten en nuestras excelsas mentes. Personalmente creo que siempre ha sido así y no voy a suponer que antes la gente se callaba ante los expertos solo por respetar un principio de autoridad que lleva mucho tiempo yendo a menos, quizá desde los albores del método científico y ese «Nullius in verba» copiado a Horacio que preside desde entonces la británica Royal Society. Me inclino más bien a sospechar que el silencio provenía más bien de la discreción, de la vergüenza de equivocarse y ser puesto en ridículo de la que hoy en día muchos, si no la mayoría, nos hemos olvidado, quizá por el ambiente reinante tanto como por esa majadería que muchos aplauden de suponer respetable cualquier opinión ajena, convirtiendo la sana libertad de expresión en absurdo sinónimo de incapacidad para la crítica.

En ello tienen mucho que ver los medios de comunicación y las plataformas digitales, nuestro querido Internet, por supuesto, y la mayoría de redes sociales como la que se ha mencionado anteriormente. La democratización de las opiniones, cualesquiera que estas sean, no es mala por sí misma. Al contrario, siempre es bueno poder descubrir nuevas perspectivas y voces disonantes. De todas, particularmente de las más equivocadas, se puede aprender. El problema surge cuando en el asunto de valorar una opinión se anteponen a los argumentos y fundamentos dos factores que nada tienen que ver con el valor de las mismas: la concisión y la popularidad. Con respecto a la segunda, el hecho de que cualquier *blogger, youtuber, influencer* y demás patéticos anglicismos con que adornamos la facultad del vocero de turno persigue los apoyos, los *likes*, me gusta o suscripciones, con la publicidad y pasta que ello supone, por supuesto, hace que antes que informar, explicar o buscar veracidad, se persiga el éxito inmediato de lo llamativo, dando más eco a los gritos y sandeces espectaculares que a lo razonable y válido. Para escalar en las listas de éxito de la red no cuentan la verdad ni apenas las habilidades narrativas o explicativas del informante sino su capacidad para encontrar el nuevo éxito y multiplicarlo hasta el infinito. Basta con explorar un poco con un navegador para comprobar el escaso grado de coincidencia que se da, en

muchos casos, entre las promesas de los primeros lugares de una búsqueda y sus verdaderos contenidos. El segundo problema viene, por una vez, de la concisión. Y admito, de verdad, que me encantan la brevedad y la síntesis. Pero también sé que no siempre es fácil resumir en unas breves frases una idea y atrapar todo su contenido esencial, no digamos ya los matices. Lo malo es que la Red, y todo nuestro mundo acelerado, distan mucho de ser semillero propicio para la capacidad explicativa de una buena síntesis. El culto a lo inmediato y la necesidad de constante renovación hace que los mensajes nazcan truncados desde su inicio. Casi cualquier navegante se queda en el título, en las primeras frases o el extracto de una información. Nuevamente se busca el titular llamativo, a sabiendas de que pocos lectores van a leer la noticia o artículo completo. Y así, todos los que buscamos información y nos sentimos capaces de transmitirla, explicarla y reelaborarla tendemos a quedarnos en una miserable superficie que no explica nada y todo lo confunde, desvirtuando argumentos y convirtiendo lo complejo en un resumen sin sentido. No sabemos de casi nada, apenas aprendemos ni desarrollamos un espíritu crítico pero, a la vez, nos sentimos capacitados para opinar sobre todo y creernos sabios. Así la desinformación campa a sus anchas por las autopistas de la información, los aprovechados de turno nos manipulan sin pudor ni mesura, las ideas más peregrinas —conspiranoicas, pseudocientíficas, amarillistas, populistas, extremas, buenrollistas— se extienden por doquier y uno acaba pensando, no sé si con razón, que vivimos malos tiempos para la razón y las ideas, mientras millones de personas conectadas con un mundo de información se conforman con una educación precaria que no tratan de subsanar al tiempo que se convierten, sin pretenderlo ni darse cuenta de ello, en una suerte de analfabetos digitales de difícil o imposible enmienda. Tendemos a ser una sociedad de trazos gruesos, de explicaciones simples o vacías, frases grandilocuentes y llamativas, lemas incontestables, soluciones en tres palabras, de debates a gritos que se elevan al conectarse los medios de comunicación infestados de paniaguados, una sociedad de ególatras autosatisfechos incapaces de escuchar, dialogar o rebatir argumentos, de ignorantes dóciles que se piensan individualistas, únicos y originales, carne de cañón, sin embargo, para los oligarcas que sí están al tanto de la complejidad del mundo y sus problemas. Sé que pensamientos de este tipo no proporcionan *likes*, seguidores ni el general aplauso. Más bien resultan deprimentes pero, lo siento, me siento incapaz de escapar de ellos, lo que me atraerá algún breve y tajante *zasca* que tampoco servirá para corregirme. Yo, que siempre he

tendido al optimismo, me descubro incapaz de ocultar mi pesimismo por esta ola creciente de estupidez y sinsentido.

Juan Luis Monedero

TRAVESÍA

Cuando me enrolé como marinero en el Adventure, bajo el mando del capitán Fernsby, no podía imaginar lo que la vida me deparaba sobre y bajo su cubierta. Yo, un zafio labriego del interior, muy mayor para ser aceptado como grumete pero demasiado joven y sin experiencia para figurar como tripulante de número en un barco que se preciase, parecía que solo podía aspirar a tareas de poca importancia como fregasuelos, mozo de cuerda o para manejar la bomba de achique. Tampoco tenía la cualificación ni sentía deseos de dedicarme a oficios junto al mar como el de calafate, carpintero o remendador de redes. Para mi desgracia, hacía varios meses que, durante mi visita a la ciudad, me había enamorado de la mar. Tan prendado quedé de su belleza, que decidí que mi futuro debía estar ligado a ella. Y no se me ocurría mejor modo de conseguirlo que enrolándome como marinero. Por fortuna, había aprendido a nadar en la cercana charca de la que tomaba el nombre mi aldea de Dark Shore. Pero ninguna otra relación mantenía yo ni tuvieron nunca mis familiares y vecinos con el ancho mar que ahora me embelesaba. No poseía dinero que me hubiera permitido hacer carrera de oficial y sabía que, si me decidía por el oficio de soldado, no pasaría de ser mercancía transportada en un barco hasta destino, nunca artífice del viaje ni verdadero hermano del mar. Pese a todo, me pasaba los días deambulando por el puerto a la espera de que alguien quisiera contratarme, mientras me ganaba tristemente el sustento cargando y descargando bultos de uno y otro buque. No deseaba esa vida pero tampoco me sentía con ánimos para regresar a mi pueblo y conformarme con meter los pies en la laguna. Por eso, cuando se presentó una nueva oportunidad de ser enrolado, me presenté el primero ante el oficial para ofrecer mis dudosos servicios.

Se trataba de un barco mediano, dedicado, al parecer, al transporte de todo tipo de bienes de comercio con las Indias de uno y otro océano. El sueldo parecía bueno y, según se me indicó antes de acercarme a la embarcación, la experiencia se consideraba menos importante que la opinión que el capitán y sus ayudantes se hicieran de mí. Además, se decía que la paga era elevada, bastante mayor que en otros navíos con la sola condición de que uno fuera

verdaderamente trabajador y sin miedo al agotamiento. Yo, por supuesto, estaba convencido de cumplir sobradamente tal premisa.

Engolosinado por la oferta, apenas sí me fijé en el aspecto de los marineros que se movían por la cubierta. Me dejé deslumbrar por la limpieza del barco. Viejo pero bien conservado, con la madera pulida por el uso pero sin desperfectos apreciables. También me agradaron las maneras del oficial de contratación. Serio pero amable. Una de esas personas que inspiran confianza sin haber hecho nada para ganársela más allá de su aspecto, porte o gestos.

Solo más tarde, demasiado, comprendí el engaño. Para entonces ya había firmado los inútiles papeles y me encontraba en alta mar como marinero de un barco mercante. Únicamente entonces comprendí que me había embarcado en un infierno flotante. Pero ya no podía hacer otra cosa que pelear por mantener mi precaria existencia bajo las órdenes del tirano, despótico y cruel Fernsby.

Yo pensaba que aquel viaje me permitiría pasar de marinero de agua dulce a respetado lobo de mar. En mis cuentas imaginaba futuros contratos en barcos de mayor enjundia y hasta una carrera profesional en la que podría alcanzar, de algún modo, el grado de oficial. Al contrario de lo que deseaba, tan solo llegué a transformarme en esclavo, alma en pena atada a aquel buque infernal y sometido en todo momento a la voluntad y capricho de Fernsby.

Y es que el navío en el que yo me había enrolado no era un buque cualquiera. Ni se trataba de una embarcación dedicada meramente al transporte de bienes. En cierto sentido, comerciaba también con personas. Porque era cárcel e infierno a un tiempo para sus desdichados marineros como yo. Porque, nada más pisar la cubierta y aun antes de iniciarse la travesía, entendí que más que con un empleo me había comprometido con una tumba: la mía. El Adventure comerciaba con esclavos, pero no se dedicaba a comprarlos y venderlos en tétricos mercados árabes o africanos, sino a exprimirlos, extrayendo de sus cuerpos hasta el último hálito de vida antes de arrojarlos al mar y sustituirlos por nuevos incautos, o meramente imbéciles.

No fue el capitán quien primero me abrió los ojos. Ni siquiera uno de sus oficiales. El primer y más intenso atisbo de lo que me esperaba fue la mirada que me dirigió uno de los galeotes veteranos, en la que se reflejaban el horror y una suerte de lástima nacida del hermanamiento que supondrían nuestros comunes sufrimientos. El desgraciado parecía un esqueleto andante, con un aspecto menos saludable que el de cualquier muerto en velatorio. Quizá era esa mirada de espanto el único rasgo propio que aún conservaba, quizá el único signo de vida, al margen del movimiento, que todavía se manifestaba en aquel desecho humano.

Pero, por desgracia, ya era también demasiado tarde para mí. Había cruzado voluntariamente la puerta del averno y solo podía esperar abandonarla muerto y consumido.

Aun antes de que pudiera preguntarme el cómo o el porqué de aquella triste figura, las risotadas de dos oficiales, burlonas y crueles a un tiempo, me demostraron que la impresión recién recibida se convertía en certeza y me anunciaron el horripilante futuro que nos esperaba a todos los reos del lugar.

—Sed bienvenidos al infierno. De aquí solo saldréis con los pies por delante.

En ningún momento consideré la posibilidad de que se tratara de una broma o chanza a costa de los novatos. Incluso un marinero de agua dulce como yo comprendía que no siempre los sentidos lo engañan a uno y que aquel barco iba a convertirse en mi tumba. Tardé bien poco en asumir que acababa de cometer el mayor error de toda mi vida. Con certeza, el último que mereciera tal nombre.

Nadie se molestó en enseñarme cómo realizar las tareas que se me encomendaban. Nadie esperaba que me encargara del gobierno de la nave o de manejar los aparejos. Bastaba con que ejercitara mis músculos en alguna de las extenuantes tareas propuestas. Lo demás lo iría aprendiendo por las bravas, si es que vivía lo suficiente. Ni los oficiales ni yo mismo imaginábamos que fuera a resistir mucho tiempo. Una diferencia importante es que, al contrario que a ellos, a mí tal circunstancia me preocupaba, y mucho. Por eso obedecí sin rechistar, tratando de esquivar en lo posible el látigo fácil que se descargaba ante cualquier error, duda o signo de rebeldía. Y abrí los ojos y la mente para aprender el oficio y las mínimas triquiñuelas que me permitieran prolongar la agonía. En ello me iba la vida, aunque fuera aquel tormento continuo, por lo que puse todo mi empeño en mejorar mis habilidades así como mis posibilidades de sobrevivir un día más en aquella cárcel flotante.

Mi docilidad quizá divertía a mis captores —no me parece oportuno referirme a ellos como mis superiores—, igual que la de mis compañeros de infortunio. Algunos no podían soportar ni fingir y forzaban, adrede o sin quererlo, castigos y reprimendas que los acercaban con rapidez a una muerte que probablemente deseaban. Yo prefería parecer estúpido o cobarde antes que dar ocasión a que se ejerciera más violencia contra mi maltrecho cuerpo. Debo decir que mi docilidad y obediencia ciega eran engañosas, fingidas. Antes que dejarme vencer por la desesperación que invadía poco a poco todos los corazones, yo prefería mantener mi esperanza en una huida que me negaba a

aceptar como imposible, si bien cada día me descubría mas débil y torturado, lo que no hacía sino reducir mis escasas opciones de éxito.

Trabajo extenuante, comida escasa al tiempo que en malas condiciones. La magra ración de galleta mohosa con la que pretendían mantenernos tan solo bastaba para alargar la agonía. Si a eso se añaden los golpes de fusta, las patadas y, por qué no valorarlo en su justa medida, las burlas y desprecio permanentes, debe quedar claro que aquel navío era gobernado por asesinos y mantenido por esclavos prescindibles que se sustituían en cada puerto. No puedo tampoco escapar a una impresión que quizá no se correspondía con la realidad pero debo añadir que estoy convencido de que la comida se reducía adrede cuando faltaban pocos días para recalar en tierra firme. Estaba claro que, en tales ocasiones, había oportunidad de sustituir a los marinos consumidos por otros frescos y temo que el capitán, consciente de la circunstancia, decidía ahorrar en alimento y deshacerse de la parte prescindible del pasaje que constituíamos los esclavos. Yo, por mi parte, aprendía a ahorrar parte de las piltrafas que nos daban en mar abierto, aun a riesgo de enfermar por tomarlas en peor estado que el habitual en ellas. Y, celoso de aumentar mis opciones de supervivencia, no compartí mis sospechas con los compañeros de infortunio, que casi aparecían como enemigos y competidores en la cruel lucha por soportar un día más de infierno.

En las ocasiones en que atracábamos en algún muelle seguro, la marinería de la que yo formaba parte permanecía oculta y amenazada en la bodega, sin que nadie se atreviera a rechistar. Alguno había que, por un mendrugo de pan o la promesa de ver aliviadas sus fatigas, siquiera momentáneamente, consentía en hacer teatro frente a los incautos deseosos de contratarse como parte de la tripulación. Hablo en tercera persona porque, pese a mi egoísmo y mezquindad, crecientes conforme se prolongaban mi confinamiento y agonía, jamás me presté a tales juegos en los que, al margen del mínimo beneficio inmediato, nunca reconocí que se obtuviera ningún asomo de trato favorable por parte de nuestros carceleros. Debo reconocer que yo mismo apenas me fijé en ese detalle de la casi ausencia de tripulantes de número cuando firmé, feliz y campante, mi propia sentencia de muerte al ponerme en manos de Fernsby y sus torturadores. Aunque estos últimos, comparados con su espantoso capitán, no pasaban de ser meros aprendices en el arte de la crueldad.

Era mucho peor, más temible, ver a Fernsby sonreír que empuñar el látigo. La segunda imagen anunciaba golpes dolorosos, resultado de un impulso, pero al tiempo fugaces, pasajeros, de los que, salvo que la irritación del capitán

fuera mayúscula, los desgraciados que los recibían podían recuperarse. Cuando sonreía era mucho peor porque significaba que aquel monstruo tenía un plan que implicaba a sus esclavos. Y aquello nunca traía resultados buenos ni pasajeros para los afectados.

Bastaba contemplar su fisonomía para sentir miedo. Se trataba de un tipo enjuto y consumido por los vicios de su carácter. Disfrutaba visiblemente con el sufrimiento ajeno aunque, en toda ocasión en que aplicaba castigos, se escudaba en la necesidad de impartir justicia y aplicar lecciones de disciplina. Aparentaba rectitud cuando solo había crueldad y ocultaba en gestos de falsa religiosidad, si no beatería, sus acciones más malvadas. Nos mataba de hambre y hablaba de la frugalidad del buen cristiano y del eremita, nos golpeaba con su látigo, o lo ordenaba a sus subalternos, ante cualquier error, castigando la menor muestra de indisciplina y hasta el agotamiento con golpes, hambre y sed. Si alguien se mostraba irrespetuoso o él se consideraba desobedecido, fuera cierto o meramente fruto de un malentendido o incapacidad para cumplir sus órdenes, lo tomaba por insubordinación, motín o traición que debía castigar con la muerte, colgando al infortunado del palo mayor no sin antes haberlo sometido a todo tipo de torturas y vejaciones. Tras cada crimen, también al morir cualquiera de nosotros como consecuencia del hambre, el puro agotamiento, la enfermedad o por sus malos tratos, celebraba un funeral en el que rezaba por las almas de los fallecidos antes de arrojar sus despojos al mar, de preferencia allá donde los tiburones o cualquier bestia marina pudieran darse un festín ante sus ojos golosos. Incluso hubo un par de ocasiones en que su irritación fue mayor y ello se tradujo en que los desgraciados condenados a muerte fueron arrojados vivos a las aguas infestadas de fieras marinas. Y cuando uno de ellos sobrevivió sin recibir los ataques esperados, fue él quien empuñó la pistola y descerrajó un tiro en la espalda del infortunado mientras el pobre diablo intentaba escapar a nado sin poderse dirigir a parte alguna.

—Soy débil y no soporto ver sufrir a ese criminal —dijo entonces con lágrimas en los ojos, justificando de tal modo aquella última crueldad.

Los marineros, como ya se ha dicho, éramos prescindibles. Trabajábamos sin descanso de sol a sol, sin que se nos permitiera un instante de vacilación o un mínimo respiro. Se nos maltrataba físicamente ante cualquier error, aunque nunca se desperdiciaba la ocasión de humillarnos de palabra. La comida, por llamarla de algún modo, era al tiempo escasa y abominable. Y por la noche se nos hacinaba en un rincón de la bodega, sin disponer de catres, hamacas o

jergones para reposar, sino tan solo la carcomida tablazón y la ayuda o estorbo, según los casos, del inevitable balanceo de la embarcación.

Las tormentas y las calmas eran igual de terribles para nosotros. Cualquier circunstancia que alterara la navegación, su ritmo o dirección, desataba una nueva tormenta, esta en el negro corazón del capitán quien, aparte de culparnos siempre, de hecho o por nuestros supuestos pecados, de los contratiempos a que nos enfrentábamos, nos obligaba a trabajar aún más, hasta la muerte si lo consideraba preciso, ya fuera impulsando el navío con unos remos del todo ineficaces para una nave como la nuestra, achicando agua con las bombas o peleando sin tregua con las cuerdas y el trapo para vencer a las inclemencias del tiempo. Más de uno y más de dos compañeros perecieron de agotamiento en tales ocasiones, y aún fue mayor el número de los que cayeron al mar y se perdieron en aquella tumba de agua sin que nadie moviera un dedo por rescatarlos. Quizá, pese a todo, hallaron allí reposo, que no consuelo en la hipócrita homilía que luego Fernsby dedicaba a cada desaparecido y muerto.

Tales ocasiones eran las más horribles dentro de la ya espantosa vida en el barco pero, en honor a la verdad, debo decir que fue una de tales tormentas, junto con mi resistencia hasta entonces, mi astucia y una inmensa dosis de la buena fortuna que se me había negado durante meses, la que me permitió escapar de aquel horror flotante y ponerme a salvo, por más que me acompañen, desde entonces, interminables pesadillas de noche tanto como de día, pues el poco valor que me quedaba lo gasté todo durante mi desesperada huida.

Pero es que entonces tenía aún mucho más miedo a morir y percibía, con absoluta certeza, que me estaba aproximando a mi fin a pasos agigantados. A tal ritmo que ya vivía de propina y la muerte me esperaba, sin duda, a la vuelta de la esquina, antes, posiblemente, de que el Adventure llegara a atracar en el siguiente puerto.

A esas alturas de mi agonía, yo ya no me sentía capaz de valorar mi estado físico. Aún menos el mental. Llevaba demasiado tiempo demacrado, agotado, insomne, con el cuerpo consumido por el hambre, los dolores y las múltiples llagas, recolectadas durante el trabajo o resultado de castigos, inmerecidos o no, si es que tiene sentido suponer motivos válidos para que un superior maltrate a sus hombres. Pero esos ojos hundidos que ya no me permitían juzgar mi aspecto con claridad sí me mostraban una realidad incontestable que mi cerebro perturbado era capa de comprender. De todos los marineros que había en el barco cuando subí por primera vez a su cubierta

e inicié mi condena, no quedaba ninguno en el navío. Y no había jubilaciones, cambios de empleo o siquiera deserciones que justificasen su falta. Todos los que entraban como tripulantes del Adventure firmaban con su sangre un contrato de por vida, la cual desde entonces quedaba sujeta a una sentencia de muerte que se aplicaría más pronto que tarde. Todos mis compañeros de infortunio, ninguno de los cuales llegó a convertirse en amigo o confidente, habían muerto ya. Poco importaba la causa: agotamiento, escorbuto, disentería, accidentes, golpes de mar, golpes de fusta, arma blanca o de fuego. Cada reo había concluido su condena tras pasar por inexistente patíbulo pero igualmente ejecutado. Incluso muchos marineros enrolados después que yo habían pasado a mejor vida, según se dice, o mejor muerte, pues para el caso cualquier cambio de estado respecto del triste arrastrarse por el navío de pesadilla había de ser por fuerza positivo. Quizá por eso, por tener tanto miedo a morir como a seguir vivo en aquel infierno, me decidí a arriesgar la vida de una vez por propia voluntad, lo que llevé a efecto en la primera ocasión que se me presentó.

No se trataba de tirarme por la borda y echar a nadar, tampoco de pelear por mi libertad al alcanzar un puerto, ni de forzar un motín condenado al fracaso. Fernsby me habría cazado, como le vi hacer con otros, ya fuera a tiros o con un arpón. O peor, me habría sometido a todo tipo de torturas y vejaciones con los que purgar mis pecados antes de concederme la liberación de la muerte. El caso es que yo tenía un plan. Concreto, aunque poco preciso en sus detalles. Y no me servía cualquier circunstancia para llevarlo a término. Por pocas opciones de éxito que tuviera, necesitaba que se dieran unas condiciones particulares antes de jugarme la vida a una única carta. Pero, cuando la situación se presentó, me sobrepuse a las dudas del cobarde y ejecuté con determinación y rapidez mi descabellado proyecto.

Ocurrió durante una terrible noche de tormenta. Una noche sin Luna en el mar, apenas sin luz, ventosa, con olas enormes y los esporádicos fogonazos de los terribles relámpagos iluminando el océano y mostrándome, como yo intuía, la presencia de una costa cercana o, cuando menos, escollos o arrecifes cuyo perfil asomaba en el horizonte. No sabía dónde estábamos exactamente. Por las estrellas, la posición del Sol al mediodía, los vientos y el calor, suponía que navegábamos, como en otras ocasiones, por el sur del Caribe. Igual me habría servido, en todo caso, alcanzar un atolón perdido en mitad del Pacífico y morirme en paz allí. Como no tenía sentido aplazar la decisión y no iba a presentarse otra situación semejante, aquellos indicios fueron suficientes para que pusiera en funcionamiento mi plan.

La realidad de la terrible tormenta era incuestionable para cualquiera que estuviera sobre o bajo la cubierta del Adventure. Como era innegable el riesgo de que el navío zozobrara y todas mis preocupaciones, al igual que mis anhelos o los de cualquier tripulante, tocaran a su fin. En aquella situación nadie en sus cabales podía dedicarse a pergeñar plan alguno. No había tiempo para pensar ni ocasión para la distracción. Entre sujetar cabos, achicar agua o recoger trapo, la dedicación de cada cual era plena e imprescindible. Yo trabajé como el que más. Por salvar mi vida por otro día y tener ocasión de ver las nubes abrirse, sí, pero también por disimular ante Fernsby, sus oficiales y la propia tropa de compañeros. Y eso es lo más absurdo del caso que, mientras mi vida peligraba, yo me dedicaba a fingir que quería salvar el barco y colaboraba activamente para ello cuando tan solo estaba trabajando, según yo lo veía, en mi propio beneficio. No diré aquí que yo no estuviera fuera de mis cabales entonces. Sin duda lo estaba. Y no estoy seguro de haber recobrado el buen juicio con el paso del tiempo, desde entonces hasta ahora. Pero es que tenía un plan. No necesitaba elaborarlo sino únicamente convertir las ideas en acción y hechos.

Mientras todos peleábamos contra los elementos, mi cabeza solo podía recapitular los detalles de mi intento de fuga. Cuando me exponía a la violencia de la tormenta, no lo hacía por valor, ni por salvar al barco y los hombres o menos aún por temor a Fernsby. Si naufragábamos, entonces su largo brazo ya tampoco me podría alcanzar. Lo hacía por favorecer la situación que pretendía, pues se trataba de un riesgo calculado, si no perfectamente sí de intención. Nadie me recriminó que ocupase la posición necesaria en la que nadie quería sustituirme. Tampoco me agradecieron o ponderaron el que me expusiera de tal modo. Y, si es cierto que hice todo lo humanamente posible por mantener la integridad del barco, no lo es menos que, en mi osado deambular por la cubierta, tan solo buscaba la mejor ocasión para avanzar un paso más en mi proyecto sin encontrar una muerte segura.

Mi plan era terriblemente arriesgado y yo lo sabía. Pero, tomada la determinación de ejecutarlo, me movía por el barco con inusitada serenidad y confianza. Pueden imaginar mi desesperación si les confieso que la primera y no más peligrosa parte del mismo consistía en lanzarme por la borda en el momento adecuado. Este instante preciso se basaba en la conjunción de varios factores: intensidad de la tormenta, ausencia de reveladores relámpagos, mi propia situación en la proa del barco y alcanzar la cuerda que había dejado colgando de un madero. Llegado el momento, no dudé. Mi corazón latía atropellado y una niebla, que iba más allá de la espuma que todo lo salpicaba, cegaba mis ojos. Pero fue justo entonces, en el preciso instante en que la

enésima ola golpeó contra el casco y aun antes de que el agua saltase por encima de la cubierta y nos golpeara a todos, cuando yo, apoyado en un breve instante de oscuridad, corrí hacia la borda y me dejé caer. Lo hice en silencio, sin aspavientos. Temí por mi vida, sí, pero nada más chocar contra el agua oscura y fría me aferré con fuerza a la cuerda a la que aún estaba agarrado y nadé, de memoria, hacia el espigón de proa. Entonces, ya debajo del mascarón, por debajo aunque muy cerca de la línea de flotación, para poder sacar la cabeza de vez en cuando y respirar, empecé a dar grandes voces de auxilio, tratando de que sonaran aterradas y lo bastante potentes como para que alguien me pudiera escuchar en mitad del ruido.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Me pareció escuchar voces indistintas y, a la luz de un relámpago que minutos antes me habría traicionado y ahora resultó revelador, vi varias siluetas brevemente asomadas a la borda, buscándome o tratando de escuchar.

—¡Hombre al agua! —gritó alguien de voz ronca, creo que un simple marinero.

Luego nada más. Yo lancé un par de gritos más, sin otro contenido que mi simulacro de miedo, cada vez más confusos. Y luego, en un brevísimo instante de calma, me llegó nítida la voz del segundo oficial:

—¡Dejadlo y volved a vuestros puestos! No hay nada que podamos hacer por ese desgraciado.

La voz era perentoria y urgente, en absoluto sonaba apenada.

Yo callé por completo. Y me agazapé bajo mi precario refugio. Ya había soltado la cuerda que podía delatarme. Más tarde la recogerían desde el barco. Debía aferrarme a la madera con todas mis fuerzas. En mitad de la tormenta era complicado maniobrar pero, pese a todo, me esforcé en raspar con fuerza, usando mis propias uñas hasta que arranqué la astilla pretendida y pude obtener un inestable asidero para mis manos entumecidas y heladas. Como si fuera una lapa, o la terrible carcoma, fie mi vida a permanecer adherido al casco pero invisible al escrutinio. Los de arriba debían pensarme muerto. Pero tal sería mi estado, lo quisiera o no, si la segunda parte de mi plan fracasaba. Más temprano que tarde debería soltarme y echarme al mar, nadar en la dirección adecuada y tocar tierra. De otro modo moriría. Ya descubierto por Fernsby y los suyos, devorado por los tiburones o ahogado en cuanto me quedara sin fuerzas para seguir. De las tres opciones prefería cualquiera de las dos últimas, así que permanecí tan atento como pude, oteando todo el tiempo a mi alrededor e intentado discernir el perfil de una roca o la luz de un farol lejano en mitad de la tormenta. Si estábamos cerca de un puerto o de

cualquier islote, como yo sospechaba, tal vez lograra sobrevivir. Si no, tendría suerte de servir como pasto para tiburones, pues nada me espantaba más que ser descubierto por Fernsby y convertirme en acreedor de uno de sus escarmientos.

Por desgracia, en mitad de la tormenta no pude ver una sola luz ni una silueta que elevara mis ánimos aunque luego pudiera traicionar mis frágiles esperanzas. Ya amanecía cuando se sucedieron dos hechos significativos. Lo primero que me alarmó fue un terrible crujido que agitó el cascarón al que todos, buenos malos y peores, llevábamos semanas fiando nuestra salvación. Me pareció ver una sombra alargada descolgarse del Adventure. Cayó al mar, aunque apenas escuché el estrépito, ahogado por el terrible trueno que sacudió el aire.

—¡Salvad el trinquete! —gritó alguien, quizá un oficial que no pude identificar. La urgencia en la voz, el miedo que destilaba, era mucho mayor que cuando se planteó la opción de tratar de rescatarme.

Pero el palo se alejó y se perdió tras la popa, sin que nadie pudiera engancharlo. Ni siquiera Fernsby estaba tan loco como para mandar a sus esclavos lanzarse al agua para rescatar el palo caído. Si no pudieron recogerlo con los garfios, lo darían por perdido.

El segundo suceso fue el fin de la tormenta. El viento se calmó, la lluvia cesó, desaparecieron rayos y truenos del cielo y amaneció un día inusitadamente tranquilo, casi de calma chicha, en mitad del océano. Mi vista, por desgracia, tampoco alcanzó a ver o intuir la silueta de una costa salvadora con lo que, nuevamente, supe que mi vida se encontraba en grave riesgo.

El trinquete no es el palo mayor, por supuesto y, bien que mal, el barco podía manejarse sin él, aun a costa de perder maniobrabilidad y ritmo. Pero el viento suave que soplaba aún permitía que el Adventure avanzara parsimoniosamente.

Pensé que ahora sí buscaría un puerto donde refugiarse, que Fernsby necesitaba hacer reparaciones y no podía aplazarlas. Si realmente estábamos cerca de la costa, llegaríamos en breve a tierra firme. En caso contrario, yo moriría y a los tripulantes los esperaría un infierno aún mayor mientras se arrastraban penosamente hasta un astillero lejano.

Por la noche, entre agotado, helado, aterido y mareado, cuando el Sol ya se había puesto y yo ya me sentía dispuesto para reunirme con el Sumo Hacedor, me pareció ver un resplandor lejano, que solo se movía con el vaivén del navío. ¿Una ciudad? ¿Un puerto? ¿La fogata de unos pescadores? ¿La de unos salvajes? ¿Una visión? Poco importaba. Antes que morir aferrado al barco

o dejándome arrastrar por las olas, prefería arriesgar una vez más mi futuro a cambio de cualquier mínima esperanza. Me solté de la quilla y me hundí unos metros antes de avanzar hacia lo que creí que podía ser la costa. La necesidad siempre obliga y mi maltrecho cuerpo fue capaz de reaccionar ante el cansancio, el frío y el terror de ser visto. Por fortuna, pude alejarme del casco hacia babor sin que nadie me vislumbrara. Avancé mientras mis escasas fuerzas me lo permitieron. Luego floté boca arriba e intenté proseguir mi avance hasta que ya me sentí incapaz de dar una brazada más. Seguía siendo noche cerrada y la luz que había atisbado todavía permanecía visible en el horizonte pero no más cercana que la primera vez. Sin duda, me había engañado al respecto y aquella ciudad, faro o fogata estaba mucho más lejos de lo que imaginé. Sin embargo, cuando iba a abandonar toda resistencia, noté cierto movimiento de resaca, un vaivén familiar y esperanzador que me insufló nuevo vigor. Para cuando no pude más, un último golpe de mar me depositó en un terreno firme que ya no fui capaz de identificar. Rendido, me dormí, sin saber de cierto si aquello era la muerte, un desmayo o el necesario reposo que mi maltrecho cuerpo exigía y se cobraba sin preguntar.

Me despertaron las risas de unas gaviotas. Me encontraba sobre una estrecha playa, apenas una cala, vacía y abandonada. Logré ponerme en pie y arrastrarme hacia el interior. Había legado hasta una isla, tal y como había soñado. No diré cuál pues no quiero que nadie la identifique, pida señas sobre mí ni pueda acudir a buscarme o preguntarme. Tuve suerte porque era una isla grande, cercana al continente. No busqué ayuda en la costa, temiendo tropezar con el Adventure. Todavía tengo miedo de que Fernsby me encuentre.

Trabajé como peón en la isla durante varios meses, en el interior, como temporero en la época de la cosecha. Así pude comer y ahorré lo suficiente para comprar un pasaje en un barco. Me temblaban las piernas cuando embarqué en él. Fue la última vez que navegué. Llegué al continente, a tierra firme de verdad. Me alejé lo que pude de la costa, busqué y encontré trabajo. Y, desde entonces, no he vuelto a acercarme al mar. Hoy en día tengo una granja y vivo sin demasiadas estrecheces a costa de trabajar como un mulo.

Aunque años más tarde me enteré de que el Adventure se había hundido sin supervivientes, no sé si en una tormenta o por obra de algún moribundo vengativo o un motín trágico, ello no impide que todavía viva con temor. Es esta la fecha en la que aún me resulta imposible abandonar mi refugio y acercarme a la orilla del mar. No puedo evitar que, por las noches, todavía me asalten las más terribles pesadillas en las que Fernsby y sus matones me encuentran y me llevan preso con ellos para que cumpla íntegra mi condena en el infierno antes

de aplicarme mi correspondiente castigo ejemplar. Despierto gritando, sudoroso y enajenado. Lo que me demuestra que nunca lograré escapar por completo de aquella infernal prisión.

Juan Luis Monedero Rodrigo

PANECUMENISMO

Es triste comprobar como en nuestro siglo todavía hay quien alimenta insidiosamente el fuego de la intolerancia o el racismo. Quien busca guerras de religión o el enfrentamiento de etnias diversas. Casi siempre se hace para satisfacer oscuros intereses materiales aunque también tienen su peso en el cóctel la tradición y la simple burricia de cada cual.

Es por ello por lo que no me parece mal que se intente suavizar situaciones recurriendo a sutiles modificaciones en el idioma, en los toponímicos, la geografía o el mero santoral. Se me dirá que los gestos no cambian el mundo. Pero no es del todo cierto pues una mínima modificación puede alterar el curso de una civilización.

En la historia de nuestro país, como en la de cualquier otro, se han producido todo tipo de conflictos, afrentas, ofensas. Y algunas han quedado grabadas a fuego en la memoria de la gente mientra que otras solo se han conservado en los gentilicios o la toponimia. Pero, ¿por qué, siglos después, nos esforzamos tanto por mantener, en aras de una tradición mal entendida, los nombres y referencias de esas ofensas olvidadas?

Puedo entender perfectamente que en una aldea de nombre Matajudíos los vecinos deseen modificar su nombre. ¿Y qué decir de tantos Matamoros? Desde nuestro santo patrón que cabalga simbólicamente al encuentro de los entonces rivales, por más santa que fuera su cruzada, hasta los nombres de tantas localidades patrias y de ultramar, repartidos por infinidad de poblaciones de toda América. ¿Tanto nos costaría modificar el nombre? Santiago apóstol no requiere de ningún cambio en su nombre, solo que le quitemos el apelativo de matamoros. Y quizá sería adecuado alterar esculturas y pinturas que lo representan, pues no se trata de mutilar el arte antiguo sino de suavizar las relaciones entre las etnias y credos. Estoy seguro de que, si uno de nuestros pequeños pueblos castellanos con referencias al asesinato de musulmanes modificara su nombre por el de Abrazárabes o Besárabes, ya que el inmediato Abrazamoros ya resulta ofensivo por incluir el término levemente

despectivo, no solo se limarían asperezas entre religiones y culturas sino que el fanatismo reinante se podría borrar y hasta recibirían más turistas de aquellos países. Aunque, ahora que lo pienso, quizá sería mejor llamar al pueblo Abrazamagrebíes, por no ofender a los norteafricanos confundiéndolos con los de la península arábiga. Claro que el Magreb confunde y mezcla a su vez a marroquíes, malienses, tunecinos, argelinos y un largo etcétera de modo y manera que, por evitar conflictos y hacer honor a otras tradiciones, podríamos dedicar los abrazos a los saharahuis —que no saharianos— o a los rifeños, en homenaje a los que fueron y son nuestros hermanos. Salvo que alguien en Marruecos se sienta ofendido y nos acuse de colonialistas. No sé, quizá sería mejor añadir alguna connotación amorosa o filantrópica de índole general al nombre en cuestión. No sé, algo como del amor universal, o cosa semejante. Aunque, ahora que lo pienso, tal vez alguno de esos invertidos —y lo digo sin ánimo de ofender, es que no me sale bien eso de denominarlos LGTB o similar— piense que se trata de un amor ilícito, más allá de la amistad o, en caso de connotación sexual, ajeno al matrimonio. En fin, siempre se puede hablar de amor ecuménico, confiando en que no se interprete como una expresión más católica que otra cosa y los protestantes, los ortodoxos o cualquier persona con creencias y hasta ateos, agnósticos y dubitativos varios no se sientan ofendidos.

Bueno, creo que la intención queda perfectamente clara y es aplicable a cualquier otra situación semejante. Por ejemplo, también deberían cambiarse el apellido los Matamoros de nuestro país que, con su sola presencia, pueden ofender al Islam en su conjunto.

¿Qué decir de la aplicación de términos como cerdos o puercos para quienes no comparten nuestra fe? ¿O llamar hereje al que, siendo cristiano, no comulga como nosotros? El espíritu cristiano, y aun el de otras religiones tan celosas de la fe propia como la nuestra, no debería favorecer tales actitudes sino buscar la aproximación allá donde sea posible.

Todo esto serviría para acercar culturas y religiones. Los términos ofensivos deberían ser borrados del idioma para facilitar un hermanamiento que, en último término, podría permitir un verdadero ecumenismo y la unificación paulatina de todas las religiones del mundo en una iglesia auténticamente universal, en una religión que podríamos llamar sintética, favorecida por el común denominador de la fe, con su espiritualidad, misticismo, dogmas y hasta deidades particulares. Si algún término despectivo quedara, debería ser dedicado tan solo a los ateos e impíos, y aplicarse únicamente en conversaciones privadas, en la intimidad de los hogares, por no

dar mal ejemplo a quienes deseen ubicar sus almas bajo el común paraguas de esta soñada Iglesia Universal.

Narciso de Lego
(fundador de la Iglesia Panecuménica Universal)

DESEOS DE TRASCENDENCIA

Puesto que todos conocemos —aunque muchas veces la ignoramos o fingimos hacerlo— nuestra inevitable contingencia, en toda época ha habido personas que deseaban dejar huella, trascender su tiempo y ser recordados por obras, conquistas o cualquier mérito que les pareciera notable. Y algunos hasta por su maldad o locura, como si ello compensara el demérito de sus acciones. Hoy en día esto sucede con mayor intensidad y extensión que en cualquier tiempo anterior. No sé si influyen la falta de fe o el individualismo hedonista cada vez más extendido en Occidente, aunque me inclino a pensar que tiene mucho que ver con esta sociedad de consumo en que vivimos, capaz de convertir los espíritus y sus anhelos en meros productos de compra y venta, como si la mefistofélica venta de almas hubiera pasado a la condición de saldo.

No hay lugar donde esto se manifieste con mayor claridad que en los medios de comunicación, particularmente en esas redes sociales de nuevo cuño donde millones de espectros fantasmagóricos deambulamos exhibiendo nuestros falsos y moldeados yos de *selfie* y retoque o nuestra absurda colección de contactos, amigos o *likes* acumulados.

Yo, que también he deambulado y aún lo hago como escéptico participante de estos juegos de supuesto hermanamiento, siempre he pensado patéticos los esfuerzos de perdurar por medio de la burda exhibición y acumulación de textos y, sobre todo, imágenes congeladas o en movimiento. ¿Qué lamentable huella pretendemos dejar con una página llena de superficialidad autocomplaciente? Y aún más, desde hace mucho observo con desconfianza y cierto espanto la terrible acumulación de información espuria que ello supone. Y no puedo evitar que se me escape una risa torcida, entre cínica y sarcástica, cada vez que escucho aquello de que en nuestro tiempo multiplicamos la información con respecto a épocas pasadas. Me dan igual los terabytes o petabytes que cada cual almacene con datos de su ego vacío si el contenido es nulo o tan irrelevante como acostumbra.

No voy a asumir ahora un tono falsamente *trascendente* señalando la inutilidad de tales esfuerzos ante el paso del tiempo que todo lo borra, las vidas tanto como sus huellas. Ni siquiera hablaré de la irrelevancia cósmica de nuestra especie o la caducidad intrínseca de nuestro planeta y su Sol, que borrarán nuestras huellas, o la del propio Universo si, finalmente y como hoy pensamos, se dispersa y fenece consumido por la entropía. Que al cabo nada quedará, o solo como fantasma, parece cosa segura. Pero la originalidad del argumento brilla por su ausencia y tampoco quiero caer en el vulgar lugar común, que no sé si me atraería el afecto o desprecio de los escasos lectores de estas líneas.

Pretendía tan solo asumir lo equivocado de mis argumentos anteriores. No porque la relevancia humana individual y colectiva sea próxima a cero o porque el universo caduque y la desinformación no sea el tipo de dato más común en las redes sociales, la televisión, Internet toda o las conversaciones entre amigos y conocidos. Pero sí a la hora de presumir que existe una voluntad individual de perdurar tras los patéticos esfuerzos de tantos que invadimos el mundo digital con datos objetivamente prescindibles y sin interés. Que deseamos perdurar es un hecho, pero la vía que muchos elegimos para hacerlo hoy en día no la hemos decidido voluntariamente nosotros. Hay macroempresas que usan y venden nuestros datos para forrarse literalmente con ellos. Corporaciones a las que les interesa nuestro exhibicionismo y hasta la desinformación, porque para ellas son datos, información sobre nosotros que va más allá de su contenido intrínseco. La información es poder, dicen. Y es verdad. Solo que existen muchas clases de información y casi toda tiene su valor. Por eso, cuando ves a alguien tomándose una sucesión de absurdos autorretratos impostados con su teléfono móvil para compartirlos con un mundo al que no le interesan lo más mínimo, debes pensar que la mano ejecutora de la soberana estupidez quizá no sea la que pulsa mientras mantiene una postura incómoda y forzada, sino la de alguien de una empresa amigable y cercana que nos anima a subir fotos, vídeos, saludos y lo que realmente desea es obtener nuestra ubicación para que otra empresa que les paga nos pueda enviar sus anuncios y ofertas con los que mantener en funcionamiento este absurdo sistema económico para el que somos absolutamente irrelevantes al tiempo que objetivamente útiles como generadores de otro absurdo concepto de riqueza, supuestamente material.

Juan Luis Monedero

LAS GAFAS DEL DESEO

El adorno de la memoria nunca debería alterar la realidad de los hechos y un científico como yo no puede mantenerse en el error ni negar que los haya cometido, hoy o en el pasado. Hubo muchos en mi juventud, lo admito. Y hasta alguno se produce todavía cuando confío demasiado en mi superior inteligencia y no someto sus conclusiones al escrutinio de la prueba.

En el presente ensayo hablaré de uno de mis más estrepitosos fracasos. Se trata de una ocurrencia interesante que dio lugar a un invento que yo consideré genial pero, por desgracia, nunca llegó a proporcionar los frutos pretendidos.

Cualquier lector que haya observado piel al microscopio o la lupa, humana o de mamífero, entenderá el fundamento de mi fallida propuesta y, si es persona de juicio y mínimos valores morales, mejor cristianos, aplaudirá la iniciativa y se sentirá tentado de apostar por su buen éxito. Pero, por desgracia, cuando intenté ponerla en práctica comprobé, con desánimo, que toda la teoría se veía desautorizada por la prueba. Lo empírico, la materia, vencía como en otras ocasiones al espíritu.

Quienes me conocen saben de la fuerza de mis convicciones así como de mi ardor guerrero, aún diría que visigótico en contraposición a lo vandálico, a la hora de pelear contra aquello que me incomoda u ofende. Esto es aplicable, en especial, a cualquier forma de sensualidad grosera o sucia, ya lo sea por ofender las buenas costumbres o por su dudosa o inexistente moralidad.

En este mi fracasado experimento yo pretendía hallar, ya que no un remedio, sí cuando menos un alivio para los excesos libidinosos de muchas personas incapaces de controlar sus bajos instintos. ¡Es tan difícil luchar contra los sentidos y esa parte bestial que anida en lo más primitivo de nuestros cerebros solo parcialmente evolucionados! Por ello fue por lo que yo quise encontrar acomodo a la continencia incluso para quienes no deseaban practicarla. Pero pronto se verá cómo y por qué fracasé. Punto este último que me atrevo a afirmar que desentrañé plenamente con mi superior intelecto, lo cual no fue óbice para que tuviera que confesarme incapaz de hallar remedio a la contingencia responsable del resultado erróneo.

Mi invento fue pequeño en técnica y ejecución pero ambicioso en miras según diferentes perspectivas. Era un invento sencillo en el porte al tiempo que grande en aspiraciones, igual que aumentaba el tamaño con el que cierta realidad debía ser contemplada. Se trataba de unas gafas de aumento con un uso concreto y un claro cometido que no lograron realizar o, cuando menos,

convertir en los resultados pretendidos. Mi intención era que las gafas sirvieran como herramienta de castidad, aplicable en los momentos de mayor intimidad de las parejas que decidieran emplear este recurso. No se pretendía usar las lentes como método de control de natalidad, salvo como un efecto secundario no buscado expresamente, sino favorecer la castidad y el recato cuando la materia de los cuerpos, la esencia sensible, hormonal y animal de los humanos, se ha impuesto sobre el raciocinio y el espíritu. Cuando la pareja es empujada por sus bestiales instintos a ayuntarse en lícita o ilícita relación, ya sea dentro del matrimonio que legitima la unión o en pecaminoso amancebamiento, parece imposible resistirse al frenesí y el ardor de la carne. Pero a mí se me ocurrió suministrar una defensa basada en lo sensorial a aquellas parejas deseosas de vencer la lujuria. Si ambos se colocaban mis gafas conforme acercaban carnes, cuerpos y pieles, la proximidad física permitiría que los cristales de aumento cumplieran su misión y demostraran a los amantes que, en la distancia corta, la imperfección de los cuerpos se hace más notoria e incómoda conforme se incrementa el detalle de la observación. Era mi hipótesis de partida que la contemplación de los surcos epidérmicos, los hoyos de los poros, las escamas resecas, los repugnantes vellos y, en resumen, la irregularidad de lo que se imagina suave y deseable, enfriaría el deseo de las parejas. Y, sin embargo, tal idea se demostró errónea por cuanto que los voluntarios de la prueba, que no fueron muchos, lo admito, pero sí personas de integridad contrastada, firmes creencias y voluntad a prueba de tentaciones, fueron incapaces, llegado el caso, de resistirse al impulso amoroso. Mi fracaso, pues, resultó mayúsculo y decepcionante.

¿Por qué, se preguntará el amable y estupefacto lector, mis gafas del deseo fracasaron cuando es el sentido de la vista el más eficaz para que el humano deseo se encapriche, sea de congénere, juguete infantil o vitualla en mostrador? Porque en lo amatorio la vista llega a ser secundaria. No en vano, hay muchos que ejecutan sus uniones en completa oscuridad, quizá avergonzados de aquellas demostraciones de animalidad. Pero el caso es que, según mi infalible análisis basado en experiencia y deducción, el desastre tuvo su origen en una peculiaridad propia de la distancias cortas, sin que importen mucho la agudeza del ojo, su miopía o ceguera. Por muy visuales que seamos los humanos, en ese contacto íntimo se imponen otros sentidos como el del olfato, preso de los aromas peculiares del acto, y, más que ningún otro, el del tacto, que niega con su sensualidad lo que muestra la vista. Cuando hay roce, el traicionero tacto nos condena a caer en el error, haciendo inútiles mis bien intencionadas lentes.

En otro orden de cosas, tengo para mí que el repunte en los casos de calvicie de nuestro país, otrora pío y católico y ahora a la cabeza y guía del mundo en esta cuestión de la alopecia, aunque el incremento se da también, según me consta, en otros lugares de fe diversa, se correlaciona poderosamente con el consabido acto del onanismo, hoy tolerado y diríase que alentado por algunos. Ya nos advertían los preocupados páteres en las antiguas escuelas pobladas de impúdicos adolescentes de las nefandas consecuencias de tales actos de lujuria solitaria. Lástima que ellos culparan al vicio de provocar ceguera porque confundir y mezclar efectos sirvió para que no se los tomara en serio. Queda claro que no aprendemos de los errores. En todo caso, creo necesario realizar un estudio más exhaustivo al respecto de la correlación capilar y la posible oftálmica porque, al margen de un breve estudio preliminar aderezado con mi poderosísimo intelecto, temo que la prueba aparezca débil y no deseo repetir errores del pasado. Deberé someter, por tanto, este asunto al método empírico y buscar voluntarios como sujeto de estudio.

Para terminar, les dejo una última pregunta que acaba de ocurrírseme y que tal vez merezca un apartado dentro de esta investigación mía que he dejado apuntada: ¿servirán las gafas del deseo para reducir el ardor onanista de nuestros muchachos?

A veces me sorprendo a mí mismo con mi inteligencia desbordada. No todo el mundo es capaz de idear un nuevo estudio mientras divaga en un breve ensayo como este. Agradézcanme esta reciente perla de sabiduría que deposito ante su vista de forma gratuita y desinteresada.

Gazapachito Grogrenko
(megasabio universal, filósofo,
experimentador nato y filántropo)

TELEQUINESIS

Cuando Gemita, una niña de apenas nueve años, descubrió su peculiar capacidad, se trataba de una simple diversión, una curiosidad que mantener casi en secreto y con la cual gastar pequeñas bromas a sus amigos y compañeros de clase. Nunca le confesó a ninguno de los niños que ella era la responsable de lo ocurrido como si, de algún modo y pese a que nunca nadie la había advertido al respecto, considerara que tal cualidad era motivo de vergüenza. Tan solo en una ocasión usó su habilidad para enfadar a su mamá. No lo hizo como broma, sino porque ella misma se sentía irritada después de

recibir una regañina que consideraba injusta, Jamás repitió la jugada. Tampoco la reveló. Aunque se sintió realmente mal por haber sido ella quien hizo desaparecer aquel diminuto papel donde su madre había anotado un teléfono que, como luego se vio, parecía importante para ella. El incidente, la gamberrada más bien, o rabieta, sirvió para que Gema, incluso años más tarde y sin ser consciente de lo que realmente significaba, ocultara ante todos su don. Hasta se retraía de usarlo cuando estaba sola y no había nadie a quien escandalizar u ofender, pues tales eran las reacciones que temía provocar si alardeaba públicamente de su secreto.

Secreto era. Guardado celosamente ante casi todo el mundo. Durante unos días, presumió ante sus mejores amigas, Pilar y Rosa, haciéndose la importante en varias ocasiones, siempre alterando la posición de objetos sin importancia. Pero el espíritu adolescente de exhibición y su deseo de ser admirada por las otras dos muchachas solo le duró un par de días, hasta que vio que ellas empezaban a tomárselo en serio y le dedicaban una atención especial, no exenta de cierto temor, o solo era morbo por la situación, mientras Gema ejercitaba su poder. Entonces, asustada ante la reacción y temerosa de convertirse más en mono de feria que en protagonista, mintió a sus dos amigas sin ningún pudor. Soltó ante ellas una sonora carcajada y las llamó bobas por creerse la «mentira».

—No es más que un truco. ¡Mira que sois tontas que os lo habéis tragado!

Al principio se molestaron. Luego le pidieron insistentemente que les revelara la triquiñuela, a lo que ella se negó. Les indicó que era secreto profesional y que, si tenían interés, buscasen en algún libro de magia, o por Internet. La respuesta las molestó pero, al cabo, se resignaron y su relación no pareció resentirse. Había sido una broma muy tonta, y algo malintencionada, solo para reírse a su costa. Encima de que no les había querido enseñar el truco para que pudieran burlarse de otra gente y divertirse también. Aunque decidieron que a Gema no le faltaba su parte de razón, en cuanto a que habían sido un poco ingenuas, tampoco se lo tomaron tan a pecho como para seguir de morros ni tan en serio como para buscar ellas la información y ensayar para repetir la jugada. Porque, claro, habían sido muy burras al creerse que su amiga de siempre fuera capaz de mover los objetos a distancia y sin tocarlos, con la mente o vete tú a saber cómo. Un truco, claro. No podía ser otra cosa, decidieron y asumieron.

Aunque se equivocaban. Porque Gema era capaz de hacer eso y bastante más. No demasiado bien ni durante mucho tiempo. Nada que mereciera realmente la pena, en todo caso. No para presumir ni cambiarte la vida. Una

nadería, vamos. Algo desacostumbrado, un pequeño prodigio quizá, que habría merecido investigación o estudio, pero que a ella no le iba a cambiar la vida ni a convertirla en celebridad. O millonaria.

Eso pensaba entonces y lo siguió pensando durante años en los que no se sintió capaz de encontrar una sola utilidad a su talento. Hasta que se le ocurrió la idea que sí iba a transformar su vida y a justificar, más allá de la timidez o una absurda vergüenza, el celo con el que había ocultado su don a todos los que la rodeaban.

Durante algún tiempo se dedicó a practicar en soledad. Quizá pensaba que, ejercitándose en ello, lograría mejorar su habilidad. Tener más fuerza y control. De lo segundo, algo logró, aunque no muy preciso. De lo primero, nada en absoluto. Apenas lograba mover unos centímetros objetos de poco peso: un libro, un teléfono móvil. Era más sencillo levantar hojas de papel y pasearlas a voluntad por la sala, pero resultaba poco llamativo pues cualquier corriente de aire, aun sin intencionalidad ni objetivo, podía hacer algo parecido. Mover las hojas de examen en el instituto habría tenido su gracia, pero pocos se tomarían bien semejante acción. No la habrían identificado ni culpado como autora, pero repetir un examen o conseguir que el profe de mates se enfadara no suponía plato de buen gusto. Mover canicas, palitos o el aperitivo en una cafetería era gracioso solo el primer día. Utilidad, la de siempre: cero.

Si alguna vez soñó con convertirse en una suerte de superheroína de la telequinesis, pronto comprobó que tales capacidades quedaban fuera de su alcance. Nunca se parecería al Magneto de los tebeos, capaz de movilizar coches y edificios con su fuerza magnética. Ella nunca alteraría el curso de una tormenta ni podría apartar a un simple gato de la ruta asesina trazada por el vehículo ciego o no dispuesto a esquivarlo. Jamás podría hacer más que tonterías con su ridículo «poder». Y, puesto que pensaba de este modo, abandonó sus entrenamientos, aunque mantuvo la esperanza de encontrarle al don una utilidad en el futuro.

Así pasaron unos cuantos años más que convirtieron a Gema en adulta y trabajadora precaria, siempre estresada y falta de dinero. Si quería casarse con el novio, formar familia e independizarse, no podía conformarse con el sueldo ínfimo ni tampoco pasarse la vida prosiguiendo unos estudios tan inútiles en apariencia como su poder. Y entonces, por deseo tanto como por desesperación, tuvo la ocurrencia que le cambiaría la vida. Bueno, por eso y por la afortunada casualidad de ver en un telediario imágenes grabadas de un sorteo de lotería celebrado, a la antigua, en una sala con público. Eso y la

necesidad, le suministraron la inspiración y el ánimo que le faltaban para retornar a los olvidados entrenamientos.

—¿Y si..? —se dijo mentalmente y, aunque la frase no fue concluida ni pronunciada, el objeto de la misma se convirtió en razón de su existencia, motivo para entrenar su don de nuevo, una y otra vez.

¿Y si ella fuera capaz de mover las bolitas a voluntad? Sacar de cada bombo el número escogido y completar la secuencia que ella deseaba convertir en ganadora. La de un décimo, cupón o papeleta en su bolsillo, adquirida con anterioridad con la única finalidad de otorgarle el premio para llevárselo ella misma. Sonaba bien. Tan difícil e irreal como para que pudiera materializarse. Tan absurdo como para ocupar desde entonces su tiempo y, lo que es más importante, el centro de su mente y de sus deseos.

Así pues, Gema se dedicó a entrenar con más constancia y ánimo que en el pasado. Como el premio le parecía grande, puso en el asunto toda la voluntad y esfuerzo que le habían faltado hasta la fecha. Pero no practicó directamente con los bombos. Tampoco como público en la sala durante los sorteos ni desde casa, pues no era dada a confiar absurdamente en milagros y menos aún a distancia. Ensayó con pequeños objetos: trozos de esponja y poliespán primero. Ya de niña era capaz de movilizar tales objetos, incluso piezas de buen tamaño. Pero la práctica fue útil y hasta gratificante, porque le demostró que, con esfuerzo y paciencia, lograba controlar los movimientos de las bolitas, haciéndolas avanzar y retroceder con precisión, otorgándoles giro y seleccionando de entre varias cuál era la que deseaba someter a su voluntad. Esto último fue lo más complicado pues nunca hasta la fecha había logrado focalizar su don hasta el punto de dirigirlo a objetos individuales y asignarles desplazamientos precisos. Cuando lo logró, tras varias sesiones infructuosas y una última verdaderamente agotadora, Gema lloró. De emoción tanto como por el cansancio, con la mirada seca primero y lagrimosa después por el esfuerzo de concentración y la vista fija en las dichosas esponjitas.

Fueran el entrenamiento o la esperanza que le dio su primer éxito, el caso es que, desde entonces, triunfó repetidas veces en las maniobras y consiguió mejorar los movimientos, en precisión, alcance y fuerza. Al cabo de varios días, decidió que era el momento de atreverse con una prueba más complicada. No se trataba, por el momento, de incrementar la complejidad de los movimientos, sino tan solo de ejecutarlos con piezas de mayor peso, lo que para ella suponía todo un orden de magnitud en sus habilidades.

No pretendía volver a sus tiempos heroicos. Nada de coches, personas o edificios en movimiento. Ni opciones ni mucho menos interés por tales

prodigios. Su ambición era más humilde. Solo ansiaba ser capaz de mover canicas de plástico, madera y vidrio con la misma facilidad y precisión que había alcanzado con las esponjitas. Mover bolitas de poliestireno era un avance, pero el verdadero triunfo estaba en las canicas de los sorteos y su recompensa podía ser material y tangible, al contrario que el simple prurito de satisfacción obtenido en la etapa previa.

Esta vez el proceso no resultó gratificante hasta mucho tiempo después de iniciar la práctica. Día tras día, Gema se desesperaba al percibir que sus progresos eran nulos. Pero, lejos de dejarse llevar por la decepción o la sensación de fracaso, decidió perseverar. Por una vez, se armó de paciencia y amor propio. Sin desistir ante la adversidad, prosiguió metódicamente con el entrenamiento, jornada a jornada, en periodos de tiempo fijos y programados. Y, cuando todo parecía perdido, se sobrepuso a las aparentes limitaciones, que pensaba propias e insuperables, y venció o, cuando menos, alcanzó el siguiente escalón de progreso en su programa telequinético.

Obviamente no se trataba solo de mover las bolitas. Pese a su mayor peso, a estas alturas lo lograba con facilidad. La dificultad mayor consistía en dirigirlas, hacerlas rodar, modificar su trayectoria. Si ya con las piezas más ligeras había tenido serias dificultades, ahora la empresa parecía imposible. Mover las bolitas a voluntad era una tarea realmente complicada y se sentía, en todo momento, como si estuviera intentando sujetar entre sus dedos una gota de miel caliente sin que gotease. El símil no era del todo realista, pero más por la diferencia entre sus dedos y la mente con la que realizaba los movimientos que por la sensación de que las bolitas se le escapaban constantemente. Así que, cuando logró aplicar un cierto control a los desplazamientos, por imperfecto que este fuera, se sintió tan feliz y orgullosa como si hubiera alcanzado el éxito más completo. La miel se había convertido en gelatina y ese era motivo suficiente para el orgullo y la satisfacción.

La tercera etapa de su programa de trabajo parecía aún más absurda que las anteriores. Curiosamente, por más que la intuía complicada, quizá porque se sentía pesimista tras los esfuerzos previos, esta fase fue mucho más sencilla que las anteriores. Tras unos cuantos intentos dubitativos, adquirió la confianza suficiente como para voltear una y otra vez la bola deseada y arrastrarla, la mayor parte de las veces con éxito, hasta el lugar deseado. Lo que hizo Gema fue domesticar un juego de bingo casero, obligando a las bolitas seleccionadas a deslizarse fuera del diminuto bombo. Casi era más difícil escoger e individualizar la bola y su número que arrastrarla hacia la boquilla. No siempre lo lograba pero su sensación de control era lo suficientemente

buena como para animarse a pensar que iba a alcanzar el éxito pretendido. No tenía la perfección de su lado, ni tan siquiera la precisión, pero la probabilidad de arrastrar la bola a su lugar le parecía lo bastante elevada como para justificar los esfuerzos y el riesgo que estaba dispuesta a afrontar.

Así las cosas, llegó la prueba definitiva. No la ocasión del triunfo, tan solo la de experimentar en vivo con sus poderes, en el lugar adecuado donde, caso de que todo fuera bien, en un futuro no muy lejano probaría fortuna de verdad.

No todos los sorteos se realizan públicamente. En realidad son más bien pocos, cada vez menos. En algunos, directamente, no se deja entrar al posible público. Otros no despiertan mayor interés. Y, por desgracia, a través del monitor de la televisión Gema no era capaz de realizar su prodigio. Bastante tenía con controlar las dichosas bolitas desde la cercanía como para intentar siquiera moverlas a distancia, a través de la pantalla y con el retraso inherente a la transmisión. Cabe decir que lo intentó, pese a todo, porque tenía poco que perder, al margen de tiempo y esfuerzo. Lógicamente, fracasó estrepitosamente frente al televisor. La duda, el temor, era si en directo podría ejecutar mínimamente el plan o su fracaso sería igualmente mayúsculo al tiempo que mucho más doloroso y definitivo.

Gema no se sentía capacitada para lanzarse, a lo grande, a un sorteo importante. Ni lo deseaba. Le daba miedo el fracaso, por supuesto, pero también deseaba obtener algún pequeño éxito con el que ganar confianza antes de arriesgarse en un sorteo notorio. Desde luego que no pretendía presentarse como parte del público en el sorteo de Navidad. Allí una simple pedrea resultaría imposible por más habilidad y precisión que lograse con su poder. Un sorteo en cuyo bombo hay miles de números imposibles de individualizar y dirigir era, sin duda, la receta segura para el más estrepitoso fracaso. Aquello no servía. Ni tampoco consideraba viable intentar un premio realmente grande como los de la Primitiva o alguno de esos sorteos millonarios en los que hace falta acertar seis o siete números de una serie de cincuenta o más para llevarse el dinero. Tampoco ahí parecía sencillo determinar qué número mover entre todos los demás. Seguían siendo demasiados, aunque quizá alguien más capacitado lo consideraría posible y factible. No ella. Que solo hubiera dos bombos, uno con lo números de la serie y otro con una cantidad menor de números complementarios o especiales, no la animaba en absoluto puesto que su contenido multiplicaba las opciones de interacción entre ellos y disminuía las posibilidades de éxito. Quizá algún día se atrevería a intentarlo, porque los premios eran de veras jugosos. Pero ese día aún no había llegado. Primero

había que ser humilde y aceptar las propias limitaciones antes de lanzarse sin cabeza en pos de un imposible.

Los sorteos viables, según ella lo veía, eran los de la lotería semanal. Con cinco bombos y solo las diez cifras, del cero al nueve, en cada uno para completar, tras extraer una bolita de cada uno de ellos, el número premiado. O varios números, en función del total de ganadores, según hubiera un premio o existieran segundo, tercero u otros premios menores. En tales sorteos se extraían por orden, desde las decenas de millar a las unidades, las cinco cifras necesarias. Pero, ¿eran públicos tales sorteos? Gema sabía que muchos se transmitían por televisión y no daba sensación de que fuera desde el local de loterías y apuestas correspondiente, sino en un estudio aséptico e impersonal, sin público y, en apariencia, sin técnicos que manejasen manual o mecánicamente los bombos.

Cuando se enteró de que ya apenas había sorteos en directo, pensó que había estado perdiendo el tiempo. La normativa indicaba que los sorteos debían ser actos públicos y ella entendía que eso suponía la libertad de cualquier particular para asistir a los mismos. Sin embargo, con la televisión y los medios de comunicación, el acto público podía presenciarse perfectamente de forma telemática y eso, manteniendo la norma, aniquilaba las opciones de Gema. Por suerte para ella, la situación no era tan simple. De vez en cuando se realizaban sorteos extraordinarios. No solo eso, a menudo se trasladaban los sorteos a localidades de provincias, más por atraer la atención que por necesidad. Y eso implicaba que, nuevamente, se podía asistir presencialmente a una sala pública a ver los sorteos. De modo que la joven, que no era ninguna viajera consumada, se planteó la opción de acudir a los pocos sorteos presenciales de la ciudad y, en caso de pensar cercano el éxito, presentarse también a cualquier sorteo conmemorativo que no se celebrara a demasiada distancia de su domicilio. Había peleado demasiado contra sus limitaciones y la inoperancia de su don como para olvidarse de todo y no intentar obtener beneficio del esfuerzo realizado.

El primer sorteo fue el más emocionante, aunque también supuso la mayor decepción. No la única. Gema asistió tal cual era. Sin disfraces, gafas de Sol ni adornos tras los que ocultarse. Se colocó en la segunda fila de espectadores. No había muchos, pero la primera fila estaba totalmente ocupada. La distancia respecto de los bombos, era escasa pero a ella le pareció insalvable. Primero en la imaginación, anticipando lo que iba a suceder. Luego en la realidad porque, aunque fue capaz de mover algunas bolas, o esa impresión tuvo al concentrarse, no consiguió que una sola de las que se correspondían con su propio décimo

cayera al detenerse el artilugio. Tras fallar la primera bola y tener perdido el premio, se convirtió en cuestión de puro amor propio el lograr que alguna bola cayese por la fuerza de su voluntad. Lo cierto fue que ni la telequinesis ni la propia diosa fortuna colaboraron para un mínimo éxito y no acertó un solo número. Salió de allí ofuscada, pero no rendida. Más bien estaba decidida a proseguir, a compensar el dolor de su maltrecho orgullo. Si sus gestos o su desesperación llamaron la atención de alguien en la sala, ella no pudo saberlo. Pero se sentía lo bastante avergonzada por el fracaso y su incapacidad como para tomar la firme decisión de que aquello no sucedería más. Evitaría a toda costa la exhibición pública de debilidad y aspavientos. No podía asegurar que no fracasaría con respecto a su objetivo principal de llevarse el premio, pero sí que evitaría llamar la atención. Se disfrazaría, procuraría ser discreta en su aspecto y sus gestos. Tenía claro, eso sí, que regresaría, a aquella o cualquier otra sala, hasta lograr el éxito. Por pírrico o imperfecto que fuera a la postre, necesitaba demostrarse que era capaz de mover y conducir alguna bolita hasta el extremo del recorrido. Se decía que, con esfuerzo, manipularía los cinco bombos pero, en el fondo, asumía que se sentiría bien si tan siquiera conseguía extraer una sola bola de las pretendidas.

Cualquiera habría dicho que se trataba de una chiflada. Y no le habría faltado su parte de razón, tanto por los objetivos como por su insistencia. Pero nadie la habría reconocido para recriminárselo. Cada vez se presentaba con una indumentaria distinta y casi siempre se tapaba la cabeza con pelucas o sombrero y los ojos con gafas de Sol. Lunática o criminal, sospechosa al menos, no parecían existir alternativas a la hora de juzgarla. Aunque todo lo anterior le dio igual cuando logró su primer éxito. No se daba cuenta de que a los demás, que la ignoraban sistemáticamente, nunca les llegaron a importar sus maniobras ni sus desconocidas dificultades.

Podía haber sido casualidad, o un mero error de apreciación. Para ella, sin embargo, no cupo duda: aquel día había logrado agitar torpemente todas las bolas de cada bombo. La última fue la más especial. La individualizó dentro del bombo y la desplazó, o eso le pareció, con la fuerza de su voluntad hasta hacerla caer sobre el platillo. El premio, mayúsculo para su espíritu, se tradujo en lo material en un miserable reintegro que le supo a gloria. El día se le iluminó pero lo más importante era que, a partir de ese momento, la luz de la esperanza también brillaría con fuerza en el porvenir.

Un mal comienzo puede ralentizar el progreso de cualquiera. Pero un avance puntual puede resultar aún peor. La maldita esperanza de alcanzar un éxito inminente hace que te empecines en el fracaso buscando la solución. Y

eso fue, precisamente, lo que le sucedió a Gema. Tras aquel ilusionante día, tardó más de lo razonable en conseguir un segundo acierto. Varios sorteos y ningún nuevo logro sirvieron para hundirle otra vez la frágil moral. Hasta que, en una especie de borrón y cuenta nueva, nuestra aprendiza de bruja, modificó su modo de proceder. No hacían falta los gestos bruscos, puesto que la concentración no se transmitía a la mano. Necesitó, tan solo, agilizar la vista y dedicar todo su empeño en mover con mente y mirada las bolas. Entonces, como si siempre hubiera resultado sencillo, tres de los cinco números de aquel sorteo se deslizaron según la voluntad de Gema. Estuvo a punto de gritar de alegría porque intuía el éxito final a la vuelta de la esquina. Tres bolas eran demasiadas para que aquello se debiera a la simple casualidad.

Veía la meta tan cercana que prefirió no creerlo. E hizo bien. No se confió y se mantuvo en la porfía. Ya no se trataba de un asunto de dinero sino más bien de orgullo y pundonor. Debía consumar el milagro y, si de paso conseguía llevarse un buen pellizco, se lo tomaría como un merecido premio después de tantos esfuerzos y decepciones.

Por eso, esta vez no se sintió frustrada —no demasiado al menos— cuando se sucedieron los fracasos. Conseguía que cayeran algunas bolas, pero no todas. No constituía un fracaso completo pero ya solo le bastaba el pleno de aciertos, de modo que era en la categoría de los errores donde debía contabilizar estos intentos. Y, quizá porque se había acostumbrado a dejar la serie incompleta, ni se esperaba el éxito definitivo ni reaccionó del modo previsto cuando por fin se produjo. Cinco números, ni más ni menos, fueron cayendo uno tras otro en la sala a impulsos de su voluntad. En el orden preciso, con la exactitud necesaria. Al acabar, se quedó observando fascinada la coincidencia de las cifras del décimo que sujetaba entre los dedos. Más aliviada que eufórica, ajena a lo que en dinero significaba el éxito. Decenas y unidades de millar, centenas, decenas, unidades, cada cifra significaba un paso hacia el triunfo hasta que, al cabo, se sintió henchida de orgullo mientras sujetaba, indolentemente, un trozo de papel cuyo valor se había multiplicado de repente. El suspiro entre sus labios y la mirada soñadora precedieron por varios segundos a la sonrisa subsecuente. ¡Había triunfado! Su excéntrica habilidad, su peculiaridad inconfesable, había resultado ser realmente útil y solo restaba cobrarse los beneficios y meditar seriamente si merecía la pena mantenerse activa en aquel circunstancial oficio y cómo hacerlo, si así lo decidía, para no atraer sobre sí una incómoda y peligrosa atención que podía desbaratar su castillo de naipes y, quizá, hundirla de nuevo en el fracaso.

Por el momento, hizo efectivo el premio. Suculento, por un importe tan respetable como para que ella, persona sin mundo ni posibles, jamás hubiera tenido entre sus manos una cifra semejante. Y, sin embargo, pese a toda la alegría que le produjo ingresar el valor del premio en su habitualmente magra cuenta, la emoción no pudo compararse en absoluto con la del éxito en la sala, por más que de este último solo ella y nadie más tuvo jamás noticia.

Aguardó unos meses, como el criminal que teme ser atrapado tiempo después de dar el golpe. Quizá pensaba, absurdamente suspicaz, que alguien podría seguir cualquier pista imposible hasta llegar a ella y pedirle cuentas por su manipulación del sorteo. Luego se decidió a perpetrar un segundo golpe, aunque más humilde y de forma mucho más discreta. Ella, que nunca se había caracterizado por ser socialmente hábil, se las ingenió para proponer que jugasen un décimo entre varias compañeras del miserable trabajo al que aún acudía, más por afán de disimulo que por necesidad. Esta vez sería otra la que cobrase el décimo, si es que tenía éxito en la jugada, y ella se llevaría solo la parte proporcional. Ahora, más que timadora o embaucadora, se sentía ludópata, casi como la drogadicta necesitada de su dosis —¿de emoción? ¿riesgo? ¿éxito?— que se arriesga inútilmente a fracasar o ser pillada en renuncio. Pero no podía ni quería evitarlo. Necesitaba saborear de nuevo aquella sensación de victoria y poder. También el dinero, claro está, pero no suponía la motivación principal.

Había seguido practicando en casa con bolitas y diversos objetos. Creía que mantenía en forma la habilidad, por más que no repitiera exactamente los mismos ejercicios que en el juego real. Se puede decir que se equivocaba, que fracasó, pero no por mucho. Falló un número y aquel circunstancial equipo de jugadoras no se llevó el premio gordo pero sí un reintegro que las animó a reinvertir el dinero y tentar de nuevo lo que consideraban suerte y no era más que la habilidad de su compañera quien, esta vez sí, obró el milagro y les concedió un capital considerable tras el cual, pese a todo, decidieron mantener aquella apuesta afortunada de forma periódica, como recuerdo del éxito y llamada permanente a la fortuna aunque esta vez ya sin el concurso activo de Gema, que mantuvo su participación en el billete pero no en la ejecución del prodigio. De hecho, una vez les volvió a tocar y, aunque se trató de un premio menor, a todas les hizo bastante ilusión, sobre todo a Gema quien, por una vez, pudo sentirse tocada realmente por la fortuna sin mediación de su voluntad.

Por lo demás, decidida a seguir usando su don y ganar dinero con él, Gema participó en decenas de sorteos, convertida en circunstancial hada madrina de otras personas, fueran conocidos o no, meros necesitados la mayoría de las

veces, a quienes convencía —no cabe decir embaucaba por más que los persuadiera con engaños más que con argumentos— para adquirir un número con ella, pagado a medias, cobrado por el anónimo socio y repartido entre ambos. Gema amasó, poco a poco, una pequeña fortuna y, desde las sombras, como uno de esos millonarios tramposos que compran décimos para blanquear dinero, se convirtió en la persona más veces agraciada con los premios de la lotería. Gema, en realidad, se veía más como un Robín de los Bosques o un ángel de la guarda. Aunque solo ella sabía, y pocos llegaban a intuir, que su buena fortuna no era fruto del caprichoso y enamoradizo azar sino del propio esfuerzo, aunque fuera en la forma de un leve influjo a distancia que movía las pequeñas bolitas a impulsos de su tozuda voluntad.

Juan Luis Monedero

ANHELOS

Es el peso de los años,
de los meses, de los días.
Es el peso del deseo
que atenaza nuestras vidas.
Del alma, de cada sueño,
cada mísera alegría,
de todos los sinsabores
que me han hurtado la dicha.
Es el de tantos anhelos
en los que pones la mira
y quedan insatisfechos,
en callejón sin salida.
Por desear lo imposible,
como quimera maldita,
todo lo que fue factible
se perdió por tu codicia.
Las alegrías medianas,
las pequeñas alegrías,
los gozos de andar por casa,
se quedaron en la orilla.
¿Debes renunciar a todo

lo que hace plena tu vida?
¿Disfrutar de los detalles
sin buscar la maravilla?
Persiguiendo lo imposible
no me bastó la rutina
y el deseo volvió triste
toda espuma de los días.
Antón Martín Pirulero

LA ÚLTIMA NOCHE

Al oír el gallo de Demetrio, Vitoria abrió los ojos.

En su partida de nacimiento fue inscrita como Victoria pero desde incluso antes de nacer, todo el mundo se refería a ella sin pronunciar la «c», así que en San Montalvo de la Sierra todos la conocían como «la *señoá* Vitoria». Así son en los pueblos.

Al oír el canto del gallo Vitoria abrió los ojos, observó durante unos momentos la bombilla y la panza del techo resquebrajado y se levantó… iba a decir «como cada mañana» pero no. Aquella mañana era un día especial.

Vitoria era una mujer feliz. Oronda y razonablemente feliz. Sus carnes se desbordaban por las costuras de sus ropas y su cara recordaba a la de un buldog. A pesar de su obesidad se desenvolvía con cierta soltura, y tras la reforma que hicieron sus hijos en la casa, ya no tenía que subir la escalera para acceder a su alcoba ni cruzar el patio para llegar hasta el baño. Así que tampoco le importaba tanto parecer un buldog o un gran danés.

Aunque no era especialmente simpática, la gente en el pueblo la tenía por una buena mujer. Pasaba los días haciendo labor, a veces punto, a veces ganchillo, bien en el poyo del patio, bien en aquel sillón que le regalaron por su setenta cumpleaños, de esos que se reclinan mecánicamente con sólo apretar un botoncito. No es que fuera una vida apasionante pero qué lejos quedaba ya el sufrimiento de los días de posguerra. Así que, a su edad, qué más se podía pedir…

Pero aquel día ni ganchillo ni punto. Aquel día iba a ser especial porque lo iba a pasar con Venancio, el hombre de su vida. Así pues se incorporó de la cama y se vistió con sus mejores galas para ir a visitarlo. Antes de salir guardó en un táper las croquetas que le sobraron de la cena y lo metió todo en una bolsa junto con un *buevo* duro (así lo pronunciaba ella) y un mendrugo de pan.

Después salió a la puerta de su casa y recogió unas cuantas caléndulas que aún lucían lustrosas junto al poyo, hasta formar un ramillete que aderezó con algunos tallos de esos que llaman malas hierbas. Cualquiera pensaría que quizás esa labor le correspondería más bien a Venancio pero al fin y al cabo ya nadie podía esperar eso de él.

Sin más dilación Vitoria se echó a andar despacito. No había prisa ninguna pues sabía que Venancio la esperaba. Aunque resultaba más cómodo andar por el pavimento, prefirió ir por la vereda hasta el Juncal y así contemplar la alfombra de hojas secas y el paisaje pintado de amarillo y ocre por los árboles de primeros de Noviembre. Hacía bueno para la época, pero por las noches llevaba helando ya desde hacía días, así que la mujer llevaba su mantilla por si refrescaba antes de volver. Al llegar al final del pueblo pasó junto a la vieja botica, y dejando a un lado la ermita, subió la cuesta, abrió la verja y se presentó allí frente a Venancio.

—Mira lo que te traigo. —le dijo mostrándole las flores.

Aunque Venancio no solía decir nada, Vitoria estaba convencida de que en el fondo él lo agradecía mucho.

—Bueno, ¿cómo estás? Imagino que muy tranquilo, así que más bien soy yo la que debería contarte cómo estoy. Pues estoy bien, Venancio. Mejor que la última vez que nos vimos.

En esas estaban cuando empezaron a aparecer otros paisanos para reunirse con los suyos. Primero llegó la *señoá* Antonia, después Raimunda, Leonor, Demetrio, y también Teotiste y Otilia con los nietos… A Vitoria tampoco le daba mucho reparo seguir hablándole a Venancio delante de los otros vecinos. Al fin y al cabo todo el mundo lo hacía. En bajito, eso sí.

Así echaron la mañana con sus tradicionales quehaceres, porque si de algo disponían en aquel pueblo perdido de la sierra era de tiempo para dar y regalar. Al cabo de un rato Vitoria volvió a dirigirse a Venancio.

—Ya sé que tú no puedes Venancio, pero a mí a estas horas ganas me dan ya de almorzar, así que si no te importa... —Vitoria sacó las croquetas, se sentó sobre una esquina de la lápida y se dispuso a tomar el almuerzo.

—¿Te acuerdas Venancio cuando de mozos paseábamos juntos por el Juncal?

—Pues ¿cómo me iba a olvidar, Vitoria? —parecía que podía oírle decir.

—¡Ay, lo que no haya llovido ya, Venancio!

—¡Ay, lo que no haya llovido ya, Vitoria!

Y entre toda esa lluvia aún recordaba aquel bochornoso episodio en el que el día del funeral a los operarios del cementerio se les cayó la caja con el

bueno de Venancio dentro. Aunque los asistentes no pudieron ver las consecuencias, porque cayó dentro del agujero, ya se encargó Tiburcio con esas maneras con las que se había ganado el calificativo de «tonto del pueblo» de acercarse hasta la escena y corroborar las sospechas de todos gritando una y otra vez a pecho descubierto: «¡Se ha salido el cuerpo! ¡Se ha salido el cuerpo!».

Imbuida en los recuerdos e intercambiando de tanto en vez alguna que otra frase con Venancio iba cayendo la tarde. Ya todos los vecinos habían ido despidiéndose de sus difuntos y marchando del camposanto, y Vitoria ahí seguía junto a su marido mientras el sol empezaba a ponerse tras los cipreses.

—Bueno, Venancio, pues yo también marcho ya.

—¡Quédate un poco más, mujer!

—Empieza a refrescar, Venancio... —se quejó ella.

—Ay, Vitoria, ¡lo que yo daría por pasar una última noche contigo!

—Volveré pronto. —dijo Vitoria condescendiente, y tan pronto lo dijo se dio la vuelta sin fijarse en que fue a apoyar el pie sobre el único tramo de losa al que en todo el día no había dado el sol y sobre el que se había formado una plaquita de hielo.

Al deslizársele el pie, Vitoria perdió el equilibrio y cayó pausadamente de tal manera que sus ciento doce kilos fueron a parar a orilla de la lápida, quedando la mujer tendida boca arriba. No sintió dolor. Tampoco miedo. La caída fue limpia y, gracias a sus estupendas grasas que amortiguaron el impacto, no se golpeó en ningún punto vital. Sin embargo ella sabía a lo que se enfrentaba. Al momento le sobrevino el recuerdo de aquel pasado invierno antes de la reforma cuando cruzó el patio de la casa para ir al baño antes de irse a la cama y le pasó algo parecido. Estuvo horas intentando levantarse pero la voluminosidad de su cuerpo y la fuerza de la gravedad se lo impidieron. Por más que gritó nadie la oyó, hasta que por fin apareció Groucho. después de tanto maldecir a aquel gato negro que le habían traído sus nietos, a la postre iba a ser quien le trajera la buena suerte de salvarla de morir congelada. De tanto arañar la puerta de Demetrio, éste salió a ver y fue entonces cuando pudo oír los gritos de Vitoria.

Unos años después Vitoria se encontraba en análoga situación. De nuevo intentó levantarse y pedir ayuda, de nuevo sin éxito. Albergó una última esperanza de índole felina pero pronto cayó en la cuenta de que lamentablemente hacía ya años que Groucho vivía en el cielo de los gatos. Así que la mujer se acomodó como buenamente pudo, se cubrió un poco los hombros con la mantilla y allí quedó tendida junto a su Venancio.

—Ay, Venancio, ¿quién me iba a decir a mí que al final te ibas a salir con la tuya? Si ya lo decía mi madre: «A la sombra de un olivo me puse a considerar, las vueltas que da la vida y las que tiene que dar…». Y míranos ahora, aquí pasando una noche más juntos… —Y efectivamente allí yacieron juntos la última noche con vistas a un cielo estrellado y con el reflejo de una estrella fugaz en las pupilas de Vitoria.

La mañana siguiente también fue especial. Al salir el sol nadie oyó cantar al gallo de Demetrio. Sólo un graznido se extendió por el valle cuando los primeros rayos iluminaron la sonrisa gélida de Vitoria. Después se oyó el aleteo de un grajo, que echó a volar desde la copa de un ciprés y se perdió en el cielo azul.

Freddie Cheronne

ODIO Y MUERTE

Deseo desear. Perseguir, pelear, acercarme, ¿conseguir? Odio la decepción de lo consumado, el fracaso de las siempre altas expectativas, irreales. El hombre es cazador, más de sueños que de presas. Pero los sueños, con su carga de exigentes anhelos, se diluyen, se borran, desaparecen al alcanzarlos. Estamos programados para la búsqueda, pero no para la satisfacción. Conseguir y conformarse es detenerse. Perseguir y no alcanzar incrementa el deseo, lo hace eterno e inmaterial. Odio estar siempre buscando. Odio comprender que consumar el deseo es fracasar. Te aconsejan tener cuidado con lo que deseas, no sea que el deseo se cumpla. Porque nunca será como en el sueño. ¡Qué terrible comprender que lo mejor a lo que aspiras es la insatisfacción del deseo aún por cumplir!

Para matar el deseo, abandoné el presente, no lo viví. En el pasado muerto dejé la melancolía de lo que pudo ser y no fue. En el futuro remoto e inexistente situé las vanas esperanzas. Pero el deseo, ¡ay!, el motor de la vida y su acción, se detuvo. Y yo me dejé de vivir.

El temible burlón

MUCHA MIERDA

El deseo, como la imaginación, tiende a ser libre en cuanto que se le da rienda suelta. En muchas ocasiones el primero se alimenta de la segunda y ello

significa, en la práctica, que vive en las tradiciones, inventadas en el pasado pero siempre sancionadas por el tiempo. Aunque, a veces, uno no sabe si lo que se considera tradición no es invento presente o reciente que se hace pasar por antigua costumbre, respetable y sensata, digna de ser observada y respetada.

Así, al oír hablar de deseo, me viene a la memoria el caso singular de la tribu de los monteños, gente que vive en una llanura, que pasa por ser un pueblo indígena aunque no recuerda lengua ni costumbres pasadas, si bien la tradición propia y la ajena así lo sancionan, igual que mantiene algunas peculiaridades que hacen pasar por costumbre añeja. Que resulta sospechosa, cuando menos, conocidos sus antecedentes y algún caso particular que los dejó retratados. Tal es el hecho de que, tan hispanizados como estaban, acabaron llamándolos martines en lugar de monteños, olvidado tiempo atrás por ellos mismos su nombre ancestral. Y todo por una pregunta y su respuesta, algunas de las que se dieron al menos, que pasaron a la memoria colectiva y sirvieron para darles nombre desde fuera por sus vecinos. Un nombre convertido en broma que, al parecer, no era sino un supuesto homenaje a San Martín como podría haber sido, imagino, a Bolívar si les hubiera quedado más cerca o les sonara más familiar. Y es que, en el tiempo de la independencia, o más bien cuando su noticia llegó a las apartadas tierras de los monteños, estos, orgullosos de sus raíces indígenas, decidieron honrar al famoso general llamando Martín a muchos de sus hijos, razón por la cual sus vecinos, y luego toda la comarca, pasaron a llamarlos los martines. No queda constancia ni hay partidas de nacimiento o de bautismo de la zona que reflejen si las hijas fueron llamadas martinas, se nombraron Remedios como la esposa del libertador —opción que se me hace muy improbable pues no creo yo que a estas gentes apartadas e incultas les llegasen más datos del general que su gesta y nombre— o se las ignoró en el homenaje, tal y como se acostumbraba hasta hace no mucho tiempo —y aún se hace en muchos lugares— con las representantes de mi género, que creo que es lo más probable.

Contado el detalle de los martines monteños, me parece que ya es momento de relatar la última y principal peculiaridad de estas gentes, que es la que he recordado y me ha motivado a iniciar mi exposición, de título coprológico.

En cada cultura existen saludos característicos, normalmente más de uno. A veces son saludos formales y otras casuales. Abundan los deseos de suerte o los que sugieren un próximo encuentro. También entre nuestros monteños había saludos en castellano que conocían y apenas usaban. No recordaban, lo cual tampoco es sorpresa, ni un solo saludo ancestral en la lengua de sus

antepasados nativos, pero sí que usaban un saludo tradicional, quizá antiguo de veras y capaz de cruzar la niebla de los siglos, que se suponía arcaico aunque vertido al español sonaba pintoresco al tiempo que extraño. Se trataba de un típico saludo matutino. En lugar de recurrir a dar los buenos días, del mismo modo que se daban las buenas noches o se deseaban felices sueños como cualquiera de sus vecinos, cuando se cruzaban de mañana o incluso a primera hora de la tarde, a una hora en que se suponía que no habían comido o todavía les faltaba, al menos, una merienda o la cena, siempre se dedicaban idéntica frase:

—Que su culo huela mal todos los días —repetían educadamente, con una sonrisa y, en ocasiones, hasta con cierta elegancia.

—Que le huela el culo mal cada día —respondía y replicaba el aludido, con una expresión semejante a la original o usando variantes menores, empleando idéntica amabilidad.

Y, lejos de resultarles ofensivo, ambos caminantes se alejaban satisfechos, complacidos quizá por los buenos deseos de su convecino.

¿A qué venía tan escatológico saludo? Es más sencillo de entender de lo que parece, aunque un tanto rebuscado. Me temo que es más fácil comprender las razones que la mentalidad de esta gente. Se supone que cuando uno come bien, defeca adecuadamente y, en cierto modo, se hace lógico que el trasero del defecante, particularmente si su higiene posterior no es demasiado escrupulosa o padece de flatulencias, conserve parte del consecuente mal olor. De modo que la frase adquiere sentido, en cierto modo, si contextualizamos la época, lugar y condiciones en que la expresión debió de surgir. Ahora que en el mundo desarrollado la revolución verde que trajo comida para todos —otro tema sería analizar a qué coste y durante cuánto tiempo podrá mantenerse en las condiciones actuales— y se ha convertido en un concepto tan asumido como olvidado, nos parece extraña la situación de otras épocas bien recientes o la de ciertos países actuales en que conseguir la comida necesaria para meramente subsistir era la motivación principal de cada día y el mayor desafío cotidiano, guerras y conflictos aparte, en la mayoría de las civilizaciones. Para esas gentes acostumbradas a las penurias y la desagradable sensación de que el estómago estaba habitualmente vacío, la idea expresada en el saludo no era otra cosa que la materialización de un deseo compartido por todos los hambrientos. En ello los monteños no se diferenciaban de la mayor parte de sus vecinos pero, fieles a sus peculiares modos, usaban una frase tan extraña como desagradable. Comer todos los días, defecar y, por qué no, conservar algo del aroma de los residuos recién evacuados, debía de ser un anhelo de

muchas personas humildes. Lejos de interpretarse como ofensa, suponía un magnífico augurio —como la mierda teatral— por significar que la evacuación diaria era signo de correcta alimentación cada jornada.

No me resisto tampoco a mencionar otro caso curioso y, en cierto modo, antitético, al de estas gentes. Abandono para ello las Américas y me desplazo, virtualmente, al sudeste asiático para hablar de otra tribu antigua, hoy desaparecida su pureza, igual que los monteños han sido víctimas desed hace siglos del mestizaje y la asimilación, o más bien la invasión cultural de conquistadores y vecinos, con una visión sorprendente de la evacuación. No de heces en este caso, sino de los malolientes gases de la fermentación fecal.

Los hee-chan eran un pueblo seminómada que solía moverse por zonas boscosas de la actual Birmania, quemando rodales de vegetación y practicando una agricultura de subsistencia al tiempo que completaban su dieta con las piezas de caza cobradas. Cuando el terreno perdía fertilidad, se movían hacia otra zona, a veces lejana, para repetir el proceso. En cierto modo, eran gentes del neolítico trasladadas al siglo XIX, que fue cuando se los conoció brevemente en Occidente merced a las investigaciones del belga Van Eyck. Brevemente porque el signo de los tiempos hizo que solo sobrevivieran los que se integraron en la sociedad contemporánea olvidando sus prácticas del pasado. Y sospecho que, ya que no se ha vuelto a oír hablar de ella, la peculiar creencia que pretendo comentar se perdió y olvidó junto con las costumbres ancestrales. Salvo que haya todavía algún hee-chan que padezca en silencio las mortificaciones a que tales prácticas e ideas conducían.

Contaba Van Eyck en un breve apunte de su libro de viajes que «entre aquellas gentes se mantenía una costumbre que, pese a su apariencia de elegancia y buena educación, no dejaba de ser bárbara y, posiblemente, insalubre». Se refería a los hee-chan y su extraña obsesión por evitar emitir flatulencias fueran cuales fueran las circunstancias y sus necesidades, incluso si mediaban la enfermedad o el más terrible dolor de vientre.

Pensaban estos pobres desgraciados que soltar pedos les acortaba la vida. No por la fetidez resultante. Ni la reducción se la causaba al receptor, sino al emisor de los gases. La idea surgía de otra absurda creencia, que era la de que el alma humana reside en los cuescos, como si fueran espíritus leves y difusos cuya suma forma al ser humano. Así, retenían los gases a toda costa, pasando malos ratos con dolor de vientre y terribles pinchazos o retortijones con tal de no permitir que la fetidez portadora del alma les arranque el hálito vital. No se trataba de evitar al prójimo el padecimiento de sus tufos ni de considerar de mal gusto el perfumar un ambiente o soltar ruidos repentinos

acompañados de su correspondiente y desagradable aroma. Se trataba de una mezcla de fe y egoísmo, con tintes masoquistas, que los condenaba a la permanente retención, prefiriendo los dolores al miedo de desvanecerse, volverse quizá gas poco a poco con cada ráfaga soltada al viento. De nada servían el disimulo o el ocultamiento ante la apremiante necesidad. La víctima de los pinchazos retenía los gases hasta lo imposible, con tanta tenacidad como valor. No es raro, pues, que Van Eyck deje también constancia de sus problemas defecatorios, condenados al permanente estreñimiento por la dificultad que entraña la operación de evacuar las heces sin acompañarlas de las correspondientes estampidas sonoras. Su afán por no expulsar gases durante la evacuación les mortificaría, y reduciría el mal olor de trasero que tan buen augurio suponía para los monteños. Me pregunto si muchos hee-chan no abandonarían de buen grado las costumbres ancestrales y entrarían en las corrientes civilizadoras más para poder sentir la liberación y alivio de un cuesco a tiempo antes que por necesidad o para mejorar sus precarias condiciones de vida.

Pese a lo que se diga, no son tantos los que piensan con el culo pero sí muchos más quienes mantienen al culo y sus obras en el pensamiento.

Euforia de Lego

A Gloria, a Emiliano, a todos los químicos,
junto con mis disculpas por falsedades y errores

ARMAGEDÓN

Decir que Dietrich Kleiber fue el responsable de lo que sucedió supondría una injusticia y sería, al menos parcialmente, incorrecto. Se le puede culpar a él, en parte, como artífice del descubrimiento del elemento que luego, popularmente, dio en llamarse armagedón, en lugar de ser conocido como heisenbergio, bastante más neutro en sus connotaciones y con intención de homenajear al gran científico. Pero entonces, me temo, deberíamos ser considerados culpables todos los que participamos, en Darmstadt tanto como en Dubná, en el desarrollo del elemento. Cuya búsqueda no solo fue intencionada sino, más que en otras ocasiones previas, estaba cargada de ilusión por cuanto que nos sabíamos dentro de la predicha isla de estabilidad transuránida para elementos superpesados y confiábamos en que este nuevo elemento tuviera una duración mucho mayor que la de sus hermanos, punto en

el que no andábamos equivocados. Bien es cierto que nos olvidamos de otros problemas que podían acompañar al isótopo obtenido.

Puedo imaginar que el propio Kleiber, el padre intelectual de la criatura, pues desarrolló el procedimiento oportuno para alcanzar el elemento pretendido, albergaría sueños idealistas semejantes a los que a mí, mero subalterno o número del proyecto, me motivaban. Entiéndanme, no pretendo decir que yo fuera un simple técnico de laboratorio, un ujier o un administrativo del equipo. Mi formación como físico de partículas estaba a la altura de la de los mejores. Aunque debo reconocer que mi talento no me colocaba a la vanguardia del proyecto sino como simple colaborador.

Cada cual conserva en su memoria datos de la niñez de los que no puede ni quiere desprenderse. La cultura y conocimientos de cada uno son una suma de vivencias mezcladas con su formación —me refiero a la reglada— personal. En mi caso he de confesar que mi educación infantil no fue demasiado clásica y que, en lo tocante a aficiones literarias, no pasé de los viejos comics heredados de mi padre. Quizá por ello, cuando me decidí por hacerme físico, encaminé mis pasos a la física de partículas y, más en concreto, quise colaborar en extender la tabla periódica. No sé si, de un modo un tanto difuso, soñaba con obtener el imposible *adamantium* de Lobezno o el mítico *vibranium* de Pantera Negra. Ya sé, no hace falta que me lo recuerden, son absurdos y tonterías pero, en el fondo, ¿qué científico no sueña con encontrar un Santo Grial, sea material o intelectual? El mío eran los superelementos. Improbables, seguro, pero que podían hallarse, en versión diluida, en la famosa isla de estabilidad a la que, cuando yo me incorporé a la investigación, ya se estaba penetrando. Cualquiera de nosotros se habría conformado con un elemento que durase un miserable minuto pero, puestos a soñar, yo prefería imaginar uno de los supermateriales de la Marvel de Stan Lee. Supongo que Kleiber no compartiría mi imaginario juvenil, como tampoco lo hacían otros de mis compañeros de profesión, pero no me cabe duda de que todos ellos, igual que yo, perseguían el sueño de la novedad perdurable, de uno o varios elementos que pasasen de lo pintoresco, del análisis instantáneo de laboratorio antes de su desintegración, a lo material, a una muestra almacenable que pudiera someterse a verdaderas pruebas químicas.

La realidad superó nuestras mejores expectativas, eso es cierto. Quien no haya participado en un proyecto de Gran Ciencia de este tipo nunca imaginaría la emoción que un tal descubrimiento proporciona a todos aquellos que participamos de él, incluso o especialmente a los más insignificantes como yo. Pero el éxito, por desgracia, vino acompañado de una terrible maldición que,

quizá, deberíamos haber previsto. Si hubiéramos sido menos ingenuos y poseedores de una visión más práctica de las cosas, tal vez habríamos intentado detener el golpe. Para ello deberíamos, en primer lugar, haber anticipado lo que podía suceder. Pero no lo hicimos. Y dudo mucho, además, de que nadie de los implicados hubiera frenado la investigación ante el riesgo cierto de que el resultado positivo de las pruebas pudiera tener un uso tan espantoso como el que casi inmediatamente se le encontró.

En cierto modo, todo se debió a que ninguno de nosotros, ni los más veteranos ni los más bisoños e imaginativos, llegamos a pensar que la isla de estabilidad que la teoría pensaba posible llegara a incluir ningún elemento realmente estable. Década tras década, los físicos y los químicos de los sucesivos proyectos de ampliación de la tabla periódica habíamos asumido que la síntesis de elementos nuevos, amén de requerir esfuerzos ímprobos, con el consumo de cantidades crecientes de energía para obtener muestras ínfimas, cada vez más escasas, de isótopos nuevos, requería de análisis inmediatos, ultrarrápidos, para poder determinar con un mínimo de fiabilidad y precisión, las propiedades de los elementos nuevos antes de que se produjeran la desintegración radiactiva y la desaparición total de la muestra original tan laboriosamente generada. Quien más quien menos sabía que, al extender la tabla, nos acercábamos a la siguiente fila de la misma, al llenado de nuevos orbitales que los modelos consideraban más estables, capaces de albergar el creciente número de protones, electrones y neutrones en un equilibrio precario pero algo más duradero que el de sus predecesores. Pero nadie imaginaba que ese mínimo de estabilidad fuera más allá de unos pocos segundos o unos minutos de vida media, una duración infinita para los parámetros de la física de partículas pero ridícula según los estándares humanos de perdurabilidad.

Con tan humildes expectativas y pese a las dificultades de los experimentos necesarios, todos asumimos con optimismo el desafío junto con la ingente cantidad de trabajo que iba a suponer para cada operario, técnico e investigador. Esas mismas dificultades fueron la base necesaria para que los grupos principales que competíamos hasta la fecha uniéramos nuestros esfuerzos para alcanzar ese mínimo punto de inflexión, la isla de estabilidad que siempre se había antojado lejana y ahora, por resultados preliminares, comenzábamos a intuir más cercana.

Es cierto que la competencia entre nosotros había sido fiera, cruel. Que las luchas por la preeminencia habían llegado hasta el momento de nombrar cada nuevo elemento, hasta el punto de exigir pruebas tangibles del éxito del

rival mientras alardeábamos de cada pírrica victoria. Pero, llegados a este punto trascendental, todos los laboratorios unieron sus esfuerzos para alcanzar el objetivo común. En ello tuvo bastante que ver la influencia de Kleiber, junto con la no menos importante gestión del administrador Braun, cuyas habilidades diplomáticas y políticas permitieron poner a colaborar a enemigos irreconciliables y obtener financiación de las arcas de naciones enfrentadas a cambio del dudoso honor de un éxito compartido con el rival. Desde Seaberg, ningún químico atómico había alcanzado la influencia y ascendiente de Kleiber. Su nuevo método de creación de elementos, que simplificaba la tarea de añadir nuevas partículas a los núcleos sin disparar el consumo energético a la vez que aumentaba las cantidades de elemento nuevo obtenidas, homogeneizando el número atómico y la cantidad de neutrones para fabricar un único isótopo junto con escasísimas impurezas, le había granjeado el respeto y la admiración de sus compañeros de profesión por lo que su propuesta, planteada durante una conferencia en aquella reunión de la Unión Internacional de Química Pura y Aplicada, obtuvo el apoyo incondicional de los mejores cerebros y su compromiso sincero para una futura colaboración que se hizo efectiva poco tiempo después.

La elección de París para montar el nuevo laboratorio fue resultado de un compromiso político antes que científico, resultado del deseo expreso de varias potencias de que sus investigadores no trabajasen en los centros especializados del rival.

A los pocos meses de iniciarse la colaboración internacional en aquel moderno centro de investigación auspiciado por la IUPAC se alcanzó un éxito resonante: la síntesis del primer elemento nuevo en dos décadas permitía a los químicos entrar de lleno en la isla de estabilidad pues el Wernerio alcanzó la sorprendente, por entonces, vida media de casi ocho segundos. El nombre, todo hay que decirlo, fue un compromiso entre los científicos. Aunque alguien propuso llamar Newtonio al nuevo elemento, hubo quien recordó aquel elemento fantasma del siglo XIX, llamado por unos newtonio y por otros coronio, y se descartó la propuesta para quedarse, finalmente, con el nombre del nobel suizo que, entre otros méritos mayores como químico, también tuvo el de presentar la tabla de elementos en una forma más o menos moderna.

Aquel éxito fulgurante demostró que el método de Kleiber aún tenía mucho recorrido y animó a los investigadores a proseguir con su trabajo mientras los gobiernos derramaban sobre el proyecto nuevas subvenciones. Pero lo que nadie podía suponer, ni aun soñar, era que el siguiente elemento, cuyo elemento sintetizado coincidía, eso sí, con unas proporciones de las

partículas subatómicas que venían siendo consideradas mágicas por los teóricos —por más que en el pasado las magia de otras combinaciones no hubiera alcanzado más que unos segundos de duración—, iba a gozar de una vida media tan extensa como para hacerlo prácticamente estable y poder trabajar con él como se venía haciendo con los elementos naturales. ¡Apenas poseía radiactividad!

Aun antes de comprobar las propiedades del elemento y mientras se buscaba un procedimiento alternativo pata producirlo en mayor cantidad, ya estaba claro que Dietrich Kleiber iba a llevarse el premio Nobel por el método y el hallazgo. Todavía se discutía qué nombre darle y, aunque muchos propusieron el de Kleiberio en honor de su creador, muchos, incluido el propio interesado, manifestaron su profundo desacuerdo por la propuesta, el uno por modestia y entre los demás los unos por envidia y otros incómodos por nombrar un elemento con el apellido de un científico vivo y en activo. El Kleiberio, por tanto, debería esperar. El Nobel, probablemente, mucho menos. Desde Seaborg, aquel alquimista que convirtió brevemente plomo en oro, ningún candidato al Nobel de química había estado tan claro como futuro ganador. Al cabo, y pese a ciertas connotaciones políticas que se esgrimieron en contra por aquel pasado nazi que tanto había pesado ya anteriormente a la hora del homenaje, se decidió llamar Heisenbergio al elemento nuevo. Alguno, medio en broma y enteramente ofendido, propuso que se dedicase el elemento a Oppenheimer. Al margen de la dificultad de establecer una denominación sencilla de pronunciar y transcribir a partir de aquel apellido, los que propusieron dedicar el descubrimiento al director del Proyecto Manhattan demostraron, al cabo, una funesta capacidad de anticipación, como si de algún modo intuyeran la nefasta propiedad que convertiría al heisenbergio en el «armagedón», ese nombre hoy conocido por todos que tan pronto se popularizó.

Sin riesgo a equivocarme, puedo afirmar que, cuando descubrimos y sintetizamos —fue un acto parejo, coincidente— el heisenbergio, ninguno de nosotros sospechó lo que luego daría de sí. El éxito del experimento fue una experiencia gozosa, de plenitud y felicidad. El propio Kleiber, siempre tan comedido y sereno, tan seguro de la exactitud de sus cálculos, lloró como un niño mientras posaba para la famosa fotografía en que se lo ve sosteniendo en su mano desnuda aquel enorme fragmento recién creado para la ocasión.

Antes de aquello, interminables jornadas de duro trabajo, comprobación meticulosa de cada paso, del material, su disposición y funcionamiento. El aliento contenido por todo el equipo cuando el sistema entró a funcionar por

primera vez. La decepción del fracaso inicial. La ilusión tras cada pequeño triunfo que nos acercaba al objetivo. Fueron tiempos duros y hermosos. Hasta que, al cabo, la prueba definitiva produjo la mágica alquimia de la transmutación correcta. ¡El éxito nos había sonreído! Pero lo hizo, a nuestro juicio, de un modo mucho más intenso, disparatado casi, del que ninguno nos habíamos atrevido a desear ni siquiera soñar. ¿Cómo era posible que la vida media de aquella sustancia no se midiera en simples segundos, minutos ni horas? ¿En qué cabeza entraba que la desintegración apenas pudiera contabilizarse en años, siglos ni milenios? Primero cundieron la sospecha y el desánimo. ¿Error? ¿Contaminación? Unos cientos de átomos no parecían muestra suficiente para un juicio definitivo. Pero, cuando el método de síntesis se depuró y mejoró, la duda y el temor se trocaron por estupefacción, asombro y euforia. Aquel material de aspecto anodino, de un color gris plomizo, con irisaciones azuladas al ser iluminado directamente, con un tacto que luego se comprobó levemente terroso, más bien blando, tan alejado de mis ensoñaciones de adamantium, resultó ser una sustancia estable y duradera. Apenas emitía radiación, pues su ritmo de desintegración era tan bajo como el de casi todas las sustancias cotidianas. ¡Después de más de un siglo el ser humano disponía de un nuevo elemento químico que podría emplearse en el mundo cotidiano! Siempre que pudiera producirse en cantidades suficientes, a un coste razonable, y mientras sus propiedades, combinatorias, eléctricas, mecánicas o de cualquier otra índole, lo capacitaran para alguna aplicación concreta. Esto último se daba por hecho pues, en la lista de elementos químicos, incluidas las tierras raras y los ariscos gases nobles, casi cualquier átomo había encontrado su acomodo tecnológico.

Apenas hubo tiempo, pues, para celebraciones, ya que lo que interesaba era estudiar el nuevo elemento con la mayor exhaustividad y profundidad posibles. De modo desacostumbrado, la sustancia recibió pronto la carta de realidad por parte de la IUPAC, así como un nombre específico con el que sustituir al tradicional «unun» y el correspondiente sufijo numeral. Costó tiempo y discusiones decidirse por heisenbergio pero, una vez aceptado, todo el mundo se lanzó a la carrera por encontrar usos para tan inesperado regalo de las leyes de la química. ¡Nuestra isla de estabilidad iba más allá de cualquier fantasía! Aunque la isla resultó más bien exigua, un mero islote, pues los dos siguientes elementos regresaron al mundo de lo efímero y, mientras los teóricos propugnaban este o aquel posible elemento futuro de la tabla como candidato a formar parte de alguna otra opción de durabilidad, el heisenbergio se convertía en excepción y milagro.

Por desgracia tampoco hubo demasiado tiempo para buscar otras aplicaciones al prodigioso heisenbergio antes de que se convirtiera en el terrible y odioso armagedón.

Fíjense en que ninguno de los miembros del proyecto había sufrido accidente alguno con el heisenbergio. Desde que se construyó el laboratorio, en cuyas obras sí que se produjo algún accidente, y se iniciaron las pruebas científicas, en cuyo ajuste hubo leves incidentes que no causaron daños, nadie mínimamente relacionado con el elemento sufrió daño alguno por su desarrollo o manejo. Y ello pese al desconocimiento inicial de sus propiedades y a las relativamente elevadas energías que se manejaban. Por eso resultó tristemente sorprendente y decepcionante de un modo profundo descubrir y comprobar que nuestro hermoso sueño se convertía en pesadilla.

Aquí, posiblemente, se vuelvan innecesarias las explicaciones pues, del mismo modo que pocos saben los detalles del desarrollo del heisenbergio, ni desde un plano teórico, organizativo, técnico o experimental, todo el mundo parece estar al tanto de las diabólicas propiedades del ahora maldito elemento. ¡Todo el mundo cree saber qué es nuestro armagedón! Y, obviamente, casi todos odian al propio elemento y a sus creadores, que ahora pasamos por dementes en el imaginario popular, con el desdichado Kleiber como cabeza visible y chivo expiatorio. No obstante, repetiré brevemente lo que todos creen saber o, más bien, les contaré mi versión. No sé si es más objetiva o más informada que las otras pero sí pienso que es distinta a las que se suelen escuchar.

A alguien, cuyo nombre no trascendió entonces ni se ha hecho público después, se le ocurrió la idea de usar el heisenbergio para realizar una reacción en cadena. Por no saberse, no ha llegado al público, ni a nosotros como investigadores, la información del artífice ni la del lugar o entidad para los que trabajaba. Unos sospechan que fue un experimento civil en una central nuclear. Otros que se trató de un experimento militar, lo que justificaría el secreto. Yo, aunque tiendo a decantarme por esta última opción, estoy seguro de que la estupidez humana es bastante como para haber llegado a armagedón por accidente, o adrede por un grupo de científicos cargados de buenas intenciones. El plutonio y el uranio enriquecido son peligrosos e inestables. Por eso se emplearon para bombas y obtención de energía de forma mas o menos controlada. Por eso daban miedo y por ello las centrales nucleares, con o sin razón, fueron demonizadas en no pocos lugares. En comparación, el heisenbergio era sumamente estable, inocuo en apariencia. Pero, según debió razonar quien tuvo la ocurrencia de la reacción, estaba tan cargado de

neutrones que la estabilidad del isótopo obtenido era poco menos que ficticia. Y tuvo razón en su intuición, razonamiento o cálculos. Pero no comprobarlo no fue la mejor de las ideas. Bastaba con alterar la proporción de los nucleones para que el elemento se volviera inestable y se incrementase, de un modo espectacular, su tendencia a desintegrarse y liberar energía. Un suave bombardeo con neutrones liberaba de golpe la energía contenida en el átomo y se desencadenaba una terrible reacción en cadena que, hasta la fecha, nadie ha sido capaz de controlar o moderar para encontrarle aplicación distinta a la más violenta de todas, la fabricación de armas nucleares.

Fueran pacíficas o no las intenciones iniciales, la primera explosión, comparativamente pequeña dada la escasez del material usado en un inicio, dio el pistoletazo de salida a una nueva vuelta de tuerca en la carrera de armamentos.

Hay que estar agradecidos de que no buscasen el éxito de la prueba por la mera acumulación de masa para asegurarse el progreso de la reacción. Si hubieran fabricado una bomba como las originales de fisión que concluyeron la Segunda Guerra Mundial, una copia de la *Little Boy* cargada de heisenbergio, quizá el propio planeta habría dejado de existir tal y como lo conocemos o, cuando menos, algún continente con todas sus naciones habría sido borrado del mapa en un instante mientras un espantoso invierno nuclear se cernía sobre el resto del mundo.

Sea como fuere, ninguna gran potencia nuclear podía permitirse carecer de la superbomba. Pese a los tratados de no proliferación nuclear firmados, cada cual se lanzó a la carrera para mejorar su arsenal con una buena porción de heisenbergio, que empezó a llamarse «armagedón». Primero en secreto. Luego, cuando se descubrió, siempre por parte del rival, que una potencia fabricaba la bomba, ya abiertamente, con la manida y eficaz excusa de que era imprescindible contrarrestar el maléfico poder del enemigo. De igual modo, toda idea de encontrar alguna aplicación pacífica al nuevo elemento hubo de descartarse. Por estable que fuera, por interesantes que hubieran resultado algunas de sus propiedades mecánicas o eléctricas, no se podía permitir que semejante arma en potencia cayera en manos de ningún desaprensivo —salvo que incluyamos en ese papel a los estados que fabricaron la bomba—, dada la sencillez con la que podía transformarse una buena porción de elemento en un mortífero artefacto explosivo. Las reservas de heisenbergio, su creación, se convirtieron en patrimonio de estado, del ejército y las agencias de inteligencia. Su síntesis y los laboratorios en que se lleva a cabo, en secreto. La estabilidad no era sostenible si se sometía una muestra, incluso una de pequeño

tamaño, a un leve bombardeo iónico. Así las cosas, los sueños del equipo acerca de las aplicaciones pacíficas del heisenbergio se borraron de un plumazo. Igual que desapareció la fructífera colaboración internacional y, al menos por el momento, se ha paralizado el proyecto de crear los siguientes elementos de la tabla. Me consta que algunos miembros del enorme equipo original ahora colaboran con los programas militares gubernamentales. Yo no. Y me consta que Kleiber y otros también se han apartado de esta loca carrera mortal. En mi caso, desaparecieron también los sueños de *adamantium*, *vibranium*, cualquier mágico elemento o piedra filosofal. Tal vez por eso me he refugiado en una oscura vida estrictamente académica.

Incluso el nombre de Kleiber, acertadamente o no asociado a la nueva guerra fría incipiente y los temores que suscita, fue apartado de las listas de candidatos al Nobel. No sé si es justo. Personalmente creo que no. Pero, igualmente, comprendo que convertir sueños y deseos en pesadillas de destrucción, aparte de decepcionante, es una fuente de terror suficiente como para demonizar a todo el que tocó el hermoso sueño original trocado en amenaza de apocalipsis.

No sé, sospecho que no se trata del heisenbergio o nuestra inconsciencia como científicos al desarrollar un elemento desconocido. Me temo que el hombre tiene una capacidad especial para convertir lo hermoso e ilusionante, de algún modo y en toda circunstancia, en fuente de recelo, temor y maldad.

Procuro no pensar en el heisenbergio. Ni en las ilusiones frustradas o el tiempo perdido, los mejores años de mi carrera científica dedicados al desarrollo de un monstruo. He recordado y me he impuesto la sinceridad al redactar este relato. Pero, en general, procuro fingir que he olvidado. Lo que no puedo evitar son sueños recurrentes, reflejo de anhelos pasados y presentes, en los que me imagino con un buen trozo de elemento puro en el bolsillo, como un fetiche o amuleto, que sujeto entre mis manos como objeto tranquilizador. En el fondo creo que sí que me hubiera gustado conservar un fragmento de heisenbergio, y que verlo, sentirlo real e inocuo, aunque falsamente, habría tranquilizado mi espíritu y mi memoria. O no porque, por diluidas que estén las responsabilidades y borrosos los culpables, si es que los hubo realmente, no consigo que en mi conciencia se imponga la sensación de fracaso o pérdida de tiempo a la de haber participado en la creación de una maldición que ha favorecido un mundo aún peor, aunque solo lo sea en una relativa medida, que aquel que antes existía.

Juan Luis Monedero Rodrigo

DESEO DE TRASCENDER

Plantado ante el mar inmenso que más parece infinito
imagino el Universo con su espacio indefinido,
donde la Tierra es una bola de agua azul, una gota
o más bien de polvo húmedo una simple mota
entre mundos, estrellas, galaxias, incontables los abismos,
nubes de polvo, vacío en un cielo oscurecido.
Materia oscura, energía, espacio insondable,
más allá que nunca abarcas, distancia inconmensurable.
Y yo, pegado a este mundo, otro microbio en el polvo
junto a cientos de billones, lo mismo que cualquier otro.
Soñando el viaje infinito a un mundo inimaginable
tan lejos que no concibo que consiga aproximarme.
Me siento tan poca cosa, yo que quisiera ser alguien,
trascender esta existencia que parece miserable.
Yo sigo mirando al cielo, al mar, a mi húmedo grano de polvo
que cuelga del firmamento, girando, pienso en mí y lloro.

Antón Martín Pirulero

TRANSHUMANISMO

Me cansa, y también me mortifica, escuchar a tantos ignorantes renegar del afán de conseguir trascender la humanidad por medio de la tecnología. Gente culta, bienintencionada incluso, se permite condenar la reciente moda del transhumanismo como locura o deshumanización inmoral. Creo, sinceramente, que tales críticos no saben de lo que están hablando ni mucho menos lo que hay en juego en esta lucha por conseguir que vayamos más allá de la humanidad actual a la búsqueda del superhombre, del humano total mezcla de lo orgánico y lo mecánico.

Aviso para navegantes: ¿Cómo, que aún no sabe qué es el transhumanismo que tan de moda está? ¿No lo ama ni lo critica? ¿Acaso no es usted de este mundo? No se preocupe porque aquí estoy yo para explicárselo concisa y llanamente. El transhumanismo consiste en usar la tecnología humana para trascender nuestros límites físicos naturales y convertirnos en más que humanos. Hacernos evolucionar, como esas series numéricas de las versiones sucesivas de los programas de ordenador. Hagamos el hombre 2.0. y luego el

3.0. (quedarse en el 2.1. es media tinta y enteramente insatisfactorio: mejor revolución que mera evolución).

Quiero en este artículo, más allá de valorar ética o moralmente el asunto del cambio, abordarlo desde una perspectiva diferente, que podríamos llamar económica. Y entonces, como demostraré, carecerá de sentido decir que esta búsqueda del superhombre puede considerarse reprobable por cuanto que es, o será en breve, absolutamente necesaria, imprescindible para el progreso de nuestro mundo y nuestro delicioso modo de vida. Deseo, como ya he señalado, que quede constancia de dos aspectos. El primero es que nada pesarán en mi valoración los juicios morales o mi propia opinión personal sobre el tema en función de mis creencias particulares. El segundo, relacionado con el punto anterior, es mi intención de exponer una argumentación objetiva y razonada acerca de la necesidad de permitir y fomentar la transformación.

En el contexto de mi exposición, la mejora del ser humano por medios artificiales no debe valorarse en función de la necesidad de trascender los límites físicos, ni tiene sentido juzgar el cambio con criterios de moralidad, salud o espiritualidad. Mi análisis es meramente materialista. Si queremos que nuestra sociedad consumista pueda mantenerse y conseguir que el crecimiento económico, siempre fluctuante, adquiera un impulso a lo largo del tiempo, debemos aceptar el transhumanismo y buscarlo activamente. No se trata de un deseo sino de una necesidad, un imperativo.

No tengo preferencia por el uso de la ingeniería, la genética, la biónica o la multiplicación de prótesis o sensores. Nuestro cyborg, el superhombre, medio máquina, mutante o robot total será, sin duda, construido a partir del ensamblaje de piezas de procedencia diversa pero todas ellas, en su conjunto, deben mejorar su intelecto, su físico y sus sentidos. De una parte, deberían hacerlo para podernos convertir en entes productivos, trabajadores tan especializados como eficaces cuyo esfuerzo redunde en el beneficio de la sociedad. Pero ya antes he hablado del consumismo como motor de cambio y no tanto de los medios de producción que, a este respecto, poseen menos importancia. Poco importa que el trabajo lo desarrollen máquinas o humanos modificados, siempre que estos últimos mantengan, de uno u otro modo, su sueldo y poder adquisitivo. Pero resulta innegociable la mejora del ser humano como consumidor y, para ello precisamente, creo absolutamente necesario recurrir a la transformación de nuestra hoy limitada anatomía y las cualidades que la adornan, sorprendentes y maravillosas pero insuficientes de cara a ese futuro que se aproxima a velocidad de vértigo.

Estamos acostumbrados, sobre todo en el mundo de la tecnología electrónica y también en el de la moda, a sustituir periódica y rápidamente los modelos anteriores por sus nuevas versiones mejoradas una y otra vez hasta la saciedad. Es en estos ámbitos en los que la obsolescencia programada, que tanto ayuda a mantener nuestro querido sistema económico, se manifiesta en su plenitud, por más que cualquier parcela del consumo es susceptible de recibir los beneficios de esta práctica tan necesaria. Pero en el mundo de la tecnología, también más que en otros ámbitos de la industria o el comercio, la capacidad de renovar razonablemente los productos perfeccionando sus características choca con una limitación que, lamento decirlo, no es técnica sino biológica. Tan mecanicista como orgánica. Se trata de que los humanos somos tan limitados sensorial, muscular y, por qué no confesarlo, intelectualmente, que no estamos hechos para la perfección y ni tan siquiera para percibir y valorar las sucesivas actualizaciones de muchos productos a partir de un cierto punto.

Para aclarar el concepto, lo mejor es explicarlo con un ejemplo. Nuestras pantallas, tanto las de los televisores, monitores o teléfonos móviles, cada vez tienen mayor resolución. Pasamos de las 625 líneas de antaño a contabilizar puntos de luz —los píxeles que llaman ahora— y con ello nos encontramos sucesivamente con 640 líneas y luego nos hablan de alta definición, de plena alta definición, de 2K, 4K, 8K y así podríamos —y de hecho podremos en el futuro— seguir hasta el infinito. Pero, ¿de qué servirá esa mejora interminable hasta alcanzar el punto mínimo de luz si nuestro limitado sentido de la vista solo contiene un número fijo de conos —para diferenciar colores— y otro algo mayor de bastones que solo nos sirven para el arcaico blanco y negro? Teniendo en cuenta que nuestra retina no alberga más allá de siete millones de conos, una pantalla de las que llaman 4K ya posee más puntos de luz y la respuesta a la anterior pregunta resulta obvia: no sirven para nada. Hoy en día aún se puede engatusar al cliente con las definiciones crecientes y las pantallas enormes en las que aún tienen un sentido las primeras. Pero llegará el día en que tales añagazas se tornen inútiles… Salvo que mejoremos nuestra vista y dotemos a nuestra retina, de modo artificial, sea biológico o electrónico, de una mayor capacidad de visión que justifique el cambio y mantenga las ventas. Otro tanto serviría para los audífonos o cualquier clase de prótesis, ya sea con fines deportivos o meramente por parchear los estragos de la edad. ¿Qué sentido tienen los coches o vehículos más veloces si nuestros sentidos, reflejos y músculos no son capaces de responder adecuadamente a tal velocidad? ¿Cómo venderemos más ocio si nuestro

sistema nervioso, lento y de escasa capacidad de memoria, es incapaz de asimilar todos los divertimentos a mayor velocidad y de varias fuentes a la vez? ¿Cómo se hará y venderá turismo en el espacio, o en el fondo del mar, si no somos capaces de resistir el vacío, la presión o la falta de oxígeno? Si mejoramos al hombre podremos seguir mejorando los productos y mantener la economía en crecimiento pero, si nos conformamos con nuestras tristes limitaciones, las versiones punto cero, sean la cuadragésima o la enésima, dejarán de aumentar las ventas. De modo y manera que, si queremos conservar nuestra sociedad actual, la del capitalismo y el consumo que nos han hecho avanzar hasta la fecha, no queda otro remedio que el de apartar a un lado los prejuicios y abrazar con el mejor de los ánimos la imprescindible renovación que, en sí misma, nos proporcionará toda una serie de versiones humanas que, si es nuestro deseo, podremos convertir en sucesivos punto cero tan monetizables como cualquier otro producto de consumo.

Y sí, en un principio, el transhumanismo, por su coste y novedad, solo será aplicable a los poderosos, los millonarios que gobiernan las empresas que alumbran estas ideas y aquellos que los sigan y subvencionen. Pero, si deseamos un futuro para la humanidad y nuestro sistema económico, la transformación transhumanista deberá democratizarse para llegar a todas las personas: ciudadanos, individuos del mundo, felices consumidores que mantendrán nuestro magnífico sistema durante los siglos futuros.

Narciso de Lego
(admirable librepensador y futuro premio Nobel de Economía)

MUNDO PIGMEO

Hay términos que se corresponden con deseos y suenan tan bien al oído y el corazón que resulta triste comprobar que rara vez pueden llevarse a la práctica y convertirse en realidades dentro de nuestras vidas. Pienso en una palabra tan hermosa como «armonía». La armonía de los mundos, que decían los antiguos. La del mundo exterior y la del mundo de dentro, quizá la más necesaria para poderla exportar fuera y hacer del mundo físico un lugar mejor. La armonía interior que tanto deseamos y nunca alcanzamos, no se sabe si por falta de voluntad o por ser imposible pese a los ingentes esfuerzos de muchos por lograrla.

Algunos, más de los que uno cree, mantienen la creencia de que las vidas sencillas de nuestros antepasados estaban más cerca de la armonía. Como si fueran la cultura y la técnica las que nos hubieran alejado de la naturaleza y de esa armonía primigenia en lugar del carácter belicoso y la insatisfacción permanente del género humano. Estas visiones ingenuas no se alejan demasiado, en general, de las viejas ideas de la Arcadia perdida o la edad de oro platónica. Y, sin embargo, en el ideal reside también el mal, no sé si en los detalles o en la propia propuesta.

No es raro pues que, al tiempo que nuestros congéneres se dedican a esquilmar bosques, selvas y cualquier paraje natural mínimamente conservado, quizá hasta virgen, con la falsa excusa del falso progreso, otros procuran, con la mejor de las intenciones, preservar lo poco o mucho de aquel mundo natural en crisis y, con ello, a sus pobladores, incluidos los humanos salvajes que los habitan y aún no han sido engullidos del todo por el afán consumista. Pero me temo que, aun idealizando a los indígenas, no son capaces de comprenderlos ni identificarse con sus necesidades o anhelos y acaban convirtiéndolos en mercancía como hacen los explotadores o, peor aún, en fantasmagóricas caricaturas de sí mismos, idealizaciones sin fundamento ni realidad material.

No de otro modo se explica que, tratando de preservar el paraíso, pasen por encima de sus pobladores. Quizá sin proponérselo pero, igualmente, haciendo uso de una crueldad tan exagerada como ignorada por quien la ejerce.

Todos hemos oído hablar de los pigmeos. Una etnia de personas particularmente bajitas que habitan en zonas selváticas de África central. En mi caso, recuerdo que de niño leía fabulosas historias acerca de grupos de pigmeos cazando enormes elefantes, que no digo que no pudiera ser cierto, pero imagino que está lejos de ser una práctica habitual entre estos cazadores recolectores. Igual que la existencia plácida y bucólica que muchos les suponen, o quizá les suponían en el pasado, tiene que ser más bien un relato bastante imaginativo y optimista acerca de su modo de vida, que se intuye más bien duro y, en ocasiones, escaso de recursos. Aunque también es cierto que su vida sencilla debía de resultarles más que suficiente y quizá agradable, lo bastante como para mantener sus tradiciones al margen del devenir de los tiempos y el flujo de otras gentes a través de sus tierras.

Hasta que, alterando su mundo, les llevamos una suerte de modernidad espantosa que pone en riesgo sus recursos junto con su forma de existencia, al tiempo que coloca en jaque la vida salvaje de aquellos hermosos parajes. Entonces, llegan para «ayudar» los grupos conservacionistas, tan cargados de buenas intenciones como el empedrado del infierno de Fontaine, no el fabulista

sino Bernardo de Fontaine, luego canonizado como San Bernardo de Claraval. O, como decía el otro, «hace más daño un tonto que un malvado». Y así nos pasa con cierta clase de salvamundos que actúan, sin pretenderlo, como elefantes en cacharrería, más allá de las capacidades cinegéticas, en este caso, de los esforzados pigmeos.

A todos nos asalta de vez en cuando la ilusión de alcanzar nuestra propia Arcadia, ese paraíso perdido que no existió y nunca pudo ser salvo en la imaginación. Pero de poco sirve tratar de racionalizar cuando los sueños y anhelos se nos cuelan en la parte del cerebro que vive de las emociones. Abundan, pues, o abundamos los que buscamos perfecciones imposibles y contemplamos con nostalgia recién coloreada el gris del pasado perdido.

Me temo que, entre los nostálgicos de nuevo cuño a los que me refiero, podemos incluir a todos esos conservacionistas fanáticos que creen posible recuperar el supuesto esplendor de una naturaleza virgen e inmaculada. ¡Ojo, que conste que yo me considero conservacionista! La ecología es una ciencia y el conservacionismo serio debe alimentarse de ella y fomentarla. ¿Quién no querría preservar las maravillas de la naturaleza?… Admitámoslo: serían muchos. Ni el hambre ni el dinero entienden de conservación. Es curioso que haya pocos temas como este en que tan cerca queden riqueza y miseria.

Pero hablaba de pigmeos y he sacado a colación un conservacionismo absurdo embebido de sueños imposibles. Y es que creo más que probable que muchos de estos salvamundos admiren y tal vez envidien el modo de vida de los otrora salvajes del mundo, incluidos estos pigmeos diezmados y acorralados, últimos representantes de un mundo que desaparece, de una cultura y modo de vida que se extinguen. Pero me temo que nuestros bienintencionados empedradores de infiernos basan todo su plan en una mera idealización que, como tantas, acerca a los destinatarios de la utopía a la más cruel y horrenda de las catástrofes. En este caso a nuestros pobres pigmeos a la ruina y la extinción definitivas.

Me explico: resulta que ciertas organizaciones conservacionistas han decidido preservar algunos bosques congoleños que formaban parte, tradicionalmente, del patrimonio de los pigmeos. No suena mal, ¿verdad? Seguro que los gestores del asunto pensaban que con ello lograrían mantener intactos, si no en equilibrio, la hermosa floresta, los animales que en ella moran y a los propios pigmeos, con su idealizada vida en paz con la naturaleza, sin necesidades insatisfechas, su vida plácida y sencilla, sin hambre ni ambiciones materiales. Pero no parece que el éxito les haya acompañado. No a los gestores

del apaño, por supuesto, pero menos desde luego a los pobres pigmeos, cobayas o corderos a sacrificar en el experimento.

Y es que, en el intento de preservar zonas boscosas y favorecer el progreso, las autoridades y las compañías madereras del lugar, han decidido gestionar los recursos forestales de un modo responsable, resguardando zonas protegidas, salvándolas de cazadores y leñadores furtivos, explotándolas pero cuidando, al mismo tiempo, el patrimonio, más por mantener la gallina de los huevos de oro, me supongo, que por convicción conservacionista o preocupación acerca del futuro. Para lograr sus objetivos, no basta con la gestión sostenible de las tierras sino que se hacen necesarias la labor de vigilancia y la punitiva, ambas en manos de guardias entrenados al respecto.

Pero si ya desde hacía tiempo los pobres pigmeos se veían desplazados de sus tierras ancestrales, convertidos en estorbo cuando no eran ellos los que migraban, más hacia la supuesta civilización que hacia el improbable progreso, ahora la situación de muchos de los que aún vivían al estilo tradicional en aquella remota zona se torna aún más inestable. ¿La razón? Previsible. Pese a las protestas de ecologismo y afán conservador de gestores y empresarios cuyas medidas, acordes con el discurso, debían proteger también a los antiguos pobladores de la selva, el sistema de control establecido, más basado en el capitalismo y la productividad que en la lógica, hace que los guardabosques, apenas armados, tan precario su número como su equipación, no alcancen a detener a las mafias organizadas de furtivos madereros pero sí que pueden asaltar y amenazar, cuando no expulsar de sus tierras, a los pobres pigmeos que se limitan a entresacar, ya sea madera, plantas o caza, de sus bosques ancestrales y son fácilmente atrapados por los celosos guardias y custodios de la naturaleza. Custodios oficiales y remunerados que sustituyen por decreto a los habitantes ancestrales, a los que detienen, quizá por ocuparse de mantener las selvas casi intactas durante milenios pero haber sido incapaces, por falta de tecnología y de convicción rapiñadora, de protegerlos de aquellos invasores supuestamente civilizados que, como último paso de su proyecto conservador, expulsan a sus habitantes tradicionales, que nunca se atreverían a considerarse dueños de las tierras y los bosques, de sus últimos reductos y de sus hogares ancestrales. Los pigmeos son presa fácil y justifican a los guardas ante sus superiores, demostrando cierta clase de celo profesional. La conservación, por su parte, se convierte en fracaso y persecución de las víctimas, legítimos dueños —si es que el término, desconocido para ellos, se les puede aplicar con propiedad— de los bosques, mientras los furtivos organizados y temibles campan por sus respetos sin atender a normas u

órdenes ni ver dificultada su acción por los débiles guardias. Muchos pigmeos abandonan el bosque y trabajan para sus maltratadores por sueldos ínfimos. Apaleados, prostituidos, borrachos. Tristes alma en pena a las que han robado su mundo. Infierno empedrado de buenas intenciones, claro. Y poco hemos avanzado desde aquellos tiempos de cambiar oro por baratijas o contemplar al guerrero derrotado e impotente convertido en borrachín. ¡Menudo modo de salvar la inexistente Arcadia y sus desdichados pobladores! Y todo por un sistema ajeno que se les impone como progreso.

Juan Luis Monedero

LA SOLUCIÓN DIGÁSTRICA

Desde un punto de vista meramente hedonista, pocas experiencias resultan tan tristes como la privación gastronómica por motivos de salud que, supuestos o reales, son muy comunes en nuestros días.

Ejercitando la imaginación, todavía puedo figurarme a esos antepasados sometidos a constante privación y que se encuentran, como resultado de afortunado azar u obra de ímprobo esfuerzo, ante un banquete. ¿Quién puede suponer que se pondrían a pensar, en el instante de su comilona, en restricciones calóricas o sentimiento de culpa? La ocasión era una fiesta alegre, una isla de felicidad en el continuo de sus hambres y ansias. Y para esos mismos placeres está programado nuestro organismo, por más que hoy, en buena parte del mundo civilizado, las mesas estén llenas a rebosar y las barrigas se desborden por encima de cinturones o compitiendo por el espacio con fajas opresoras e injustas.

Injustas las fajas, sí. Pero no menos las limitaciones calóricas, los consejos sanitarios y los opresores refajos que la sociedad impone a nuestros deseos. ¿Alguien, que no sea la víctima de consejos y terapias, se ha planteado alguna vez cuán mortificantes son las restricciones? ¿Acaso la privación, la negación de los sentidos y el borrado de la gula, no pueden afectar también a nuestra salud física y, aún más importante, a la salud mental y la propia autoestima? Igual que el estigma de ser llamado gordo o glotón, aderezado, como tentación igual que castigo, por la sensación de pecado y el terrible sentimiento de culpa por devorar una vuelta de chorizo o un pastel en vez del desagradable tallo de apio.

Pues bien, llegado a este punto, quiero llamar la atención sobre un punto que alegrará la existencia a gruesos igual que a delgados, incluso a los

enfermos del comer y del no hacerlo, convirtiendo la ingesta en el placer libre de culpa que siempre fue y jamás debió dejar de representar. Porque el progreso material, incluida en él la seguridad alimentaria que trajo la poco valorada revolución verde, esa que nada tiene que ver con piojosos ecologistas de vía estrecha, no puede ir acompañado de la penuria alimenticia, la obesidad malsana y un absurdo sentimiento de culpa por dejarse llevar por el mero instinto natural hacia el atracón y los placeres gustativos, siempre asociados al olfato, la vista y hasta el crujido de lo tostado en nuestra ansiosa boca.

Cualquier persona inteligente comprende que, para remediar los daños del comer sobre la salud, no es buena solución la abstinencia. Como en otros gustos y placeres, la privación sensual, que es del manjar en este caso, no conduce más que a la insatisfacción, si no a la caída lamentable en el exceso y luego al arrepentimiento, el desánimo o la locura. No diré yo aquí que, por huir de tentación, lo mejor es caer en ella hasta el hartazgo. No lo haré porque tal falta de conciencia sí me parece pecaminosa y, en lo tocante al buen yantar, soy de los que consideran lo gastronómico próximo a lo sacro y casi litúrgico, sin necesidad de recurrir a vino o panes consagrados. Toda persona avisada comprende que no puede buscarse la salud, la física y la mental, menos aún la moral, a partir de la extrema privación y la condena sin paliativos ni alternativas del impulso natural.

Es por ello por lo que mi propuesta, al tiempo que efectiva en lo material, también es salutífera en lo tocante a conciencias y escrúpulo, salvo que uno se sienta culpable por malgastar comida lo cual, todo hay que decirlo, es comprensible en cualquier alma sensible, disciplinada y capaz de hallar consuelo en la mortificación de la carne, ya sea por sentido místico del ayuno o por solidaridad con el hambriento. Pero, ya que no todos tenemos mimbres de santos ni nuestra pasta está hecha con el duro acero de los corazones valerosos, opino que mi remedio, que lo es tanto para almas como para panzas, supondrá un hito en la historia de la gastronomía, la búsqueda de la felicidad, el tratamiento de ese mal de nuestro tiempo al que llamamos obesidad, triste sombra de la lozana gordura, y los usos de la vida contemporánea en general.

He denominado a mi tratamiento, remedio o cura, «la solución digástrica», con afán didáctico antes que presuntuoso. Y pienso que salvará la vida a muchos infelices, arreglando corazones, arterias y venas, hígados, rollizas papadas, celulitis y, lo que es tanto o más importante, mentes y autoestimas. Afirmo.

No se trata de educación, ni de hipnosis o terapias conductuales. Tampoco es necesario el uso de medicación, pastillas, jarabes o emplastos. Ni

la química ni la psicología constituyen la solución del problema sino una combinación de tecnologías disponibles —la típica mezcla de alta y baja tecnología, puntera la una y roma o basta la segunda pero igualmente eficaces ambas— que permite deshacer sin problema el nudo gordiano —apréciese el juego de palabras y doble sentido— de la obesidad contra la inalienable satisfacción de deseos primarios como lo son los que competen a la gastronomía o su denostada prima la gula.

La solución a la que hace referencia el título de este brillante texto es de tipo quirúrgico, al tiempo que incluye una derivación sintética en forma de conducto y bolsa de almacenaje. ¿De qué estamos hablando exactamente? De añadir un segundo falso estómago conectado a la cavidad esofágica por medio de tubo de material plástico con el tamaño y conformación adecuados para permitir el paso de la comida. Asimismo, el conducto debe conectar con una bolsa de idéntico material, situada en el exterior y susceptible de separación y recambio. El sistema se completa con un sencillo artefacto mecánico que, a modo de válvula de paso de mi invención, tan genial como todo el conjunto, permite derivar la comida bien al estómago verdadero para completar la manutención del usuario o bien hacia la bolsa externa cuando el consumidor solo pretende satisfacer sus deseos culinarios sin arriesgarse a sufrir complicaciones posteriores en la forma de obesidad, colesterol, hipertensión o arteriosclerosis. Aunque el invento tiene el aspecto de una suerte de botijo con un largo tubo de conexión y una pera en su extremo, yo me atrevería a decir, sin necesidad de disimular una falsa modestia que no viene al caso, que se trata de un invento redondo, genial como no podía ser de otro modo.

Subsiste un problema, sin embargo, que nada tiene que ver con el mecanismo en sí, cuya funcionalidad y eficacia se hallan fuera de toda duda, pero sí con el procedimiento de instalación que obliga, dada la posición casi dorsal del tubo esofágico, ubicado tras la tráquea y con difícil acceso, a una cirugía compleja que me atrevería a llamar mayor e invasiva pero que,visto el resultado, creo que compensará ampliamente el padecer y sufrimiento de cualquier tragaldabas deseoso de hinchar repetidamente la panza sin mayor cargo de conciencia.

Una vez realizada la intervención, tras corta aunque incómoda recuperación —por la obligada cicatrización tanto como por la postrera necesidad de privaciones alimentarias mientras dura la convalecencia—, ya solo restan el placer y la alegría: no más ayunos ni omisiones alimentarias, adiós alimentos prohibidos o malditos. La única limitación reside en el tiempo y la imaginación de cada cual. Se puede seguir una dieta tan estricta como se

quiera con respecto a la alimentación real. Lo que uno toma por esa vía va al estómago, es digerido según el procedimiento habitual y termina, tras la absorción de los nutrientes, formando parte de músculos, vísceras, michelines, o engrosa la capa de grasa de las arterias para acercarnos, arteriosclerosis mediante, al terrible infarto y la posible migración al cementerio o crematorio.

Pero la vía alternativa, la de nuestro segundo conducto, no pone límite a lo que deseemos comer ni consecuencia sobre nuestra temerosa salud. El tubo artificial desemboca tan solo en un depósito externo, a modo de sonda o bolsa de basura, por lo que jamás será digerida la comida que allí se deposite. No nos nutrirá, claro está, pero tampoco nos engordará ni enfermará, más allá que en nuestros dientes si es que descuidamos la higiene bucal o masticamos tanto que provocamos el precoz desgaste de las piezas. Pero su objetivo no era nutrir o engordar sino tan solo dar placer al ingeridor, satisfacer sus sentidos sin condenar sus carnes al desastre ni obligar a la mortificación por desfacer los estragos. ¡Tal es el milagro de la solución digástrica!

Habrá quien piense que es dispendio el tomar comida para no digerirla, para desperdiciarla y malograrla, a la romana se diría, como aquellos patricios dispuestos a vomitar con tal de poder proseguir con el banquete sin verse hartos. Y no diré que, desde un punto de vista cristiano, no tengan su parte de razón, por lo que aproxima el acto a la pecaminosa gula. Pero olvidan el papel sanador de esta terapia. No se desperdicia comida puesto que se le da un uso concreto y tangible al mejorar autoestimas y sanar almas sin hinchar vientres.

El procedimiento es simple tras la intervención. Lo que el usuario/paciente desea tomar como parte de su dieta, va al estómago verdadero, donde es procesado para la posterior absorción de sus nutrientes. Esta porción de la dieta sí debe ser racionalmente medida y sopesada, valorada médica y dietéticamente. Pero la porción hedonista, esa ya no tiene que ser cuantificada ni demonizada. Quien desea comer por el mero placer de hacerlo, de disfrutar con el buen yantar, tan solo debe activar la segunda vía para que todo lo que mastica, paladea y degusta con fruición vaya al falso estómago, donde se depositará el triturado resultante, sin que sea digerido ni asimilado, solo saboreado apropiadamente. Sin engordar la tripa ni llenar vasos sanguíneos de grasa o colesterol. Habrá de preocuparse por la higiene dental, para evitar caries y roturas, pero no por desequilibrios nutricionales o sensación de hartazgo. Si luego el desperdicio lo quiere aprovechar para otro menester, sea el compostaje, la ceba de algún animal doméstico como un simpático gorrino o prefiere arrojarlo todo al vertedero sin más, será decisión personal que en nada perjudicará su figura corporal ni sus constantes fisiológicas.

Mi invento ha venido a sanar gordos y salvar al gastrónomo de la culpa y las secuelas físicas. ¿Qué importan la extensa incisión, el postoperatorio o el aparatoso mecanismo que sustenta el prodigio? Poder comer de todo, cuanto se desee y en cualquier ocasión, sin temer por la salud o la deformidad. Creo que, nuevamente, me he superado y debería, en rigor, engrosar —disfruten el juego de palabras, tan jugoso como la mejor colación— la lista de benefactores del género humano.

Eso sí, que nadie me pida cuentas si confunde los mandos del artilugio y deriva la comilona al estomago destinado a dieta equilibrada o viceversa. El consumo responsable va más allá de mi competencia y mis inigualables capacidades técnicas.

Gazpachito Grogrenko
(genio médico y gastronómico, paladín de los gordos infelices)

PREMIO NOBEL

Artemio Bragado siempre había ansiado el reconocimiento de sus semejantes. Como escritor anhelaba el aplauso general pero también el dinero que conllevan las ventas masivas. Y ya no estaba muy seguro de que ser considerado un escritor de culto lo compensara. Eso decían de él desde hacía años, que llevaba camino de convertirse en escritor de culto. No quedaba claro si con ello demostraban veneración y respeto hacia el autor o simplemente hacían referencia al hecho de que apenas los lectores más sesudos podían seguir sus elevados pensamientos y farragoso estilo. Tampoco tenía claro si su nombre había sido o no un freno para el éxito comercial de su obra, al margen de la densidad de tantos textos que había plasmado en negro sobre blanco.
Incluso ese éxito limitado a algunos círculos intelectuales selectos, o más bien pretenciosos, le había llegado tarde y mal, sin llenarle los bolsillos ni colmarle por completo el ego. Su pírrica victoria le había llegado ya mayor y desengañado. Tras años de escribir y decepcionarse ante el fracaso, manteniendo la luz de la esperanza mientras se dedicaba a cualquier otro oficio y dedicaba su tiempo libre a escribir para nadie, o para revistas de aficionados y concursos, amañados la mayoría. Por suerte, empeño o tozudez, envió aquel breve ensayo que ganó un concurso local y llegó a manos de un académico de número que lo publicitó lo suficiente como para tener ocasión de publicar un breve libro con sus mejores relatos, o peores según el crítico a quien se consultara. Y, desde entonces, no le faltó eco a su voz. Hasta ganó

algo de dinero, si bien no pudo retirarse del oficio de chupatintas de oficina con el que había estabilizado su situación económica y llevaba años ganándose el jornal. En el fondo y en la forma, seguía siendo un don nadie con ínfulas. Era consciente de que su deseo de perdurar, de dejar huella en la cultura y en la memoria de los hombres era tan ingenuo como absurdo. Nadie se acordaría de él ni de su obra, que quedaría como nota marginal en cualquier tratado literario especializado. Pero, como soñar sale gratis y da ánimos al soñador para seguir peleando con la cruda y deprimente realidad, Artemio se mantuvo firme en su escritura y fiel en sus descabellados deseos. ¿O no tan descabellados?

Cuando llegó a sus oídos la noticia de que algunos académicos propusieron que le concedieran un sillón que no llegó, apenas lo podía creer. Menos aún cuando supo que su inicial valedor no formaba parte de aquel selecto grupo. Parecía que, al menos esos pocos, lo respetaban lo bastante como para desearlo incluir en su ilustre club.

Y aún más. Alguien, que no alcanzó a poder identificar aunque coligió que era extranjero, lo propuso ante el comité de los premios Nobel que, con o sin merecimiento, se hizo eco, al parecer, de la propuesta y lo consideró digno, al menos, de ser tenido en cuenta aunque quedara huérfano del premio para aquella ocasión. Sus obras no habían sido traducidas, por el momento, a otras lenguas y, sin embargo, alguien las había leído y publicitado, con respeto y atención suficientes como para pensarlo un grande, un digno candidato a llevarse el premio literario más importante, el que se instauró para premiar carreras literarias capaces de cambiar las sociedades humanas a través de la fuerza del pensamiento. Todo un orgullo, al tiempo que una desazón: la de entender que, pese a los halagos, nunca pasaría de ser un autor de segunda o tercera fila al que solo se leía en conciliábulos tan selectos como ajenos al gran público, el dinero y la fama. Invisible autor de culto, sin dinero, premios, honores ni trascendencia.

Hasta que escribió su obra más trivial. La más simple y accesible: «Patriota», tan alejada de los nacionalismos como directa al corazón. Un relato histórico local ambientado en las guerras carlistas del siglo XIX con el que, apenas sin pretenderlo, triunfó entre el gran público para saltar a la fama y al estrellato más importante para el humilde: el económico, el de la seguridad y la tranquilidad. Y no se negó a escribir las sucesivas continuaciones con las que, amén del éxito y ventas decrecientes, logró incrementar su patrimonio aunque solo satisfacer su ego hasta cierto punto, con cuota también menguante de libro en libro.

Ahora que era un escritor célebre, que había atravesado la barrera de lo académico a lo popular, con dinero y sin particular menoscabo de su buen nombre literario por el camino, se sentía igualmente insatisfecho. Los años no perdonaban y percibía que su éxito iba a ser efímero e intrascendente, que se lo olvidaría de inmediato a su muerte pues no había recibido aún el galardón que grabara su nombre en el mármol de la historia. Aunque solo los más allegados conocían su inquietud, el peso de la inevitable sensación de intrascendencia. Igual que no alardeó de sus éxitos, tampoco ahora aireaba su frustración ni sus pequeños traumas. Por más que se consumiera mientras pensaba y se mortificaba con ellos.

Le llegaban rumores. Había sido postulado para varios premios, nacionales de cierto renombre y un par de premios internacionales. De ellos solo se materializaron dos que no pasaban de consolación, ambos a nivel local. Uno de ellos era más bien un homenaje del ayuntamiento de su pueblo, que lo convertía en profeta de su patria chica. Recibirlos, dijo en público, era un honor. En privado, sin embargo, casi se avergonzaba de ellos, pues le parecían más mancha que galardón.

Un Premio Nacional de Literatura, el Cervantes o, mejor aún, el universal Nobel, parecían ser las únicas medallas que deseaba ver colgadas de su cuello. Pero semejantes preseas no parecían estar destinadas a él. Pese a que le siguió sonriendo el éxito, no se sentía contento. Le encargaron continuaciones sucesivas de sus libros más vendidos. Le ofrecieron participar en un par de premios de cierto renombre y mayor valor económico, asegurándole que el galardón sería suyo. Pero no deseaba regalos ni limosnas. Cualquiera comprendería que se trataba de un falso premio, una componenda entre editor y autor para aumentar las ventas. Y a él no le bastaba con cuadrar cuentas. Necesitaba alcanzar su porción de eternidad a través de la auténtica gloria literaria, creía necesitarla al menos, sentirse artista tocado por las musas y reconocido por sus semejantes, no solo el gran público.

Pero los años pasaban y él, que no era joven, sentía que envejecía y sus sueños se marchitaban, igual que comenzaba a hacerlo su efímero éxito otoñal. Sin obras nuevas de relumbrón, sin la lisonja de las masas y los editores, se veía a sí mismo como sombra incipiente, como fantasma de lo que fue y, peor aún, de quien deseó ser. Aunque, realmente, no sabía quién deseaba ser sino tan solo qué o cómo: escritor respetado y ensalzado por crítica y público, objeto de estudio en las facultades y permanente nota biográfica en las enciclopedias, las extintas impresas y las perennes y etéreas virtuales.

—Esta vez sí —le anunció un académico amigo.

Iban a otorgarle un sillón. Iban a poner su nombre con letras doradas en el salón de la fama de los escritores patrios.

Pero tomó su asiento y poco o nada cambió, convertida su ansia de respeto en actividad cuasifuncionarial entre otros filólogos y literatos.

—Esta vez sí —le aseguraba, unos años más tarde, un alto cargo ministerial.

Y el premio, efectivamente, fue suyo: todo un Cervantes que le supo a gloria pero no calmó sus ansias de notoriedad. Un premio que, además, despertó otra duda que, como un gusano, terminaría apoderándose por completo de su alma, convirtiendo en mortificación cualquier placer que pudiera obtener de la escritura.

Artemio Bragado, al recibir aquel premio, se detuvo un instante en mitad del discurso, paralizado por un pensamiento desagradable: acaso el premio era más a su longevidad que a su obra. Cierto que para hacerse merecedor de uno de los grandes premios literarios hay que ser un veterano de la escritura, con una sólida carrera y un cierto bagaje de títulos representativos y no menores. Pero no era menos cierto que el premio llegaba siempre cuando uno era bastante mayor, como dando a entender que su carrera y su obra ya estaban concluidas y, por eso mismo, se podía recapitular y premiar por ella al autor. Además de que el premiado no lo era tanto por un texto magnífico sino por haber sobrevivido lo suficiente como para recibir el honor, mientras que los que murieron jóvenes o en plena madurez jamás recibieron el galardón aunque su obra fuera mejor que la de cualquier anciano contemporáneo.

«Te han otorgado esta distinción por decrépito», le susurró una voz maliciosa desde dentro del cerebro y ya no se la pudo sacar de ahí, por más que procuró apartarla a un lado para no amargarse la velada de la entrega y las sucesivas que pasó en la opresora soledad de su casa, vacía de más compañía que los volúmenes muertos, los escritos por él y por otros autores vivos contemporáneos o los abundantes cadáveres que lo precedieron en la historia de la literatura.

Pese a todo, sus ansias de reconocimiento, quizá también de cierta trascendencia o su absurda percepción de tal concepto, no se vieron saciadas. El premio más importante de las letras en su idioma materno no le parecía demasiado grande, como si fuera un trofeo menor en una competición. Deseaba el Nobel, lo necesitaba. Solo que ese premio era esquivo. Tal galardón, con su eterna e infinita parafernalia y la burocracia que lo rodeaba, parecía rehuirlo, burlarse de él. Los años pasaban y, por más que su nombre aparecía en todos los mentideros, sembrando cada rumor, llegó el día en el que Artemio se

ofendía cada vez que se le mencionaba la posibilidad de que fuera el galardonado de la siguiente edición. Tomaba como burla o insulto cada comentario al respecto, que consideraba vano y sin fundamento. Tal vez por eso, cuando por fin recibió la llamada de Estocolmo, escuchó perplejo la noticia que ya no esperaba.

Su primer pensamiento no fue de orgullo o alegría sino la idea sombría de que ya lo consideraban lo bastante viejo como para hacerle entrega del premio, como si se tratara de su última oportunidad, como un favor a un moribundo del que ya se habían reído lo suficiente.

Tanto tiempo deseando el oropel y ahora le sabía a ceniza. Decía ansiar el reconocimiento, alcanzar un absurdo ideal de trascendencia, ascender al supuesto parnaso de las letras. Quizá, simplemente, pensaba desear la fama y la admiración de los demás suponiendo, tal vez, que así podría sentirse más vivo, o más real, él que pergeñaba ficciones. Y, sin embargo, nada más conocer la noticia, en su mente se representó una única frase de tintes bíblicos: «polvo eres». Tan solo una confirmación de lo que siempre había sabido. ¿Por qué, entonces, aquella reacción tan fuera de lugar? Tal vez era uno de esos tipos insatisfechos que se regodean en su desgracia, que la buscan sin saberlo, que la anhelan y alimentan día tras día, quitando brillo a todo lo que podría alegrarles la existencia. Tal vez era la queja constante la que animaba sus días. Podía ser, pero no le importaba demasiado. No tanto como la sensación de asfixia, de arena ardiente en la garganta. De futilidad, intrascendencia y fracaso. Mayor que nunca ahora que lo iban a agasajar, cuando lo premiaban con honores, medalla y el dinero que conllevaba, tanto en metálico como en la forma de ventas de sus obras multiplicadas y traducidas a cien idiomas. Ahora todo aquello le daba igual. Comprendía que aquel breve fulgor artificial era tan solo la antesala de la muerte y el olvido. Como un epitafio en una tumba, constituía solo el signo inequívoco de su ingreso inminente y definitivo en el cementerio.

Era su carácter. No sabía valorar lo que tenía y ponía el acento en lo que le faltaba y en lo que podía perder y le sería arrebatado sin remisión. Pero, con todo, le tocó hacer de tripas corazón, preparar su discurso de agradecimiento ante la academia, emperejilarse para la ocasión y colocar, como parte del atuendo y el maquillaje, una sonrisa artificial y permanente en su rostro mientras la ceremonia, no tenía claro si celebración o ritual de sacrificio, se celebraba a su alrededor, casi como acto ajeno a su propia persona que, siendo protagonista, se sentía espectador y víctima a un tiempo de la hecatombe.

Por desgracia para él, o por suerte, según se mire, las ventas crecieron al ritmo imparable de su fama, el dinero le llovió a raudales, igual que los sucesivos honores y reconocimientos. Aunque los años que dispuso para disfrutar de todo, que se extendieron en el tiempo bastante más de lo que intuía, los dedicó a lamentarse de su perra suerte y el cruel olvido que lo amenazaba y lo mordería tras la muerte, mortificándose según su asentada costumbre y siguiendo los dictados de su insatisfecho corazón.

Juan Luis Monedero Rodrigo

RELATO FICTICIO HOY. MAÑANA YA VEREMOS.

En una localidad de Suiza, se reúne una vez al año lo más selecto de las élites políticas y económicas de la humanidad. No existe entre ellos ni el racismo ni el clasismo, pero lo único que los une es su deseo de seguir siendo los poderosos que dirigen el destino de la humanidad.

En las salas de reuniones del precioso y caro hotel que los acoge, manifiestan su pretensión de controlar e impedir el desastre climático, causado por la acumulación de gases de efecto invernadero. Producido durante la industrialización y la fabricación de bienes de consumo para los países occidentales.

Hace años decidieron controlar el cambio climático y acordaron las medidas necesarias para evitarlo. Medidas que naturalmente no afectaran, en lo más mínimo, su estilo de vida.

Tales medidas no era posible implementarlas por la oposición de la clase media, de los países democráticos del llamado primer mundo. No aceptarían sacrificar parte de su bienestar para salvar el planeta. La argumentación científica, sin los desastres climáticos que lo acompañen, no convencería a la clase media (dentro de la clase media, incluyo al funcionario de bajo nivel y a los dueños de pequeñas y medianas empresas), de pedir y aceptar voluntariamente una reducción en la emisión de gases de efecto invernadero.

En la reunión del presente año, se observan discusiones acaloradas en los pasillos del hotel. No discuten por repartirse el poder, eso ya lo hicieron hace muchos años sus mayores y el statu quo se mantiene por el buen resultado que les proporciona. Se discute si es el momento oportuno de imponer restricciones o retrasar su aplicación unos años más.

Los chinos son los que más se oponen a una restricción inmediata de la emisión de gases, argumentan que su desarrollo industrial ha sido muy tardío y necesitan más tiempo para desarrollar su industria a nivel occidental.

En su enfrentamiento a occidente durante el siglo XIX, aprendieron a no fiarse de sus vecinos. Tuvieron que aceptar la venta de opio de Gran Bretaña a sus ciudadanos al no poder enfrentarse a la industria militar británica. El mismo error, no están dispuestos a repetirlo. Necesitan aumentar su industria civil y militar.

Los americanos solicitan un plazo corto, pero no inmediato en las restricciones. Necesitan que sus ciudadanos padezcan más desastres climáticos que les obliguen a aceptar, sin problemas, los recortes necesarios en su nivel de vida. Los europeos son los más proclives a implementar inmediatamente las medidas necesarias que limiten el calentamiento de la tierra. Su historia reciente, con dos guerras mundiales a sus espaldas, les enseñó las consecuencias de la estupidez humana y están más predispuestos que otros ciudadanos para los cambios.

Los experimentos sociales realizados en Europa, parecen indicar una aceptación de restricciones en el nivel de vida. Fue un éxito social el trabajo voluntario y gratuito de separación de materias primas, que beneficiaban a empresas privadas, sin contrapartida a los voluntarios, la agresiva publicidad continuada, incentivó la colaboración ciudadana. Conjuntamente con el cobro de las bolsas en supermercados, sin repercusión en los consumidores, demostraron que sus ciudadanos ya estaban preparados para un recorte más intenso de sus costumbres consumistas.

El siguiente paso parecía lógico y natural, las restricciones en el consumo dependiendo del poder adquisitivo de los individuos. Objetivo real de todo el experimento social.

Comenzó con una elevación progresiva de los precios de la energía. La discusión en los medios de comunicación fue intensa, acalorada y banal. Pero la campaña publicitaria del calentamiento planetario, sin aclarar de quien era la responsabilidad, funcionó estupendamente. Los ciudadanos con menores ingresos, tuvieron que reducir drásticamente su consumo. Tanto de energía como de bienes de consumo y servicios. Se realizaron manifestaciones de protesta que fueron duramente reprimidas, no contando con el apoyo mayoritario de la sociedad, las protestas duraron poco.

El mantra del calentamiento global, justificaba las actuaciones del estado para seguir con medidas restrictivas sin tener que aclarar quienes eran los responsables reales de las emisiones. La población estaba preparada para los

recortes futuros. Con prácticamente todo el planeta sometido a una economía de libre mercado, será sencillo imponer el recorte de las emisiones. Conforme se eleva el precio de la energía, se reduce el número de usuarios que puedan pagar por emitir gases contaminantes.

Para mitad del siglo XXI, esperan alcanzar la neutralidad en la emisión de CO_2. Los científicos climáticos, generosamente pagados, así lo aseguran. Los expertos sociales les avisan de los cambios que se pueden producir en los países democráticos.

Una reducción drástica en el nivel de vida de la mayoría de sus ciudadanos, puede poner en la dirección de los estados democráticos, a partidos políticos que no defiendan sus privilegios.

La recomendación de los sociólogos es potenciar a partidos populistas de tendencia sectaria, que alcancen el poder para seguir con el sistema legal actual. Aviso innecesario, ya lo hicieron en los años 20 del siglo pasado. Gracias a su generosa inyección económica, partidos antidemocráticos alcanzaron el poder en diversos países europeos y en otros lograron mucho poder.

Mientras tanto, sus proyectos de inversión en turismo espacial, empiezan a dar sus frutos. Con una pequeña pero muy selecta clientela, esperan multiplicar su inversión. Sin preocuparles lo mas mínimo los cientos de toneladas de CO_2 que se emiten con cada despegue.

Patxi López González

CONFERENCIAS

La llamaba y se preocupaba.

Después aún se preocupó más. Cuando ya no había nadie de quien, en rigor, ocuparse.

No podía evitar la tristeza. Tampoco el escalofrío, de extrañeza y, por qué no confesarlo, también de terror. Cómo si tuviera algún sentido sentir miedo de una persona que le fue tan querida. Aunque no era de ella, sino de las circunstancias, del hecho en sí que tan distinto percibía cuando comprendió, cuando supo cómo se produjo… O más bien se dio cuenta de su completa ignorancia al respecto y por ello sintió el vértigo de lo desconocido y se asustó.

La distancia, si es física, nunca es insalvable. Pero sí se hace dura, difícil de superar, más aún de asumir. Siempre es posible ignorarla y forzar alguna

clase de encuentro. O ignorar que aún existe, más allá de nuestros deseos de contactar, la persona separada por el espacio, conmensurable o no.

Efraím había marchado fuera años atrás. Huyendo de la miseria tanto como de la falta de esperanzas o alicientes, más en lo personal que en lo meramente material. Dejó atrás dos hermanas, varios primos y primas, al tío Eusebio, personas a las que aún consideraba amigos pero de quienes no le costó tanto como imaginaba separarse y no volver a saber. Pero, ante todo, dejó atrás a su madre. Tan desvalida, tan frágil, que tanto hizo por él cuando ambos eran personas distintas y el desvalido o confuso era él, un Efraím más joven y, quizá, mucha más estúpido. Y con ella no podía ni quería romper. No estaba dispuesto a asumir que el abismo de la distancia los lograra separar. No se trataba de agradecimiento ni de obligación. Quería a su madre con locura y, consciente de la necesidad de partir, se le rompió el corazón al asumir que ella quedaba al otro lado del charco sin posibilidad de llevarla más tarde junto a él. Iba a rehacer su vida y ganarse el jornal pero, por el momento, se le rompía el corazón al dejarla atrás.

Casi desde el primer día la envió dinero e inició un interminable ritual de llamadas diarias, que lo tranquilizaban respecto de la salud materna y aliviaban su propia desazón. Intercambiaban lugares comunes o frases de compromiso, se preguntaban banalidades, alargando el tiempo de la inexistente conversación para tranquilizarse ambos por el simple sonido cercano de la voz lejana. Otras veces sucedía al contrario y se encontraban hablando sin parar, con mil cosas que contarse o una sola ocasión que rememorar y escaso tiempo que compartir, por obligaciones de cada uno o imposibilidad de compatibilizar horarios más allá de un estrecho límite.

—¿Cómo estás, viejita? —preguntaba y saludaba Efraím, con tanto cariño en la voz que desdecía cualquier apariencia de ofensa.

—¿Qué tal comes, mijo? —intercalaba casi siempre la madre, antes o después, en mitad de la conversación.

Y, en ocasiones, los ojos se humedecían. O ambos compartían risotadas en lugar de lágrimas, según el caso, pese a los problemas de audición de doña Elvira, la madre, su ancla con el pasado y todas las emociones y recuerdos contenidos en él, de los que era más difícil alejarse que del propio espacio en el que transcurrieron.

—Pronto podré ir a visitarse —anunciaba una y otra vez, con más convicción que certeza, el bueno de Efraím, aunque la madre, después de los primeros meses de ausencia filial, dejó de creerlo, por más que no dudase de la sinceridad de su propósito.

Efraím no era bueno escribiendo. Tampoco tenía paciencia para ponerse a redactarle cartas a su madre ni menos aún para aguardar durante días una respuesta que, por añadidura, debería leer trabajosamente. Pero, ¿quién desearía ponerse a escribir una carta y aguardar su llegada para mantener la comunicación con un ser querido lejano si podía hablar en directo y sin dificultad con esa misma persona? Efraím prefería, sin duda, la inmediatez de la conferencia. Por más que le costase un buen dinero al principio aunque luego, entre las tarifas planas del teléfono y las aún más asequibles conversaciones por esa Internet que ni él ni su madre conocían antes, el coste se redujera por debajo de lo que le habría costado remitir una carta y mucho menos de lo que tenía que pagar por cada envío de dinero.

La mayoría de conversaciones eran breves y triviales. Un sencillo intercambio de saludos, preguntarse, respectivamente, por su estado, lo cual, pese a todo, tranquilizaba sobremanera a Efraím al comprobar que su madre estaba bien, por más que se quejase de achaques, soledad o sinsabores, propios o compartidos, cuando no de vecinos o relaciones. La madre, sin duda, agradecía las llamadas y también respiraba aliviada cada vez que sonaba el teléfono y su hijo le decía que se encontraba en buenas condiciones. Pero otras veces la conversación era distinta. Bien porque había noticias o encuentros que comentar. O bien —y esta opción solía ser la que más frecuentemente se materializaba— porque a ambos los asaltaba la nostalgia y, por una u otra razón, a partir de un comentario o recuerdo compartido, se lanzaban a contarse, repetirse y reinterpretar las memorias comunes, de juventud e infancia respectivas, que la memoria siempre adornaba, dando lustre y brillo incluso a lo más intrascendente, hasta a la miseria común y a algunas tristezas.

—Estoy ganando mucha plata acá, madre.

Bien lo sabía la mujer que, con las remesas enviadas por el hijo, podía costearse caprichos insospechados y, lo que era tanto o más importante, presumir ante vecinas envidiosas o sacar pecho frente a la familia, mostrando orgullo por el hijo tan bien criado y trabajador, aunque fuera en tierra extraña.

—Pronto podré tomarme unas vacaciones y costearme el viaje para pasar unos días por allá.

Y esta frase, más cercana en el deseo que en el tiempo, les permitía soñar a ambos y alegraba cada día de separación y pena.

Los meses se desgranaban melancólicos en la distancia. Luego se convirtieron en años. Más tristes para la madre que para él, demasiado ocupado siempre para acordarse salvo al llamar, cuando era consciente de la

prolongada ausencia del que aún consideraba su hogar, pleno de añoranza. Las llamadas que marcaban la distancia, también favorecían la sensación de presencia y proximidad. Las historias intercambiadas cada vez sonaban más alejadas de la propia experiencia, incluyendo lugares o personas que el otro no conocía o apenas recordaba. Pero, al mismo tiempo, permitían el acercamiento de los corazones, la sensación de compartir vida, aunque solo se tratara de recuerdos incompletos y alterados por la imaginación y la memoria.

—Vieja —anunció un día Efraím, deseando escucharse para terminarlo de creer—, esta vez sí que me vas a ver. Tomo vacaciones y voy a volver de visita.

No le dijo que, por una vez, el trabajo era más estable y la paga más elevada. Que, por una vez, la plata le alcanzaba y tenía derecho a su periodo completo de vacaciones. Sí le repitió cuánto la echaba de menos. También a los demás: hermanos, primos, tíos, sobrinos. Pero a ella sobre todo, imposible sustituirla en el corazón.

—No vengas, hijo. No hace falta y no quiero que desperdicies tiempo y dinero en el viaje para ver a una vieja.

Esta vez, Efraím no necesitaba excusas para justificar su ausencia. Podía, sentía que debía y, lo más importante de todo, deseaba regresar y disfrutar la visita y los reencuentros, más que ninguno el de la madre, que protestaba, Efraím no sabía si por oficio o convicción, contra ese momentáneo retorno que suponía un derroche de dinero y, quizá, un anuncio de la tristeza posterior, cuando se marchara de nuevo. Pero no era cuestión de privarse ni privarla a ella del reencuentro por saber que más pronto que tarde se separarían. Luego regresarían a las llamadas, quizá con imagen si Efraím podía realizar su proyecto de cambiarle el celular y el contrato para poder hacer, y enseñarle a hacerlas, llamadas con imagen, con palabras y rostro al tiempo que incrementarían la impresión de proximidad, por más que desnudaran los estragos del tiempo.

—Nos veremos, madre. ¡Y no hay más que hablar! —sentenció Efraím, algo extrañado ya de las reticencias exageradas de su mamá ante el anunciado reencuentro. ¿Acaso había algún problema en la familia que deseaba ocultarle? ¿Alguna ofensa o enfermedad? ¿Un peligro que podía acecharle, renacido de alguna faceta olvidada de su pasado? Quizá, pero se enteraría cuando regresara a casa, estando junto a ella y no durante el intercambio de sonidos digitales a través de aquellas ondas que viajaban al espacio y cruzaban mares para tratar de unir personas sin lograrlo del todo.

La madre calló. Aceptó o se resignó. Pero no parecía ilusionada en absoluto. Aún protestó una vez más, de forma extraña:

—¡Ay, mijo! No sabes lo que estás haciendo.

El tono apenado, casi suplicante, no ocultaba del todo la clara nota de amenaza que le recordaba las advertencias del señor párroco allá en el pueblo cuando amonestaba a todos por igual, justos o pecadores, convencido de que los primeros no frecuentaban su iglesia.

Pero las protestas de su señora madre no iban a alterar la decisión de Efraím de llevar a efecto aquel viaje tanto tiempo demorado. Una madre lo es para siempre y su viejita nunca iba a dejar de mirar por los cachorros, su bienestar, su dinero, su tiempo. Quizá le sorprendía un tanto la vehemencia de su oposición al momentáneo retorno pero, cuando uno quiere a otra persona, y a las madres se las quiere con todo el corazón o, al menos, así lo sentía el bueno de Efraím, siempre está dispuesto a justificar y hallar razones a cualquier gesto o acción. Quizá la madre anticipaba ya la pena de la futura, inminente separación, quizá definitiva esta vez, por el mero cómputo de los años que podían restarle por vivir. O tal vez la avergonzaba que el hijo la viera tan estropeada. O quizá, por qué no, la hormiguita ahorradora que siempre logró conseguir un mendrugo más de pan con el que pelearle a la miseria, anteponía de veras las economías a las emociones, temerosa de que el hijo dilapidase la poca o mucha fortuna que había logrado juntar a costa de poner distancia y separación entre ambos. Efraím colgó sin más. Satisfecho y más firme aún, si cabe, en su decisión. Ilusionado como un chiquillo ante la perspectiva de retornar, no de volver meramente a los lugares que fueron su casa, sino de hallar acomodo y refugio en el verdadero hogar, las faldas y las ahora maltrechas rodillas de su añorada madre.

Los preparativos fueron, sin duda, mucho más emocionantes que el viaje en sí. Le parecía importante cada detalle. Pensaba en los regalos para los hermanos y primos, para los pocos sobrinos que conocía y hasta para algún amigo que otro. Pero, ante todo, pensaba en su viejita y en qué podía llevarla que la alegrase y le sirviera de ayuda, no solo como recuerdo de su visita, que también, sino para que alguna faceta de su existencia mejorara con el obsequio, por pequeños que ambos fueran, el presente y la utilidad. El viaje, largo, monótono y aburrido, incómodo por añadidura, con las estrecheces y la inmovilidad, enfrió un poco sus ilusiones, aunque fuera de manera coyuntural. El leve desánimo del momento sembró, por un breve instante, la duda en su mente: ¿y si ya nada era como lo recordaba? ¿Y si la realidad, sobrepuesta a la idealización, lo defraudaba? Poco importaba. El viaje sería satisfactorio, tanto como necesario, puesto que vería a su anciana madre. Eso valía más que todo, más que el dinero que con tanto esfuerzo la mandaba mes tras mes, antes

directamente y ahora a través de su hermana, la mayor, que todavía andaba por allí y se suponía que la cuidaba. Aunque Efraím apenas hablaba con ella ni se llevaban bien, confiaba lo suficiente en Consolación como para enviarle el dinero y estar seguro de que llegaría a manos de la vieja, lo usara ella para sí o lo repartiera entre todos, con una especial generosidad hacia la hija.

No lo sorprendió no encontrar a la madre en el aeropuerto. Ni a nadie más. De la visita solo sabía la madre. Al menos directamente, vaya usted a saber si la mujer lo habría anunciado a los cuatro vientos. Pero la vieja nada sabía de la fecha o el vuelo en que llegaría. Ni ella iba a aguardarlo día tras día ni un familiar o conocido, salvo por pura casualidad y con diferente objetivo, iba a acudir ese día y a esa precisa hora al aeropuerto para tropezarse con el hijo pródigo. Y, sin embargo, el aroma que invadió su nariz, el contacto con el suelo al que acompañó un mágico hormigueo, imaginario o real, llenaron su corazón con renovada emoción. Ya estaba en casa, en la antesala, cuando menos, del verdadero hogar. Un par de horas lo separaban del reencuentro con su viejita y, anticipándolo, notaba que empezaba a sentirse nervioso y contento a un tiempo.

Pisar de nuevo el terreno del país era una experiencia extraña. No le salía llamar patria a aquel suelo. Para él significaba volver a lo conocido, a lo cómodo del hogar. Ahora no pensaba en las estrecheces padecidas en otro tiempo, las que lo obligaron a marchar, por más que él escogiera un destino mucho más alejado que lo meramente imprescindible. Podría haberse quedado en casa, en la capital. Trabajar y ganar un magro sueldo, suficiente para comer. Y quedarse así al lado de la vieja. Pero no quiso penurias en compañía y prefirió cruzar el cielo y el mar, poner este último por medio y asentarse en otro país, otro continente con cultura y modos de vida distintos, ajenos y raros al comienzo, aunque ahora se habían convertido en los suyos por adopción y hábito, volviendo menos familiares las costumbres que ahora se disponía a revivir y, quizá, recuperar. Una experiencia extraña que, a un tiempo, lo llenaba de paz y de inquietud. Lo había hecho. Regresaba razonablemente enriquecido y, si lo deseaba o algún malintencionado lo provocaba al respecto, podía alardear de su éxito y su dinero. Pero no pensaba en eso. Las punzadas de inquietud, que también las había, se debían al reencuentro anticipado. No lo aguardaban ni la vieja ni ningún conocido en el aeropuerto. Tampoco lo esperaba aunque daba por seguro que su madre, la única persona sobre aviso de su llegada, habría contado a todos que el hijo volvía de visita, gritándolo a los cuatro vientos, quizá con tanto orgullo como verdadera emoción. Pero, como

fuera, los suyos habían sido lo bastante discretos como para no darse por aludidos y respetar su deseo de sorpresa, aunque fuera fingida y asumida.

Tras el trámite de la aduana, salió a la calle, a respirar el ambiente y el bullicio tan familiar y, a la vez, olvidado, abandonado en un lugar recóndito de la memoria durante los últimos años. Tomó un taxi y le dio la dirección al chófer. No deseaba hablar, aunque sabía que el paisano que conducía aquel destartalado vehículo no lo dejaría viajar en silencio. No se equivocaba. El hombrecillo lo martirizó durante un buen rato con su cháchara en la que alternaba las preguntas acerca de la identidad y situación del viajero con la enumeración de los últimos y no tan recientes chismes de la capital en particular y el país en general, dando por supuesto que el emigrado no estaría al tanto de la mayor parte de las noticias que le proporcionaba.

Quizá más que el monólogo hueco del taxista, a Efraím lo irritaba su propia impaciencia. Ardía en deseos de llegar a casa, de abrazar a su viejita y concluir aquel interminable peregrinar con el cumplimiento de sus planes y deseos. Las cartas, con su inevitable y enervante espera, eran aún peores que el teléfono, o que esas videoconferencias o cómo quiera que se llamasen ahora, que muchos hacían con los celulares o la computadora. Tampoco terminarían de llenar ni aunque fueran con imagen tridimensional y uno se viera a sí mismo de vuelta a casa. Nada como la presencia real, la proximidad de su madre, con su tacto áspero y su olor tan característico, que quizá encontrara aún más acentuado con la edad. Nada como sonreírse, compartir el brillo de las miradas y fundirse, arroparse con un abrazo, mientras compartían las lágrimas que ninguno iba a ser capaz de contener, si acaso sí la doña, su mamacita Elvira, que lo regañaría, ya fuera por su aspecto, por la vestimenta o por no verlo tan gordo o delgado como ella imaginara. Efraím casi añoraba también las regañinas, siempre que no las acompañaran pescozón o tirón de orejas, claro está. Efraím podía verse a sí mismo reconvertido en chiquillo, con treinta años menos, luciendo una costra en el codo, las rodillas sucias y quizá un ojo a la funerala tras pegarse con un vecino. Podía ver, como si fuera hoy mismo, a su madre reconviniéndolo mientras le lavaba la herida con todo el cariño de que solo ella era capaz.

—Hemos llegado, señor —lo avisó el taxista, con un tono que Efraím sintió desabrido, como si el tipo estuviera molesto con él al darse cuenta de que no prestaba a sus palabras la atención que deseaba y pensaba que merecían.

El bloque de apartamentos seguía igual que siempre. Tan viejo y desconchado como lo recordaba. Imposible culpar al paso del tiempo de un

deterioro que le era propio y consustancial desde tiempo inmemorial, como si aquel edificio destartalado hubiera sido así desde el día de su construcción.

Pasó dentro, subió los dos pisos que lo separaban de casa, el espacio mínimo que siempre fue el hogar común, único merecedor de ese nombre, antes y después de marcharse, y se plantó ante la puerta. Esta sí le resultó extraña. No por cambiada o renovada, sino por el abandono que intuyó. Vieja o humilde, su madre siempre la había mantenido limpia y reluciente, tan desgastada como impoluta. Lo justificó por la edad, con una punzada de culpa. La dueña del inmueble ya no sería capaz de mantener la actividad de otro tiempo y eso incluiría, sin duda, el cuidado de la casa. ¿Cómo estaría por dentro? Lo mejor sería llamar y entrar. Ver a la vieja y recuperar el hogar, el tiempo, el cariño.

Efraím pulsó el timbre, con delicadeza, casi con vergüenza por incomodar la tranquilidad del lugar. Espero, pero nadie acudió ni se escucharon los pasos de doña Elvira. Llamó de nuevo al timbre, ahora con insistencia. Pero nada sucedió. ¿Habría salido la vieja a algún recado? Era posible. Le había anunciado su viaje, pero sin dar fecha siquiera, como para saber a qué hora de qué día iba a presentarse el hijo para aguardarlo. Con todo, antes de resignarse a la espera y mientras lo invadía cierta decepción, aporreó la puerta con la mano, esta vez con violencia, haciendo temblar el tabique y volviendo imposible que la viejita no se enterase si se hallaba dentro. Uno, dos minutos de silencio. Nada. Suspiró en alta voz y se disponía a volverse, a salir del edificio y ponerse a caminar, a buscarla quizá, sin saber por dónde, cuando un hombre robusto, ya entrado en años, se plantó ante él, erguido y ceñudo, lo miró de arriba abajo con gesto de amenaza y lo increpó:

—¿Dónde va usted, si puede saberse?

La pregunta sonaba más a acusación que a curiosidad o deseo de información. Efraím se lo quedó mirando, dubitativo, hasta que lo reconoció:

—¡Ferreras!, ¿cómo está? ¿De veras no sabe quién soy?

Aquel tipo, ya casi un anciano, conservaba buena parte de la musculatura que lo caracterizó de joven y aún no hacía tantos años cuando Efraím se fue. Era el vecino de abajo, el fortachón Ferreras, Obdulio Ferrerás el transportista, el mismo viejo que ahora lo miraba confuso.

—Soy Efraím, el hijo de Elvira. ¿No sabrá usted por dónde anda?

El tipo, cuyo gesto se había dulcificado por un instante, quizá mientras trataba de identificar al extraño, ahora bufó mientras le dirigía una mirada asesina:

—¿Es que no tiene usted vergüenza? Vamos, márchese de aquí antes de que avise a su hija.

—Efraím… —repitió el portador del nombre, tratando de hacer entrar en razón a Ferreras.

—¡Fuera de aquí, le digo!

La amenaza no movió a Efraím del sitio, pero sí que atrajo a otros vecinos al lugar. Entre cuchicheos, el visitante sospechó que no lo reconocían, que dudaban realmente de que fuera quien afirmaba ser. ¿Tanto había cambiado? ¿O eran sus ropas?

En ese momento apareció Milenita, su hermana. Hacía mucho que no se hablaban y, de hecho, nunca se llevaron demasiado bien. Ella era la menor de los hermanos y siempre sospechó, con razón, que Efraím era el ojo derecho de la madre. Ahora, sin embargo, se alegró mucho de verla. No solo por poder aclarar la situación sino porque el reconocimiento le trajo a la memoria, de repente, una infinidad de recuerdos de su infancia compartida. Milena, de hecho, estaba muy guapa. Hecha una mujerona, algo gruesa, como la madre, pero bien hermosa y toda carácter. Un carácter que traslucía, de hecho, en el rostro que le dirigía en este momento. Al contrario de lo que Efraím pudiera o quisiera imaginar, ella no se alegraba de verlo, sino que le dirigía la misma mirada ceñuda e irritada de los demás.

—¿Ahora viniste? ¡Vergüenza debería darte! —le gritó, con voz más ronca y vibrante de la que Efraím recordaba.

El hermano sospechó que algo había sucedido. Que la reconvención no era por la larga ausencia y los interminables silencios sino por su llegada en ese preciso instante.

—¿Está bien la vieja? —preguntó con voz temblorosa, ignorando ceños y enfados.

Ella, en lugar de responder, se puso tensa, bufó, o eso le pareció al hermano, e, incapaz de retener las lágrimas que se acumulaban en sus ojos, que eran más de enfado que de pena, le dio un sonoro bofetón en la mejilla.

—¡Maldito, maldito seas! ¿Cómo te atreves?

—Le… ¿le ha pasado algo? —pronunció, ajeno al escozor en la cara y a la ira, incapaz de preguntar abiertamente si estaba ingresada en el hospital o, peor aún, si había fallecido mientras él iniciaba su viaje, cargado de ilusiones prontas a romperse.

—¡Muerta, está muerta, pedazo de mamarracho! Y si no fueras un animal, un fugitivo, lo habrías sabido hace medio año cuando le dio el ataque.

Ahora sí Milena perdió los papeles. Calló, se dejó caer al suelo, apoyándose en las posaderas y se puso a sollozar sin control, desmadejada. Efraím, por el contrario, se quedó paralizado. Incrédulo, horrorizado, incapaz de reaccionar.

—Pero eso no es posible. ¿Están todos locos? —dijo al fin— Yo hablé con la vieja hace dos noches y le dije que por fin volvía a casa a visitarla.

Ferreras lo observo con otro gesto, de duda y también el que se usa para los locos o los desesperados que, por circunstancias, acaban de perder el juicio superados por una situación.

Milenita alzó un grito desgarrador que lo obligó a callar. Sus ojos irritados le clavaron sus pupilas negras tan cargadas de odio como para taladrarle el alma. Lo miró como se observa a un monstruo mientras otros lo miraban como a un lunático. Y cara de loco debía de tener, porque no podía explicarse lo sucedido. Él decía la verdad, sabía la verdad. Y todos aquellos malvados se habían confabulado en su contra con una broma macabra que no se le gastaría ni al mayor enemigo o la peor persona del mundo.

—Basta ya de burlas, digo yo —protesto, realmente indignado—. No estoy para bromitas ni que se me tome el pelo sobre un asunto tan serio. Hablé con la vieja anteayer. Como lo he hecho cada día durante los últimos años.

Nada más decirlo, recordó que justo un año atrás las conversaciones se interrumpieron por dos jornadas. Él se preocupó, pero tenía tanto trabajo que aplazó una llamada al tío o a los hermanos para informarse justo hasta la tercera jornada, en que pudo conectar de nuevo con la madre.

—Estuve enferma, mijo —le dijo entonces la vieja—, pero tú no te preocupes que ya estoy bien.

Y, desde entonces, cada día se repitió la misma rutina. Efraím llamaba por la noche con su celular y ella hablaba desde su sobremesa.

Milenita se levantó, compartió una vez más su odio con él y se marchó caminando rápido.

—Aguarda ahí, imbécil —le gritó de espaldas, según se alejaba.

Y Efraím, ¡qué otra cosa iba a hacer!, se quedó esperando, rodeado de los vecinos que lo tomaban por loco y no se dignaban dirigirle la palabra, pero sí compartir sus miradas apenadas o sus sonoras carcajadas, dedicadas con toda su mala intención.

Al poco, aunque pareció una eternidad y el mundo se hubiera detenido, Milenita regresó. Caminaba con paso firme mientras le dirigía su mirada acusadora, copiada de la mamá. En su mano agitaba un papel con aspecto de timbre oficial.

—Míralo, desgraciado, míralo bien. Pero rápido y sin manosearlo, que no quiero que lo estropees.

Efraím no se molestó en mantener su expresión de perplejidad ante su hermana, tampoco en replicarla. Tomó, algo temeroso, el documento y lo echó

un vistazo, con más extrañeza que curiosidad. Fue solo un instante. Fue una sola frase la que leyó. Pero todo cambió. Ya no pudo disimular gestos ni expresiones. Abrió ojos como platos y sintió que el suelo, tan firme como era, comenzaba a balancearse, solo que era él quien perdía el equilibrio. No se desmayó ni perdió el sentido pero, cuando se cayó de culo sobre el suelo, sintió como un horrible zumbido ensordecedor invadía su cerebro, incapaz, con todo, de dejar su mente en blanco. Aquel ruido monocorde y terrible lo libró de escuchar las bromas a su costa por parte de los allí reunidos. Ver sí podía ver, pero realmente no se enteraba de nada de lo que sucedía ante sus ojos.

«No puede ser», se repitió mil veces mentalmente aunque por lo menos en una de esas ocasiones, que no supo si fueron sucesivas o simultáneas en su cabeza, debió de pronunciar la frase en voz alta, porque su hermana se acercó y dijo algo, o se lo pareció, pero ni la oyó ni la entendió. Se obligó a tragar saliva, pensando que de su garganta solo podrían salir un gallo o un grito lamentable, pero no una voz articulada. Y con un esfuerzo supremo, más de voluntad, con un intento de autocontrol, que de dificultad física, consiguió hablar, al tiempo que el zumbido, como si hubiera sido un conjuro o fantasía, se atenuaba.

—¡No puede ser! —se escuchó gritar con voz lastimera, como si quien hablaba fuera otro— Anteayer mismo hablé con la vieja por teléfono.

Ella lo miró con odio y luego lo cambió por pena, casi preocupación.

—Estás mal de verdad —lo increpó—. No sabías que había muerto, ya veo. Pero no es cosa de bromear. O estás majareta del todo, que no sé que es peor.

Y Efraím, incapaz de contenerse pero consciente de que solo iba a empeorar las cosas, le explicó que él platicaba todos los días con la madre por celular. Que ella le contaba cosas de acá, que le hablaba de ella y de todos.

—Me dijo que te compraste unos zapatos con lo último que mandé.

—¡Pues claro, tarado! Pero eso fue el año pasado. Desde hace seis meses no tenemos madre ni hemos sabido de ti ni de tu plata.

Esta vez no era un zumbido sino un dolor de cabeza intenso, concentrado justo sobre el puente de la nariz, en mitad de los ojos, el que se comenzaba a extender desde allí por toda la cabeza.

—Tienes razón —añadió él, pesaroso y asustado—, me debo de estar volviendo loco. Pero te juro que he hablado con ella todos estos meses. Mira el teléfono si no me crees —le ofreció para que ella pudiera ver el historial de llamadas, aunque Milenita apartó la mano extendida y el caro terminal de un manotazo, sin contemplaciones.

—Deja, déjalo ya. Me dolió que no te acordaras de nosotros. Tampoco esperaba muchos cariños cuando aquí no nos soportábamos. Pero lo de la madre, eso.. Eso no tiene perdón de Dios. Eso no te lo voy a perdonar jamás. Seis meses sin dar señales de vida, sin preguntar, sin llamar para informarte, sin preocuparte. Allá feliz con tus cuartos y tu nueva vida. ¿Tan poco te importaba?

«Más de lo que te imaginas», estuvo a punto de replicar. «Era la razón para venir». Pero sabía que hablar era un error y la cabeza seguía martirizándolo mientras todo le daba vueltas, igual que sentía que la vida se le había puesto del revés, y que no entendía nada.

—No, no puedo —dijo en lugar de tratar de convertir en palabras sus pensamientos y sensaciones—. La cabeza me va a estallar.

Dicho lo cual, sin mirar alrededor, sin más justificación, empezó a caminar, trastabillando. Necesitaba alejarse, aislarse, pensar. Milenita no lo siguió. Ni los vecinos irritados o los bromistas. Paró un taxi y le pidió que lo llevara al centro, a una pensión cualquiera. Y entonces su mente se oscureció de repente, por tiempo indefinido, hasta que algo pareció despejarse, encenderse una mínima luz en el interior de su cabeza y abrió los ojos, los sentidos y la razón, o su sucedáneo, al mundo para darse cuenta de que se encontraba tumbado sobre un catre incómodo de una habitación oscura e impregnada de olores extraños, desagradables. No se preguntó ni preguntó en alta voz dónde estaba. El cuarto. La miserable pensión.

«Debo llamar de nuevo a la madre», se dijo, casi animado por la peregrina aunque necesaria idea y la correspondiente acción.

La breve, pequeña alegría fue tan efímera como lo que tardó en pulsar la tecla con la que se marcaba, directamente, el número de su madre. El mensaje, inmediato e inesperado, que le devolvió la compañía telefónica fue absolutamente desolador:

—El número al que llama no existe.

Pero sí existía y él lo había estado utilizando durante años, justo hasta la antevíspera. Y, por más que los hechos se empeñaran en contradecirlo, no iba a desistir ante la primera o la segunda adversidad. Marcó de nuevo, lo hizo una y otra vez hasta que su dedo se cansó y su ánimo se hundió en los dominios de la desesperación de los que había tratado vanamente de escapar pulsando las teclas del celular tras aquella jornada horrible y descorazonadora. La voz mecánica, virtual y convincente, casi cercana, no se cansaba de repetir su diagnóstico: «el número al que llama no existe».

Decidió, o más bien lo asumió como necesario, que debía comprobar si el número de su madre había sido dado de baja. Así se lo planteó aunque, en el fondo, daba por seguro que la pregunta no debía incluir un «si» sino el correspondiente «cuándo», que intuía terrible y desmoralizador de ubicar en el tiempo. La siguiente idea que cruzó su mente fue una nueva pregunta que, dadas las circunstancias, le pareció la más cabal y coherente que se había formulado desde su llegada y su encuentro surrealista con Milenita y la noticia del fallecimiento, al que en su pensamiento se atrevió a añadir, con leve tono interrogativo, el adjetivo «supuesto». Debía comprobar, cuanto antes, si había perdido el juicio o eran los demás los que se habían colocado al margen de la realidad. Sospechaba que el problema radicaba en su triste persona. ¿Acaso había recibido meses atrás la noticia del fallecimiento y su mente se trastornó tanto que borró por completo la memoria del hecho? ¿Quizá, no contento con la amnesia, había creado la fantasía enfermiza de que cada noche hablaba desde su voluntario destierro con su madre fallecida? ¿Acaso el fantasma materno era real y su voz imposible lo tranquilizaba desde la distancia a través del teléfono? Era preciso confirmar su locura si no quería que la cabeza le reventase. Mejor saberse demente que atormentarse sin sentido imaginando una falsedad tan dolorosa como inútil. El problema era que la voz de la viejita llevaba meses sonando demasiado real como para convertirla, de repente, en artificio y fantasía.

No estaba dispuesto a conformarse con la voz mecánica que le repetía que el número al que llamaba no existía. Se puso en contacto con la compañía telefónica que fuera de su madre y, alternando paciencia e insistencia, logró obtener el dato terrible: efectivamente aquel número ya no existía. La línea había sido dada de baja hacía cinco meses y medio exactamente, un par de semanas después de la fecha oficial del fallecimiento y quizá coincidiendo con el momento en que su hermana recuperó las riendas de su vida y decidió dirigir los asuntos ajenos de nuevo, incluido el cierre de los asuntos pendientes de la muerta e ignorar al hermano de ultramar, según costumbre y justificando el hecho por la imperdonable falta de interés que se le suponía al ausente.

Efraím, descorazonado, estaba decidido a pasar página, a dejar el asunto en punto muerto mientras asumía la desgracia y rumiaba la tristeza. El asunto de su locura parecía perfectamente aplazable, dadas las circunstancias. Ya había perdido a su madre y no deseaba ver naufragar los escasos restos de cordura que le restaban, si es que aún le quedaba algo de ella en la mollera porque empezaba a sospechar que la locura venía de atrás. ¿Acaso tuvo conocimiento hacía meses acerca del fatal desenlace y su mente perturbada

borró la información y le permitió convencerse de las diarias conversaciones con la muerta?

Estaba bien dispuesto, o resignado al menos, a creer que era eso lo que sucedía hasta que se encontró con Silvestre, su primo y amigo. Silvestre le dio el pésame, como si no fuera consciente del espectáculo que se había montado a costa de su ignorancia al respecto. Efraím le agradeció sus palabras y estuvo a punto de preguntarle cómo le iba. Pero entonces, a mitad de la frase, se detuvo y recordó lo que la viejita le había contado acerca de la operación de Florita, la hija de Silvestre. Si aquello era pura invención, quedaría como un imbécil. Pero poco importaba dar otra mala impresión. Siempre podía disculparse y lamentar la confusión con la enfermedad de alguna otra persona conocida. Pero, ¿y si Florita fue operada de veras un mes atrás? Nadie, salvo el espectro de su madre había hablado con él desde hacía meses, de modo que hacían falta la conjunción de una imaginación portentosa y la más increíble y afortunada de las casualidades para adivinar por sus medios tal circunstancia.

—Oye, ¿se recuperó Florita de la intervención? ¿No la operaron de algo serio?

El rostro de Silvestre se ensombreció y el primo pareció sumido en sus pensamientos durante breves segundos. Por fortuna, luego sonrió de nuevo al tiempo que respondía:

—Gracias a Dios está bien. A punto estuvimos de perderla. Con decirte que se le paró el corazón, ya puedes imaginarte. La operaron, sí, del propio corazón, pero hubo que reanimarla y solo ahora la tenemos ya en casa, repuesta. Y mira lo que son las cosas, la niña dice que vio a la abuela Elvira, tu madre que en paz descanse, y otras personas fallecidas. Para mí que fueron ensoñaciones, pero uno nunca sabe —añadió mientras la tristeza se le subía de nuevo al ceño y se santiguaba supersticiosamente.

A Efraím, por el contrario, lo recorrió un escalofrío de parte a parte. Ahora recordaba con nitidez las palabras que su madre había pronunciado al contárselo por teléfono:

—Hace dos días vi a tu primita Flor, que la acababan de operar. Pensaron que no se iba a recuperar del corazón pero a Dios gracias pronto podrá regresar a casa.

Eso oyó o imaginó de labios de la viejita a través del celular. Y pensó en lo raro que parecía eso de que la hubieran llevado al hospital para ver a la niña si ella no tenía que visitar a los médicos. Así se lo hizo saber a su madre y ella se excusó diciendo que fue pura casualidad, que ella no tenía necesidad de

médicos. ¡Qué distintas suenan las mismas frases en función del contexto! Y de lo que uno sabe o cree saber.

Sin ánimos para hablar más con Silvestre, Efraím se despidió de él. Casi sintió tentaciones de acompañarlo con Florita para preguntarle a la convaleciente por el supuesto encuentro con doña Elvira. Pero se resistió al impulso. No sabía si con ello se resistía a la locura o se dejaba arrastrar por ella, pero lo que determinó fue bien distinto. Ahora le pareció asunto urgente comprobar el registro de llamadas de su teléfono. Si el número de su madre no existía ya, las pretendidas llamadas no podían haber dejado constancia, ni en el historial del aparato ni en la factura abonada durante los meses anteriores.

Trató de consultar a través del propio celular, pero no era fácil, no para él al menos, buscar de ese modo el listado de llamadas ni descargarlo. Dejó aplazada la tarea para su regreso al exilio, que se le antojaba inminente. No se sentía con ánimos como para seguir mucho tiempo por casa. Ya no la sentía como hogar ni sus relaciones familiares se encontraban en el mejor momento, por no hablar de la disonancia de su duelo postergado con la resignada adaptación a la desgracia ya pasada de quienes lo rodeaban.

Tan solo una vez más trató de mantener una conversación seria con su hermana. Pero ella parecía aguardar una disculpa y alguna compensación por lo que consideraba dejadez y abandono mientras que él solo buscaba respuestas. Al menos, la irritación de Milena pareció suavizarse cuando él anunció que, salvo un par de recuerdos de la madre de los que deseaba apropiarse, renunciaba a toda la herencia que pudiera corresponderle.

Tras aquello, solo le restaban dos tareas antes de regresar: sacar el pasaje de reserva para la partida y visitar de verdad a su madre, siquiera de modo figurado, acudiendo ante su lápida del cementerio. Allí, para su sorpresa, se descubrió a sí mismo hablándole a la vieja en voz alta, entre sollozos y alguna sonrisa absurda, con la confianza de siempre, la misma que los había unido en sus imposibles conversaciones telefónicas de los últimos tiempos.

Luego, todavía con cierta congoja en el corazón y muchas dudas por resolver, Efraím regresó a su casa de ultramar, a su trabajo y la vida que ahora sentía como real, tan alejada del viejo hogar y las ataduras que se habían roto de una vez, intuía que para siempre, aunque los absolutos en emociones y relaciones familiares rara vez tienen sentido.

No se había olvidado de las llamadas. Podía estar loco, pero no mintió al justificarse ante Milenita por su ignorancia de la muerte de la vieja. Pidió los extractos de los meses correspondientes y, curiosamente, no se sintió en

absoluto sorprendido ni asustado al comprobar que allí estaba el número de la madre al lado de cientos de llamadas diarias posteriores a la fecha de su fallecimiento. La tristeza por la pérdida se imponía, no obstante, al sentido de maravilla por aquella comunicación preternatural. Por desgracia, ya había tenido tiempo y ocasión para comprobar que desde allí tampoco podía repetir ya el milagro: el hilo conductor que le permitió hablar día tras día durante meses con su madre desaparecida se había roto ya de manera irreversible y definitiva. Y eso le causó casi tanto dolor como la noticia de la muerte porque, de algún modo, significó que la pérdida de su madre se convirtió, desde ese momento, en real e incontestable.

Juan Luis Monedero Rodrigo

TATUAJE

Nunca he confesado en estas páginas mi afición por las manualidades. He aireado muchos de mis defectos sin pudor y esta peculiaridad mía tampoco es algo que me cause vergüenza o me haga sentir incómodo. Simplemente no se había presentado la ocasión propicia para referirme a ella. Ahora sí. Porque el hecho es que soy hábil con las manos y disfruto con ello. Que sea un cabrón sin corazón no significa que no pueda albergar cierta sensibilidad hacia lo artístico o simplemente una vena de expresividad material que me relaje o me alegre. En mi caso, ya que no el estrés, lo que predomina en mi vena artística es la pura diversión. A carcajadas a veces, en la soledad de mi cuarto. Y después de ejercitar mi afición públicamente, como fingido oficio y con fingida personalidad.

Pintar no lo hago mal. Moldear, aunque resulta agradable, no es mi especialidad. Hacer tatuajes es otra cosa. Aprendí a hacerlos por pura curiosidad. Ejercí, cunado lo hice, por pura diversión. Y como un desafío personal. No por poner en duda la calidad plástica de mis obras cutáneas sino por comprobar si era posible tomarle el pelo a la gente con mis «diseños» sin que nadie se diera cuenta de la, expresémoslo en términos suaves, «bromita».

El caso es que, si aprendí a realizar tatuajes, no fue solo por esta vena artística que, más o menos, acabo de confesar. Cualquiera que me conozca, o que tome por ciertos —que lo son— los artículos que llevo años publicando por aquí, sabe que lo que de verdad me mueve es comportarme como un capullo y, si resulta posible, echarme unas risas, o unas carcajadas, a costa de unos

pringados que se dejan engañar por una buena broma. Mía, claro está. Y la gracia no se reduce, sino al contrario, si el memo que se deja engañar nunca es consciente de que le han tomado el pelo… O la piel.

Mi taller de tatuado no duró mucho tiempo. Yo diría que tardé un mes en ponerlo en marcha y solo tres en cerrarlo. No lo hice porque marchara mal. Al contrario, se ganaba pasta con el negocio. Eso de pintar cosillas en el pellejo de la gente funciona razonablemente bien. Aunque también es sacrificado y yo ya tengo pasta suficiente como para dejarme los cuernos a cambio de calderilla que, no nos engañemos, es todo lo que puede ganar un pelagatos en cualquier negocio de tres al cuarto, sea de tatuajes, copas o trapitos. Cerré el chiringuito en cuanto me aburrí y me cansé. También por evitar posibles «reclamaciones» de clientes insatisfechos. O más bien debería decir estafados y burlados. Hasta donde yo sé, ninguno de esos clientes gilipuertas descubrió el engaño. Nadie ha salido en los medios de comunicación, que yo sepa, quejándose de la «bromita». Aunque claro, si alguien lo hubiera descubierto habría hecho bien en callarse la boca y borrarse con láser el tatuaje si no quería exhibir su soberana estupidez al reconocer haber sido timado. Sea como sea, ahora descubro yo públicamente el asunto ya que, pasado el tiempo, nadie va a poderme reconocer ni presentar reclamaciones. Y si alguno lo hace, peor para él, porque lo único que va a sacar es una penosa publicidad.

Tatuador, he dicho. Y bien bonitos que me salían los diseños. También los mensajes y las diferentes caligrafías con que adornaba a cada cual. Claro que no siempre los diseños, de texto e imagen, coincidían con los deseos del cliente ni con el contenido solicitado.

Si me puse a hacer tatuajes no fue por amor al arte. Ni tampoco por dinero, que me gusta más de lo que suelo admitir pero del cual no se obtiene lo suficiente con la tinta. Aunque se gane más dinero con la de los tatuajes que con la de esta narración, puedo asegurar que la diversión de mi actual confesión resulta más satisfactoria y gratificante que los pocos dineros ganados como tatuador. Esta nota sin sueldo, podríamos decir, es el digno colofón a mis labores artísticas.

Yo quería escribir en la piel de los clientes mis propios mensajes. Y eso fue lo que hice, si bien los adapte y disimulé adecuadamente a las diferentes pieles y sensibilidades para que cada cual se fuera contento con su tatuaje. Debidamente timado, burlado y feliz.

Hay gente para todo y modas acordes con la mayoría de los gustos. Igual que tatuadores prudentes que solo se animan a liberar su vena artística más

espontánea con clientes que demuestran ser dignos de ello. Por eso, cuando me venía alguien con un diseño propio, pensado, plasmado y aprendido, yo me limitaba a realizar la obra sin cambiar nada relevante. Pero eran pocos los que venían con las ideas tan claras. Al contrario, muchos se presentaban con vaguedades y estaban deseosos de consejo o inspiración. Desde chiquillos ansiosos por grabarse la piel para siempre sin saber realmente con qué hasta iluminados que desean plasmarse alguna idea de su secta u obsesión personal. A estas alturas, ya nadie te pide un «amor de madre» o un corazón con una flechita y el nombre de la persona amada inscrito en su interior sin más adorno. Casi todos desean dibujos espectaculares y complejos, o mensajes de contrastada profundidad. Claro que muchos entre ellos no conocen símbolos ni idiomas y desean grabarse determinada iconografía o mensaje sin saber concretarlos. Por eso en el detalle o en el texto en idioma extranjero era donde yo podía encontrar la víctima propicia para ejecutar «mi» trabajo. En mitad de los diseños más complejos era donde podía colocar yo mi morcilla o añadido. Y, con respecto a los textos, nada mejor que alterar los mensajes en lenguas exóticas para pieles de los no parlantes ni indígenas. A ver, que no vas a cambiar sin más un texto en inglés, castellano o francés. Ni en alfabeto cirílico a un ruso o eslavo, o en chino a un oriental. Pero sí a un occidental, de estos flipados con las artes marciales o lo «zen». Igual que no me cortaba en realizar cambios en sánscrito a un budista patrio o en latín a casi cualquiera, pues ya son pocos los que dominan lenguas clásicas y menos aún quienes entre ellos se andan grabando la piel. Y, de verdad, era tan lucrativo como profundamente satisfactorio. ¡Y no digamos divertido! No sé si tuve buen ojo o mucha potra pero, tras hablar con el cliente, ya sabía si le iba a hacer una pifia o no. No solo por el contenido o meticulosidad en su descripción del tatuaje sino también por su manera de hablar y desenvolverse. En mi particular selección de personal, yo decidía si al mentecato del dibujo de un ángel en la espalda le colocaba penes sustituyendo las plumas del borde de cada ala o a la señorita con un dibujo de un hada en el brazo le hacía un caldero de monedas diminuto formando la cabeza de una flor. Y, con respecto a los idiomas, podía atreverme a cambiar el texto de un karateka ignorante traduciendo «honor en la fuerza» por los caracteres chinos de «padezco impotencia» y no alterar una coma en semejante mensaje a un chavalín que se traía empollado de su clase de taekuondo los símbolos exactos para su tatuaje. Deslicé perlas como «tengo diarrea» o «pueden darme patadas» alterando los símbolos correspondientes a la supuesta traducción de «fe en la verdad» o «el dolor me fortalece». Personalmente, todos los mensajes y dibujitos me parecen absurdos y un tanto

infantiles. Me parece una chorrada pretender que la permanencia del mensaje o su contenido grabado en la piel den trascendencia a una frase o un dibujo que envejecerán, casi seguro, tan mal como sus propietarios. Pero yo me lo pasé bomba y, en algún caso, me costó horrores no soltar la carcajada mientras tatuaba mi mensaje. Me habría gustado encontrarme después con algún cliente para poder contemplar a gusto mi obra, pero no he tenido esa fortuna. Sospecho que alguno se debió quedar muy sorprendido cuando alguien se burlara de sus tatuajes. Puedo imaginar a algún oriental partiéndose el culo al contemplar la pantorrilla henchida de un culturista orgulloso de su aspecto. Pero, si alguien se ha enterado de la broma, yo no he alcanzado a saberlo ni creo que llegue a verme en compromiso alguno. Primero porque me disfrazaba bastante bien, con buenas barbas, gafas de espejo y falsos tatuajes antes de ejercer mi «oficio», con lo que nadie podría reconocerme. Y segundo porque, tras esta confesión, dudo mucho que ninguno de ellos acierte a leer estas líneas, aunque sí que puedo imaginarme a algún lector repentinamente preocupado por comprobar que el contenido de su tatuaje en chino, sánscrito o ruso se corresponde con el mensaje que quiso grabarse y no con mi posible tomadura de pelo —o piel—. Resulta alucinante la cantidad de gente que se tatúa cualquier cosa sin molestarse en comprobar texto o dibujos. ¡Y eso que son para toda la vida! Pero vaya, que me alegro de que así sea. Aunque ahora no ejerza el oficio, ni padezca realmente de mono o ninguna clase de añoranza por él, no puedo negar que todos esos gilipuertas me hicieron pasar muy buenos ratos y que todavía me río solo con pensar en alguno de ellos paseando inocentemente por una playa mientras exhibe sus tatuajes alardeando de ellos. Si alguno de estos payasos se siente observado y se pregunta por qué al cruzarse con un oriental, un árabe o un paisano observador, este se ríe al ver su tatuaje, dudo muy mucho que sea consciente de que la gracia está grabada en su piel de forma indeleble. ¡Ay, que sería de mi vida sin tanto imbécil y estos momentos de diversión!

Sergi Lipodias

POESÍA-EPÍSTOLA A SERGIO

Deseo que, cuando crezcas, no me apartes de tu lado.
Que no me eches en cara lo que soy y lo que debería haber sido.
Que no me juzgues con severidad por no colmar tus sueños infantiles
Que ahora me convierten en héroe invencible de mil falsas batallas.

Deseo que no apartes tu cara ante el roce de la mía vieja al besarte
Y que no rehuyas los abrazos que, sin duda, aun mayor querré darte.
No quiero que me odies, ni me mires con lástima o vergüenza.
No hace falta que te sientas orgulloso ni que te inventes virtudes.
Pero no te ensañes en los defectos, no ahondes en heridas,
Menos aún cuando son verdaderas y ya no tienen cura.
No me compares. Todavía menos con tu juventud invulnerable.
Y no criminalices mis actos solo porque no me entiendes
Ni pertenezco a tu generación o ya casi a tu mundo.
Quiéreme, aunque no me lo demuestres en público
Y te incomode mi afecto fuera de la intimidad del hogar.
No deseo que te mantengas niño, eso no, o solo un poco.
Pero sí que lo que ahora eres permanezca en el adolescente
Y luego el adulto también te conserve dentro
Como parte irrenunciable de aquello en que te conviertas,
Con todo lo bueno que ahora veo en ti y deseo que perdure,
Como tu bondad, tu alegría y capacidad para la sorpresa,
O tu infinita curiosidad y que la ingenuidad no te abandone del todo.
Te deseo, ante todo, feliz y satisfecho con tu vida.
Pero no como un bobo que se conforma o adorna el error.
Deseo ver en ti todo lo bueno que a mí me faltó.
Y querría no tener que imaginarlo, no adornarte como bobo yo.
Que crezcas, no solo en lo físico, sino ante todo como persona.
Que los años, que siempre pesan, no sean la única fuente de tu saber.
Que me superes en todo y reconozcas, al tiempo, la semilla,
La que puse en tu mente más que la que formó tu primera célula.
Que por más que el premio de seguir vivo sea la vejez
Tu espíritu permanezca siempre joven y alerta.
Que nunca te dejes derrotar ni avasallar por la propia existencia,
Que reconozcas y disfrutes cada pequeño detalle que la hace hermosa.
Que puedas dejar al futuro, como herencia, tu bondad y alegría.
Y deseo, egoísta, que tu recuerdo de mí y lo que fui, sea hermoso

Juan Luis Monedero Rodrigo

CARTAS AL DIRECTOR

(inexistente como los megalodones contemporáneos)

BELLEZA INTERIOR

Desde hace años, las fronteras se han difuminado en extremo. Las sociales tanto como las físicas. Antes una podía pasear tranquilamente por un buen barrio sin el temor de cruzarse con un muerto de hambre o alguien tan completamente inadecuado como para que tengas que apartar la mirada o, directamente, darte la vuelta y ser tú quien altera su camino.

Pocas veces en mi vida he sentido tanta vergüenza ajena y me ha espantado en tal medida la falta de decoro como en una ocasión, ya lejana en el tiempo, en la que, durante una de mis habituales visitas a Montecarlo, tuve la mala fortuna de cruzarme con una desharrapada tropa de turistas mientras daba un breve paseo en compañía de mi buena amiga Monique y su espléndido dogo Rigobert. El espectáculo lamentable de mancillar las calles monegascas con su insoportable vulgaridad de chanclas, bermudas, gorras y camisetas nos obligó a regresar a la mansión de Monique para ponernos a resguardo de aquella plebe insufrible y reponernos de la horrible impresión. Si ya me parecía deleznable la costumbre de algunos y algunas de tomar el Sol sobre los bloques de hormigón del puerto, esta escena de rebaño salvaje en mitad de un templo de la elegancia fue la puntilla para mi tradicional amor por aquel punto tan especial de la Costa Azul.

Sé que no puedo comparar mi ciudad, ni tan siquiera sus barrios altos, con Mónaco y su capital, pero debo protestar enérgicamente por ver repetidas y ampliadas las escenas de mal gusto en mitad de nuestras queridas calles. ¿Acaso no puede ya pasear libremente por una avenida comercial una dama elegante y de cierta alcurnia como yo?

Como no quiero que se me traté de racista o clasista por mis comentarios, yo que siempre he sentido aprecio por el afán de superación de las clases humildes y esos esforzados inmigrantes de bien que acuden a nuestra tierra a crear nuestra riqueza tanto como la suya, me veo en la necesidad de explicarme y dejar claras por igual mis quejas por la situación y mis propuestas de solución.

Obviamente, no se me ocurriría prohibir el acceso a la vía pública, ni aquí ni en Mónaco, a ninguna persona por su aspecto o extracción social. No, ese

exclusivismo nunca ha ido conmigo que, en las procesiones, jamás he apartado de mi lado a las muchachas del servicio que han deseado acompañarme en tan elevadas y pías ocasiones.

Lo que no estoy dispuesta a admitir como normal o aceptable es la presencia de indeseables que, sin ningún pudor, convierten la vía pública en un lugar feo y sucio con la connivencia de unas autoridades tan pasivas y condescendientes como para dejarlos pasar sin decirles nada ni actuar en busca de algún remedio a la situación.

No estoy dispuesta a sentirme ofendida ni agredida por los indeseables en cada ocasión en que me decido a salir a la calle en mi barrio o en cualquier otro lugar de cierto estatus. Por eso propongo que existan estrictos criterios de selección y admisión con respecto al aspecto, porte y comportamiento de las personas que pasean por las mejores calles de cada ciudad. Por más que se haya difuminado el concepto de barrio alto, no es de recibo que los lugares honrados, elegante y glamurosos sean mancillados por presencias chabacanas y maleducadas, cuando no estéticamente incorrectas. ¿Acaso no existen muchos locales del tres al cuarto que limitan la entrada de posibles clientes en función de criterios como la indumentaria, el calzado o algo tan peregrino como el buen o mal ojo del fornido portero situado ante la puerta? Y, de modo más parejo a mi propuesta, ¿no existen muchas iglesias en las que no se deja entrar a aquellas personas irrespetuosas, zafias, mal vestidas o ligeras de indumentaria? Si nadie se rasga las vestiduras por esa limitación de la admisión no basada en el aforo, ¿por qué no es aplicable un procedimiento semejante en asunto de tan trascendental importancia como el de mantener la buena fama de nuestras mejores calles, con los comercios y monumentos que las adornan? Se me dirá que no puede limitarse la libertad de movimientos de la gente en un espacio público sin que existan razones de verdadero peso para ello. Pero debe admitirse que este asunto del peso es muy subjetivo. Para mí es razón necesaria y suficiente la de preservar la esencia de nuestras calles, el aspecto, la fama de los barrios altos. No podemos permitir que la cochambre y el mal gusto invadan lugares sagrados y las calles de *alto standing.* Siempre han existido zonas nobles en las ciudades, recintos que la plebe no ha tenido permitido mancillar. Y no digo que retornemos a prejuicios del pasado ni al clasismo que condena al miserable a permanecer en su estado sin opción de mejora. Pero dejémoslo que progrese entre los suyos y solo acceda a las zonas reservadas a personas de mayor nivel cuando logre elevarse sobre sus humildes orígenes.

¡Qué diferencia ver pasar por las mejores calles a las mejores personas! La prestancia de los viandantes, su indumentaria, elegancia y saber estar solo servirán para atraer a personas de postín dispuestas a adornar el lugar con su presencia y a gastar su dinero entre nosotros. Ya que sabemos lo importante que es la economía para la mejora de un país, fomentemos la llegada de este dinero en vez de la entrada de pobretones zafios que no hacen gasto y espantan tanto el buen gusto como el dinero y a sus portadores. Evitar el terrible efecto de pobres o turistas en las calles comerciales de mayor nivel o a la puerta de palacetes u hoteles de lujo no es clasismo ni limitación de la democracia sino un mecanismo necesario para evitar el empobrecimiento de nuestra sociedad y el deterioro de las más elementales reglas de la etiqueta así como la pérdida de un motor vital de nuestra sociedad, tanto en lo económico como en lo que se refiere a la elegancia. Gente guapa y fina, gente rica y elegante, eso es lo que quiero ver por mi barrio en lugar de esos tristes indigentes, trabajadores pobres y malvestidos o zafios turistas que espantan el buen gusto y a la crema de la sociedad, patria y extranjera.

No confío en la pericia de nuestros gobernantes para anteponer el bien público y la mejoría del país a las leyes de la demagogia y sus propios intereses. Pero mi conciencia ha quedado tranquila al exponer, con argumentos más razonables que vehementes, la necesidad de limitar el tránsito de pelagatos y perroflautas por las calles que han pisado, pisan y pisarán los miembros más notables de nuestra sociedad. Porque no, no todos somos iguales ni debemos serlo. Pero también los mejores del país merecen un respeto y que se los proteja de la chusma y su nefasta imagen.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera, viuda de De Lego

ESENCIA SALVADORA

Vivimos tiempos terribles, de eso no hay duda. Y el último episodio de esta triste realidad se ha prolongado durante mucho más de lo que nadie podía imaginar y, quizá, más allá de lo que se pensaba que podía resistir el débil espíritu humano de esta edad postmoderna. Me refiero a la última pandemia vírica a la que hemos sumado la miseria intelectual y moral de la mayoría de nuestros gobernantes. Y, si no es mi intención en este breve ensayo la de fustigar a los políticos malvados o inútiles ni analizar desde un punto de vista histórico la imparable degeneración de los tiempos y el paupérrrimo nivel intelectual de la mayoría de mis semejantes, no voy a dejar pasar la ocasión de

brindar un rayo de esperanza a mis paisanos y aun al mundo entero proporcionando un procedimiento cuasimilagroso de erradicación de la fatídica pestilencia recurriendo a la ciencia. Algún inculto confundirá vana superchería homeopática con los sesudos razonamientos del querido Paracelso pero, puestos a mencionar pestilencias, pocos podrán rebatir la justicia poética y médica de que en este caso particular la mefítica ponzoña pueda combatirse y derrotarse con otro tipo de peste material que a muchos parecerá inapropiada. Por su propia esencia. Pero que nadie se cierre a la gloriosa realidad de la prueba: ¡las flatulencias poseen el poder y virtud de aniquilar al terrible virus que ahora nos abate, con una fuerza, eficacia y aroma que superan con creces a las innegables ventajas de las numerosas y costosas vacunas que también la ciencia ha sido capaz de desarrollar en tiempo récord. ¿Quién no preferiría, sin embargo, someter su paladar a un gustoso y carminativo chorizo de Cantimpalos en lugar de ofrecer su brazo al breve y doloroso pinchazo de la aguja y los azarosos efectos secundarios a que expone a cualquier vacunado?

Sin más dilaciones anticipo la identidad —término preferible al de «esencia» en el contexto que se va a plantear— del procedimiento curativo: se trata de soltar potentes flatulencias de forma reiterada e inmisericorde dentro de los espacios cerrados compartidos. Asumo que muchos incrédulos tacharán de repugnante e inútil el tratamiento. Y habrá quien, además de llamarme puerco, me tome por bromista. Pero nunca se me ocurriría bromear ni engañar en un asunto de tal trascendencia. Nos enfrentamos a una pandemia terrible y ha de preocuparnos buscar tratamientos preventivos y curativos sin pararse a pensar en sus leves efectos secundarios. Pedorretearse hiede. Y aún más del modo violento y compulsivo al que yo animo. Pero funciona: los gases expelidos son capaces de aniquilar a prácticamente todos los virus presentes en la sala, con una tasa de eficacia estrictamente dependiente de la concentración de los cuescos.

Como este es un ensayo científico y divulgativo, se hace necesario explicar el mecanismo desinfectante y antimicrobiano de tan apestoso proceder. No me entretendré en desglosar los experimentos en los que se sometió a prueba la terapia, los cuales figuran en artículo debidamente enviado para su revisión por pares. Pero sí me tomo el interés de describir mecanismo y pruebas de modo sencillo para el lector corriente, lego en la materia y sin tiempo para lanzarse sobre las cuatrocientas ocho página de mi artículo, gráficas, esquemas y fórmulas aparte, por más interés que pudieran tener en acceder a una información fidedigna y profunda acerca de la cuestión.

Entiendo que existan espíritus sensibles que, arropados en su pudor tanto como en su ignorancia, perciban el mecanismo propuesto como repugnante e indigno de consideración. Pero, aun compartiendo las preocupaciones sociales y educativas del público, debo manifestar mi profundo rechazo a esa visión tan corta de miras como larga de olfato. Nos enfrentamos a una terrible enfermedad a la que, Dios no lo quiera, podrían seguir otras plagas sucesivas causadas por indómitos microbios desconocidos, nuevos y peligrosos. Es por ello por lo que cualquier arma que pueda esgrimirse para proteger a la población frente a los patógenos merece consideración y respeto. Tanto más cuando el remedio propuesto demuestra una eficacia insospechada y salutífera. Apártense ascos y pudores si el remedio entra por la nariz aunque brote previamente por el ano.

Debemos olvidar prejuicios y colocarnos en manos de la ciencia y su capacidad demostrativa. Los cuescos han demostrado ser un remedio eficacísimo contra el virus durante el seguimiento de toda mi experimentación. Algo que no debería sorprendernos si tenemos en cuenta las propiedades químicas del gas expelido y su efecto sobre el temible parásito y muchos de sus semejantes.

Un primer factor que puede acudir a las mentes de personas poco informadas sería la toxicidad de los efluvios. Pero en este punto los argumentos pueden ser discutibles, cuando no equivocados. Es cierto que para organismos complejos como nosotros, tanto el metano como ciertos gases sulfurosos pueden resultar irrespirables, venenosos incluso. Esto ya no es del todo extrapolable al mundo de las bacterias, en el que muchas generan tales gases o se alimentan felizmente con ellos. Pero su presencia podría ser del todo irrelevante como forma de ataque químico directo contra los virus. Salvo que el gas fétido incluyera en su composición ácidos fuertes, ozono o peróxidos, su capacidad reactiva no pondría en jaque el ataque viral. No digo que entre la mezcla de gases ventoseados no existan algunos que, incluso en pequeña cantidad, aun como traza, no puedan atacar químicamente al virus por la fuerza bruta de la reactividad química, pero sospecho que tal efecto solo debería considerarse coadyuvante del factor principal, nunca factor básico en sí mismo. Por el contrario, pocos comprenderían que la clave del ataque flatulento reside en su riqueza en compuestos hidrófobos, es decir, claramente solubles en la cubierta vírica, que es de carácter lipídico en los que atacan a los humanos y los animales en general, constituyendo una membrana grasienta que el cuesco, sin mayor ayuda, podría ayudar a desestabilizar e incluso destruir. Bies es cierto que las pruebas recabadas en este sentido aún

son escasas, pero me atrevería a decir, en base a los primeros indicios y la lógica aplastante del argumento, es esta capacidad dilutoria la que determina la destrucción del virus y su eficacia infectiva en presencia de las potentes ventosidades. Obviamente el gas sutil y escaso se diluirá antes de causar daño alguno en la membrana viral. Es por ello por lo que resulta útil pedorrearse sin mesura ni control, fumigando violentamente la sala en la que el emisor se encuentre para que el efecto desinfectante y antiviral tenga lugar. Recomiendo incluso el consumo de probióticos flatulentos del tipo de las legumbres, las verduras o ciertos embutidos muy de mi agrado como pueden ser las distintas variantes del chorizo, incluido mi amado Cantimpalos, capaces de otorgar un *bouquet* especial al pedo, amén de incrementar sus propiedades disuasorias.

Bien entiendo que muchas personas dudarán ante la opción de atufarse de este modo pero, en una guerra tan cruel como la que se está librando frente al diminuto enemigo pandémico, los pequeños daños colaterales y la incomodidad olfativa no pueden detener el furibundo ataque del cañón ubicado entre nuestras nalgas arrojando sus tremebundas armas químicas contra el virus.

Así las cosas, los espacios cerrados, y pestilentes, pueden convertirse en mejor refugio para la salud que los lugares abiertos donde el aire y los virus circulan sin freno ni control. Y un hábito que suele considerarse de mal gusto, como es ventosear, heder e incluso zurrirse hasta zurraspear la ropa interior, puede transformarse en procedimiento curativo, benéfico y salvador.

Pero no voy a dejarme llevar por la euforia. En ciencia debe pesar más la prueba que la convicción íntima y, por más prometedores que sean los resultados preliminares en cuanto a la eficacia del cuesco contra el virus, habrá que esperar para echar las campanas al vuelo y convertir la intuición en tratamiento comprobado y eficaz. Y entonces, ¡ay, amigos!, podremos saltarnos sin pudor las fases de prueba tradicionales para los medicamentos pues, ¿quién no ha estado expuesto a un pedorreteo intenso en alguna que otra ocasión? Luego, por desagradable que pueda ser para muchos la fetidez, el tratamiento se muestra, por lo demás, prácticamente inocuo y sin más efecto secundario que la peste.

Por eso, por la necesidad de someter el tratamiento a prueba y dada su incuestionable inocuidad, animo a cualquier lector interesado en el avance de la ciencia y en su salud personal a que se involucre en este experimento masivo y se someta, bajo un estricto y preciso control médico, a alguno de los ensayos de uso terapéutico de la ventosidad.

Sospecho que el tratamiento resultará exitoso y que no solo se salvarán innumerables vidas en esta pandemia sino que el nuevo procedimiento marcará una revolución terapéutica a la altura, sino por encima, del desarrollo de los antibióticos o los antivirales, superando en espectro y capacidad de exposición a cualquier otro medicamento y sistema de desinfección o limpieza general. Si sumamos al carácter curativo de la mezcla su capacidad analgésica, no cabe duda de que el poder salutífero de los pedos marcará un antes y un después en la medicina, la terapéutica y la percepción social de la flatulencia. Unidos y hermanados por el pedo, compartiremos los gases de manera amigable, comunal y desinteresada, sin asustarnos por el mal olor, en aras del bienestar general y la protección frente a patógenos y cualquier compañía indeseable.

Gazpachito Grogrenko

(inventor e investigador principal del proyecto internacional Fart for Life)

CONTROL D(M)ENTAL

Si soy sincero, tenía previsto redactar esta entrada al margen del relato de mi experiencia tatuadora aun antes de saber del procedimiento curativo y oloroso del amigo Grogrenko. No entraré a valorarlo pero, aun reconociendo la buena voluntad del personaje en este caso, así como su mal gusto o el poco tacto que siempre le caracteriza a la hora de expresar sus absurdas opiniones, dejaré claro que no pienso ofrecerme voluntario a ninguna terapia de ese tipo y que cualquier gaseado sobre mi persona debería considerarse una agresión. Y quien conozca el efecto del chorizo sobre el metabolismo de Grogenko y sus emisiones me comprenderá fácilmente.

Dicho esto, paso al asunto central de este artículo, que consiste en presentar en sociedad las ideas del otro flipado de turno en esta revista, el incansable zoquete tarado conocido como Narciso de Lego, viejo amigo intelectual —por llamarlo algo, pues soy consciente de que el tipo jamás podría considerarse amigo de nadie que pase por humano y tampoco casa con la idea de ente pensante que se asocia a la intelectualidad— de muchos lectores y rareza que merece la pena que conozcan quienes no hayan tenido hasta ahora ese «*placer*».

En lugar de relatar yo con mis palabras y prejuicios las ideas del aludido, dejaré que sea él quien las presente en sociedad. Lo que transcribo a continuación no es más que una copia del panfleto que Narcisito hizo circular

entre sus supuestos amigos, clientes, discípulos, atontados, visionarios o como se los quiera llamar. No voy a decir cómo ha llegado el ejemplar a mis manos ya que su autor jamás consentiría verlos en mi poder si impedirlo estuviera en su mano. Ya que han llegado, no voy a describir el azaroso camino que trajo estas dos páginas hasta mí, pero sí que voy a revelar a los amables lectores la perla de sabiduría que se ha escondido ante nuestros ojos durante los últimos tiempos. El artículo es el siguiente, título incluido:

ANTIVACUNAS Y CIENCIA

El hecho de que las vacunas, su uso y sus riesgos estén de actualidad, no hace más que dar fundamento a mis últimos estudios y las sorprendentes conclusiones a las que he podido llegar. No puedo comprender que tanta gente, como si pertenecieran a una extraña secta de ignorantes creyentes, se confiesen antivacunas y se nieguen a ponerse una inyección salvadora con la excusa de que el pinchazo contiene un chip de control gubernamental o cualquier otra majadería por el estilo. «Excusa» he dicho, pues no puede llamarse argumento. ¿En que cabeza caben semejantes ideas? Solo en las de un deficiente, un fanático o un bromista. En asunto de tanta gravedad como el de luchar contra una enfermedad infecciosa mortal que se extiende por el mundo, no debería permitirse que, apoyados en un falso concepto de la libertad de expresión, tantos lunáticos hagan alarde público de sus locuras.

Que a nadie le quepa duda: las vacunas salvan vidas y los médicos descansan gracias a las vacunas. El invento de Jenner, reforzado y adaptado por Pasteur y actualizado cada día contra cada nuevo microbio es, y lo seguirá siendo durante mucho tiempo, una de las mejores herramientas en manos de la humanidad para su lucha contra la enfermedad.

Sin embargo, no puede afirmarse lo mismo de otros supuestos tratamientos ni determinadas profesiones que los practican. ¿Cómo es posible que se escuche hablar tanto de una ridiculez como las vacunas falsamente cargadas de metales magnéticos y en absoluto de los odiosos empastes dentales que albergan ocultos en su seno males tan terribles que causa pavor su mera exposición?

Sospecho que docenas de ojos sorprendidos y asustados se alzarán de estas páginas, incómodos tras leer el espeluznante anuncio anterior. Obviamente, existe un punto de cierta importancia en contra de la hipótesis que voy a plantear. Más bien se trata de un problema de sincronía. De alguna importancia, pero no fundamental. Lo que deseo anunciar en este informe es

que son los empastes dentales, voluminosos, sólidos y cargados de componentes metálicos y semiconductores, el vehículo que se emplea para introducir computadoras y mecanismos de control mental en los inocentes ciudadanos que se prestan a ello. ¿Inocular robots y código malicioso en la sangre por medio de vacunas? Ridículo. Ni la miniaturización, ni la nanotecnología, no digamos ya los procesadores, han avanzado tanto como para que pueda incluirse un computador completo en una gota de líquido y quedar enmascarada por él. Y todavía algún lunático piensa que puede seguirse su presencia por medio del magnetismo. Pero, ¿cómo es que son —somos— tan pocos los que comprendemos que el verdadero riesgo de espionaje y control se encuentra en los empastes? Claro, ante el dolor dental intenso, nadie se para a pensar en qué le van a colocar en lugar del trozo cariado que el torno elimina impunemente. Acabar con el sufrimiento y mantener la mordida son las preocupaciones fundamentales, acaso las únicas. Pero es que el empaste, cuyo tamaño depende de la pericia o mala leche del dentista-tornero tanto como de la extensión de la caries, posee volumen suficiente para colocar en su interior todas las piezas del computador sospechoso. Y no hace falta más que otorgarle su aspecto externo habitual para camuflarlo y hacerlo pasar desapercibido ante el ojo inexperto y aun ante un escrutador poco atento o falto de habilidad. De acuerdo que hoy son blancos o grises y cerámicos cuando no hace tanto estaban hechos de verdadera amalgama de metal. Entonces sí que habría sido sencillo espiar sin pudor usándolos como depósito de sensores y memoria. Por desgracia, la tecnología existentee no era la adecuada para ello y, para cuando el falso empaste habría sido factible, ya se habían desechado los empastes mercúricos por su supuesta toxicidad, por más que aún conserven muestras las dentaduras de muchos pacientes envejecidos. Hoy en día no hay tanto metal, más que en las combinaciones silícicas de los compuestos cerámicos con que se elabora la pieza o en los interiores de aquellas previamente moldeadas. Pero basta con ello, igual que los semiconductores son más fáciles de disimular envueltos en los compuestos arcillosos. ¡Quién sabe cuántos dientes espía andan sueltos por el mundo! ¡Quién tiene idea de cuántos de ellos ejercen control mental además de leer los cerebros de sus portadores!

Y sí, lo admito y no lo niego, existe otro problema: el de la resistencia mecánica. La mandíbula, con su intensa tarea masticatoria, no parece el mejor lugar para colocar un instrumento de precisión y sensibilidad máximas pretendiendo que conserve su integridad y función. Pero toda resistencia reside en el envase, en el armazón. ¿Acaso no son más blandos por dentro los dientes auténticos? Pues otro tanto sucede con estos empastes. No los llamaré

falsos, porque cumplen su función perfectamente. Pero sí infiltrados, agentes enemigos en busca de revelaciones, de mentes dóciles que gobernar o, simplemente, de individuos a los que usar como balizas para registrar posiciones y movimientos.

Solo pensarlo, me causa pavor y, si no fuera porque me asusta más sustituir y modernizar al invasor dental y me vería obligado a sellar de algún modo el agujero resultante igual que siempre estaré obligado a comer, me arrancaría de cuajo los empastes de que soy portador y viviría sin ellos, seguro de no ser vigilado por su intermedio pero condenado a llevar una dieta de purés sin mis ocho rellenos, desde los enormes agujeros de las muelas de los seis años hasta el último que tapona un miserable orificio en un colmillo. ¿Quién puede permitirse el lujo de masticar sin dientes? Así es imposible mantener la salud y, mientras tanto, la secta de los dentistas introduce impunemente sus herramientas de control en nuestras dentaduras aprovechando que tantos ojos incautos e imbéciles buscan imposibles invasores en el líquido que transmite la aguja de una vacuna.

Son los dentistas quienes sirven a oscuros intereses gubernamentales o de extrañas logias masónicas mientras colocan chips de espionaje y control en empastes o cualquier tipo de implante o prótesis, bien conectados con los sentidos y el sistema nervioso a través de la raíz de las piezas dentales.

¡Qué lástima, qué desazón, saberse rodeado de idiotas sin remedio mientras la invasión de nuestros cuerpos y almas avanza sin freno!

Tras el texto, tan absurdo como divertido, viene la consabida firma de Narciso, dándose aires de intelectual y salvamundos justo después de descubrir su inabarcable estupidez.

Nada, que espero que os guste y os haya servido como ejemplo de lo lejos que puede llegar un idiota al hablar o escribir.

Sergi Lipodias

EPÍLOGO

Muchos deseos se han torcido, contaminado, muerto desde que comenzamos a redactar las primeras páginas de esta revista, hace ya tantos años que, como a literato más ilustre que cualquiera de nosotros, casi nos molesta poner número y preferimos no querer acordarnos. Que los deseos evolucionen es normal. Saludable incluso. Bastante rígidos somos ya de por sí la

mayoría de los humanos como para alardear de que nunca cambiaremos. Y no, no se crean que sí cambian, de chaqueta, ideología o principios todos esos políticos que solo persiguen un único objetivo: mantener su poder, su influencia, su dinero y su propio futuro sin importarles lo que nos ocurra al resto. Pero son peores esos deseos mutados de mala manera que, al son y ritmo que mandan voces ajenas y cantos de sirena, se nos cuelan en la cabeza sin apenas darnos cuenta y hasta logran hacernos creer que han nacido en nuestra mente, por propia voluntad y raciocinio. ¡Qué triste creer que uno es dueño y creador de sus propios sueños cuando se comporta como títere en mano ajena! Y tal parece suceder en estos tiempos absurdos en los que la razón parece depender de gritos y ofensas más que de argumentos, en que cuenta más el objetivo propio e inmediato que el futuro de todos y que, en esta sociedad del mercado y el consumo, igual se sacrifican millones de almas en el tótem sagrado de la economía que se hipoteca el futuro de todos a cambio de la grotesca fortuna de unos pocos. Se nos venden deseos, se nos cambian gustos, se nos manipula a todas horas y luego nos hacen creer que somos libres, que tenemos derechos y que los ejercemos, mostrando todo nuestro talento, mientras manifestamos públicamente nuestra más supina ignorancia al tiempo que nos pisan el cuello y nos roban los supuestos derechos y se ningunea nuestra humanidad, convirtiéndonos en bienes de consumo, de usar y tirar o, peor aún, en herramientas que utilizar sin pudor para servir oscuros o bien visibles objetivos que, aun presentados como necesarios para el bien común, el de la nación, los pueblos, la humanidad toda, no son más que el reflejo de unos deseos egoístas que quienes ostentan el poder para hacerlo imponen al resto.

Y no, no por ello vamos a desear una vuelta a unos orígenes idealizados, un pasado hermoso y perfecto que solo puede existir en las cabezas de chorlito de quienes desean creer en ello. El pasado de la humanidad, pese a sus luces y sombras, fue generalmente peor que nuestro gris presente cargado de desafíos. En otros tiempos, aunque la falta de memoria nos sugiera lo contrario, los amos eran más crueles, las violencias más frecuentes y aceptadas, las esclavitudes menos sutiles, las hambres y pestilencias más generalizadas y siempre, como sal o azúcar de todo ello, placebo o sueño, esperanza o tormento, allí se encontraba, sazonando todas las miserias, el deseo de la mayoría de los hombres que nos precedieron de hacer un mundo mejor. Por más que muchas de las buenas intenciones del pasado hayan quedado empedrando infiernos, no por ello dejaremos de aspirar a esa mejora, a esa superación de las imperfecciones de nuestra raza, del egoísmo animal que nos domina o de la codicia de bienes y espíritus. Mantengamos en alto nuestro

deseo de un mundo mejor, de ser más que humanos en un mundo feliz. De acuerdo, es imposible, utópicamente irracional pero, sin tales deseos, ¿queda algo del hombre que merezca ser salvado de la destrucción a la que nos encaminamos con paso más firme y acelerado, tal y como corresponde a estos tiempos modernos, que en cualquier otra época anterior?

Algunos opinamos que no. Pero, en el fondo, somos gente optimista y de buen conformar a quienes les bastaría con que quedasen un mundo y unos humanos del futuro capaces de dar los mínimos pasos que, sin darnos cuenta, nos hagan progresar y alejarnos del abismo, el que creamos en nuestro entorno tanto como el que albergan nuestros corazones.

EL PUNTO Y FINAL

Parece imposible que hayamos logrado terminar un nuevo número de la revista. Ya son muchos, quizá demasiados, pero este se ha retrasado exageradamente, por distintas circunstancias, respecto de sus hermanos. En este largo tiempo, los deseos propios y ajenos han tenido tiempo de mudar, crecer o reconvertirse. Al ritmo de las novedades en cada vida individual o en la sociedad toda. Nos ha cambiado la vida una pandemia surrealista que deberíamos haber previsto en esta u otra forma, No será por falta de avisos. Y con ello se nos han alterado los deseos y muchos, pendientes antes de cualquier capricho o beneficio material, habrían entregado su reino entero por un abrazo, una mano estrechada o un simple paseo en libertad y sin mascarilla. También, por desgracia, han desaparecido personas, en el ámbito privado de cada quien y en el público de muchos o de todos. Y, con el título de este número, pergeñado mucho antes de que los acontecimientos lo superasen, nos hemos acordado de Battiato, que inspiró estos deseos con sus amores y que nos ha abandonado, para tristeza de muchos de nosotros. Quizá podríamos haber incluido en el panfleto un panegírico, un homenaje que, con el tono jocoso de otras veces, habríamos titulado «Franco, Franco, Franco», para luego desmentir las connotaciones de la frase recordando a nuestro Battiato y no a un tirano de infausto recuerdo sacado de nuevo a la luz por interesados nostálgicos y desmemoriados que aprovechan el devenir de los tiempos con sus periódicas crisis para ofrecer, a voz en grito, soluciones de casquero y frases rimbombantes con las que recuperar fantasmas del pasado y labrarse un futuro, ya sea político o económico. Aquí, cómo no, nos asalta el deseo de recordar otra canción de Battiatto: «Mi pobre patria», siempre actual, por

desgracia, y no solo en las estrecheces de esta piel de toro que muchos se empeñan en estirar, desde el centro o la periferia, para amoldarla a sus gustos egoístas y borrar, de paso, todo lo bueno que el matrimonio de pueblos diversos tiene y ha tenido pese a todo. Quizá también habríamos pintado al maestro siciliano acudiendo a una supuesta oficina de asignaciones místicas para enfrentarse a su futura reencarnación. En broma de nuevo, podríamos haber presentado a un burócrata determinando la nueva existencia que le corresponde, seguramente no nirvana, a Battiato. Quizá, como parece poco creíble que se pierdan genio, sabiduría o bonhomía, se le ofrecería otra vida de genio, a cambio de portar unas narices aún mayores o cualquier tara física que no empañara lo espiritual. Y, sin duda, en el ensayo o relato, nuestro Franco, algo molesto e irritado, lo habría aceptado de buen grado antes que perderse o retroceder en su camino ante un mínimo estímulo material. Y así, habríamos vuelto a hablar de deseos, de su proyecto y cumplimiento, de lo absurdo de su renuncia y de la no menos ridícula credulidad en la infinita capacidad humana de convertir deseos en realidades. O en desear infiernos que, debidamente coloreados, se nos presentan como paraísos por los desalmados o idiotas de siempre, sin que sepa uno ya cuáles de entre ellos son los peores. Sea como sea, aunque aparquemos los deseos, los posterguemos, modifiquemos o nos ofusquemos en su búsqueda infinita, está claro que un humano sin deseos, sin aspiraciones, metas o sueños, no merecería tal nombre, así que, por favor, mantened y cread los que podáis. La vida no es tal sin ellos. No, al menos, la de los humanos.

Por nuestra parte, trataremos de mantener nuestros locos sueños de despertar conciencias. Seguiremos, o lo intentaremos, con nuestra revista, tratando de inspirar a otros, o a nosotros mismos. Al menos, trataremos de volver. Y será más sencillo si hay oídos para nuestras voces y algún mensaje de ánimo para que prosigamos. Por eso, nuevamente nos atrevemos a solicitaros que nos prestéis, de uno u otro modo, vuestra voz.

Podéis enviar vuestras colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

Igual que aún están a vuestra disposición los números de la revista que no tengáis de nuestra página web para descargarlos:

http://www.eldespertarmuertos.es

Así como adquirirlos en papel o descargarlos de nuestra cuenta en Bubok:

http://www.bubok.es/autores/eldespertar

Mil gracias a los que, una vez más, nos han prestado ya sus voces y esfuerzo: Freddie Cheronne, Patxi López, El temible burlón y, por supuesto, Nelson Barragán por su espléndida portada y el nuevo logo que, generosamente, nos ha diseñado y cedido.

Y mandamos por anticipado idéntico agradecimiento a todos los que nos leáis y enviéis vuestras opiniones, críticas, comentarios, buenos deseos o simples saludos.

Hasta pronto.

ÍNDICE

EDITORIAL.....1

TRAZO GRUESO.....2

TRAVESÍA.....5

PANECUMENISMO.....16

DESEOS DE TRASCENDENCIA.....18

LAS GAFAS DEL DESEO.....20

TELEQUINESIS.....22

ANHELOS.....32

LA ÚLTIMA NOCHE.....33

ODIO Y MUERTE.....36

MUCHA MIERDA.....36

ARMAGEDÓN.....40

DESEO DE TRASCENDER.....49

TRANSHUMANISMO.....49

MUNDO PIGMEO.....52

LA SOLUCIÓN DIGÁSTRICA.....56

PREMIO NOBEL.....60

RELATO FICTICIO HOY. MAÑANA YA VEREMOS.....65

CONFERENCIAS.....67

TATUAJE.....82

POESÍA-EPÍSTOLA A SERGIO.....85

CARTAS AL DIRECTOR.....87

BELLEZA INTERIOR.....87

ESENCIA SALVADORA.....89

CONTROL D(M)ENTAL.....93

ANTIVACUNAS Y CIENCIA.....94

EPÍLOGO.....96

EL PUNTO Y FINAL.....98